

Resistencia pacífica y Poder ciudadano / Entre el viejo y el
nuevo mundo / Democracia política y transformación social /
¿Qué es un intelectual crítico? / Dos visiones sobre la
perestroika / La aldea, un país, el mundo.

Macchi, Godio, Portantiero, Aricó, Podetti, Qués, Sagol, Bufano,
Arato, Cerroni, Mercader, Terán, Bozza, Paramio, Pereyra, Bobbio

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 15, febrero-marzo 1989 A 40.-



COMITÉ
ASISTENTE
CENTRAL, 15

Tercera edición, 1989

Primeros números 15.17

De animales fabulosos

Carlos Macchi

A fines del siglo pasado se publica *La isla del doctor Moreau*, una de las primeras novelas de ciencia ficción. En ella Wells narra la historia de un naufragado llamado Edward Prendick. Prendick llega accidentalmente a una isla en donde un "genio loco" —nace así el estereotipo— realiza manipulaciones quirúrgicas entre hombres y animales. El autor de *Una utopía moderna* decreta de este modo la muerte del animal fabuloso, reduciendo las ricas combinaciones del imaginario a una burda mesa de operaciones, animado, quizás, por el positivismo científico del momento —había estudiado biología con Huxley en la Universidad de Londres.

Es acertada, entonces, la aplicación del binomio ciencia/ficción: el primero de los términos indica el desplazamiento de lo fantástico, lo fabuloso, a lo extraño, terreno en donde el suceso más inverosímil posee finalmente una explicación "racional" (científica). Pero también al romper el hechizo de lo fantástico en la narración se esboza una explicación —juego intertextual— para toda la fauna fabulosa que puebla leyendas y poesías, templos y catedrales.

Las primeras imágenes de animales fabulosos son patrimonio de grandes civilizaciones. El hombre primitivo, curiosamente, se vale en sus pinturas rupestres de un realismo que sólo se recupera después de milenios. El componente mágico-religioso, todavía no escindido y estructurado en una religión, sustenta el principio de empatía (el signo posee las propiedades del objeto representado). Podríamos hablar de una "mimesis ritual".

Posteriormente se pasará a un estadio de realismo intelectual. Pero el hombre no sólo pinta lo que sabe; intenta asimismo representar lo que imagina. Una sociedad en estrecho contacto con la naturaleza como la astucia, la fuerza, el siglo, o la crueldad son asociados a diferentes animales, luego se combinan metonímicamente para formar seres fabulosos como la esfinge y el grifo. El

minotouro parece tener su origen en Sumeria. En la epopeya de Gilgamesh se lo describe como un ser mitad hombre, mitad toro, cubierto de largos pelos, que pasta junto a las gacelas y abreva con los bueyes: Enkidu. La esfinge, también conocida por los egipcios, tiene su versión babilónica en los Lamassu, criaturas aladas con cuerpo de león y cabeza humana.

Estas esfinges formaban parte de una serie de divinidades protectoras llamadas *kerum* —*karabu*, en acadio— de donde provienen los querubines de la iconografía cristiana. De hecho, la riquísima imaginería del romanticismo y el gótico que molestaba tanto a San Bernardo se nutre de una secular herencia de animales fabulosos que, de Elam a Egipto y de allí a Grecia, son adoptados y adaptados por el fabulario occidental. Representativo de esta transición es *El fisiólogo*, obra que gozó de gran popularidad hasta el siglo XIII, cuando redefine la estructura social del feudo a la urbe. Se trata de un bestiario que agrupa descripciones de animales reales e imaginarios, vegetales y piedras. El bestiario cancela la diferencia entre ambas clases de animales, los dos conviven en el mismo espacio. Unicornios y Autolopos (antílopes) son igualmente ajenos y exteriores al hombre del primer milenio. De esta forma símbolos y creencias paganas son transformados por el cristianismo en alegorías moralizantes, demostrando su movilidad, su capacidad de reformularse hasta nuestros días.

Hoy los animales fabulosos habitan dos terrenos contiguos pero distintos. La "naturalización" de la tecnología ha polarizado su aparición. Por un lado se desplaza hacia una reserva mitico-ritual, reserva que la sociedad post-industrial requiere para su misma super-

viencia. Por el otro, se ritualiza la tecnología, y las reglas combinatorias que ayer resultaban en hipogrifos y quimeras, hoy dan a luz híbridos biomecánicos. Mientras estos personajes "libran la eterna lucha entre el bien y el mal", el chamán prehistórico de las cuevas de Trois Frères nos contempla con mirada impassible.



Portada: Grobianus

El material gráfico de este número fue tomado del libro de Heinz Mado, *Animales fabulosos y demonios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Sumario

2	Carlos Macchi: De animales fabulosos	8	Sergio Bufano: La resistencia pacífica	22	Marta Mercader: Mediaciones entre el viejo y el nuevo mundo
3	La Ciudad Futura: Esta batalla es también la nuestra	10	Mariana Podetti, María Elena Qués y Cecilia Sagol: Los hilos invisibles de la coherencia	24	Alberto Bozza: ¿Un asalto a la razón en la historiografía argentina?
4	Julio Godio: ¿Por qué la mezcla entre terroristas y estafados?	<u>Textos/Dos visiones de la perestroika</u>		26	Ludolfo Paramio: Carlos Pereyra
6	Juan Carlos Portantiero: La distancia entre la política y el terror	13	Andrew Arato: Artículo sobre Gorbachov	29	Carlos Pereyra: Democracia política y transformación social
7	José Aricó: Contra la lógica de la guerra	18	Umberto Cerroni: La Unión Soviética replantea las palabras clave	32	Norberto Bobbio: Si cede la ley

La Ciudad Futura

B. Mitrá 2094 - 10 (1039) T.E. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godio, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

Comité Asesor: Emilio de Ipola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudefmán, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor Reis.

Diagramación: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo No 177, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarrocin 1955, Cap. Fed. Distribuidor en kioskos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribuidor en kioskos de Capital: Sinfin, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Cap. Fed.

Nº de Registro de la Propiedad intelectual: 107.629. Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: \$s. 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

Contra la violencia no importa de donde venga

Esta pelea es también la nuestra

Los trágicos sucesos de la Tablada sólo pueden merecer de nosotros y de todos los que se definen como pertenecientes a la izquierda democrática y socialista una condena total y sin reserva alguna. La muerte provocada entre argentinos, el desprecio por los sentimientos y los deseos de la gente, la mentira como justificación de lo que ninguna consideración ética y política puede justificar, vuelven a colocarnos frente al peligro de una degradación incontestable de la vida ciudadana y hasta de la interrupción de esta débil democracia que nos hemos propuesto preservar y fortalecer. Apenas apagados los ecos de la última rebelión militar, y cuando no habían desaparecido aún los temores por la eventualidad de una próxima, la insensata e irresponsable aventura protagonizada por un comando terrorista de ultrazquierda proyecta violentamente a la superficie la resaca de una parte de la sociedad irreducible al imperio del principio democrático.

La agresión cometida contra una unidad militar, que por las circunstancias presentes es en realidad una agresión contra toda la sociedad, ha vuelto a poner de manifiesto la pervivencia de un pasado cargado de una furia destructiva que se niega a desaparecer del presente. De un presente en el que, después de más de medio siglo, nuestro país vive en la plena vigencia del estado de derecho. Pero se niega a desaparecer no sólo en las mentes crispadas de quienes consideran inacceptable una vida civil aún maltrecha por años de autoritarismo y prepotencia, sino también en la de aquellos que intentan valerse de lo ocurrido para legitimar la supresión de valores y convicciones que sostienen la lucha por una sociedad más justa y tolerante. Así, la intolerancia terrorista nutre y estima otra oculta en la de quienes se presentan ante la opinión pública como sensatas, responsables y pluralistas. Es posible entonces que tengamos razón James Neilson cuando advierte que la verdadera batalla por los derechos del hombre en la Argentina sólo está por comenzar. Porque es evidente que uno de los efectos resultantes de la reaparición del terrorismo es la pretensión de algunos de sentar en el banquillo de los acusados no únicamente a los que violaron la ley y asesinar a sus iguales, poetas, como estaban, por el sueño de una utopía esencialmente inhumana, sino también a las ideas de izquierda que su pensamiento los inspiraron. El combate contra el "gramscismo", esa suerte de nueva sinarquía inventada por Camps —pero no sólo por él si recordamos el acuerdo recientemente firmado entre las fuerzas armadas de varios países sudamericanos— y contra la que intenta infructuosamente organizar una cruzada, es una evidencia clara del propósito reaccionario de penalizar ideas y movimientos cuya peligrosidad residiera, según estas mentes cavernícolas, en aceptar y reconocer como único terreno de la acción política el sistema democrático.

Para esta derecha argentina, y poco importa para el caso que su filiación ideológica sea integrista, pseudoliberal o populista, la condena del terrorismo de izquierda debe ser extendida a la idea misma de izquierda. Corresponsables o cómplices del terrorismo de estado aspiran a retrotraer la situación del país a octubre de 1983. Con golpe de estado o sin él, porque a nadie puede caberle duda alguna que es eso lo que se trama cuando se debilita a un gobierno que hizo del respeto al estado de derecho su razón de ser. Hasta se podría exage-

El asalto terrorista a la unidad militar de la Tablada está provocando una clara delimitación de campos. Una línea divisoria tajante y explícita comienza a separar a quienes supieron extraer las lecciones de la tragedia y destrucción cuando el proceso militar, de quienes se niegan a aceptar la democracia y el estado de derecho. Como se dijo en los días que siguieron a los hechos, una nueva frontera de quienes defienden la democracia, los derechos humanos y la no violencia, cruzada todos los



Por diciendo su única razón de ser. En realidad, esa derecha nunca estuvo verdaderamente preocupada por el patético, aunque peligroso, mesianismo terrorista de izquierda. Más aún, si no existiera haría todo lo posible porque surja, como en tantos otros lugares, donde el equívoco a la democracia los une y hasta interpenetra. Ni siquiera sabemos si algo de esto pudo ocurrir aquí. Poco importa para el problema planteado, aunque sea necesario para reconstruir la historia de este hecho desdichado y repudiable. Lo que esa derecha teme no es un terrorismo de izquierda al que está dispuesto a extirpar de la misma manera en que lo hizo en los años del proceso: declarándole la guerra a toda la sociedad. A quiénes verdaderamente teme es a un gobierno democrático, que demuestra sensibilidad a los cambios que esta sociedad debe emprender para conquistar su estabilidad política y avanzar hacia formas más justas de distribución de su riqueza probable y de su pobreza presente.

Se estaría así configurando el mapa de la nueva sociedad que debemos forjar para que los graves problemas que nos dividen —que son muchos y de distintos signos, que tienen soluciones diferentes según sean las fuerzas que predominan en la escena social y política— no conduzcan a una lucha fratricida y desintegradora. Es evidente que quienes se definen como hombres de izquierda tienen frente a esta tarea una responsabilidad particular. Porque lo que quieren o no, quienes alimentan y llevan a cabo las prácticas terroristas que condenamos usufructúan una tradición ideológica que constituye parte de la evolución histórica de la izquierda en el mundo. Y porque es necesario diferenciarse, porque ningún relativismo moral o político nos debe arrastrar

tratar a confundirnos con quienes enarbolan visiones y prácticas reñidas con nuestros principios y valores, debemos hacernos cargo del desafío que nos imponen estos hechos desgraciados. Para que la izquierda pueda volver a ser en el país esa gran fuerza civilizatoria e innovadora que por muchos años aspiró a ser, es preciso provocar en su interior una profunda reconversión ideológica y cultural. Con las ideas que buena parte de ella todavía sigue sustentando, el resultado no puede ser otro que el que la condujo a su crisis. Una crisis de la que no evidencia capacidad de salida, y que la condena a debatirse en el círculo vicioso del discurso retórico o de la aventura. Si no logra liberarse o superar el vacío de una hipótesis revolucionaria que le impide entender el fenómeno democrático, estaría siempre proclive a sustituir por la violencia una incapacidad para la acción política sobre la que, en cambio, debería reflexionar.

Tal vez los trágicos sucesos ocurridos apresuren una discusión en la izquierda que aún no ha sido hecha y que es mérito de algunos pocos, pero de La Ciudad Futura en particular, haber intentado encarar. En ese caso quedará en la memoria de los que vendrán después de nosotros, como un hecho doloroso sí, pero que posibilitó que se abriera en el país, entre todas aquellas fuerzas animadas de un propósito de transformación de la sociedad, un nuevo diálogo acerca de nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.

Es evidente que ese nuevo diálogo sólo es posible con el mantenimiento del orden democrático. Y por esto debe girar fundamentalmente en torno a la necesidad de lograr un consenso, que en las condiciones de nuestro país debería ser explícito, sobre una definición mínima de democracia, en el sentido que el filósofo italiano Norberto Bobbio ha dado a esta expresión. La democracia puede ser aceptada por todos, independientemente de la orientación que cada uno quiera darle a la sociedad en un sentido económico o social, si se la entiende como un conjunto de reglas que establecen quién está autorizado a tomar decisiones colectivas y bajo qué procedimientos. Si se admite este mínimo común denominador, como es lógico que lo admita quien dice aceptar a la democracia como régimen, deja de tener sentido cualquier sustancialismo que divida a la democracia en "formal" o "real". La democracia se convierte así en un escenario sometido a reglas que todos se comprometen a respetar, donde el conflicto social se tramita alivianado de la violencia y la guerra civil. Sólo de este modo puede disiparse en una sociedad heterogénea y compleja como la nuestra, el espectro de una guerra civil larvada o desatada. Es un compromiso, un contrato o un pacto —para utilizar

una palabra que a la izquierda repugna— asumido por todos de que no se aparecerá a las armas para resolver los conflictos. Es verdad que una definición de este tipo supone la aceptación de una concepción de la sociedad y de la historia reñida con la idea mesiánica de un fin de la historia, de un paraíso terrenal que espera a los hombres en un recodo de su futuro. Supone, en realidad, una visión profundamente laica de los avatares de un mundo donde el conflicto entre individuos y grupos no sólo es inevitable e insuperable, sino que es *beneficente*, porque es el único camino que tenemos los humanos para modificar lo que rechazamos, para construir un mundo mejor. Y algunos de nosotros, miembros de esta revista, queremos pensar que es ésta la idea que nutre el principio marxista del conflicto social, despojado de su parafernalia teológica. Si así fuera, Marx sería un continuador y no un negador de un pensamiento liberal que hizo, precisamente, del conflicto social el motor del progreso de las sociedades. Aunque los liberales argentinos, en realidad conservadores o reaccionarios encubiertos, ni siquiera lo sepan.

Si se aceptan estas ideas será posible vivir en una civilización democrática donde por principio se ex-

cluya la persecución de las ideas, sean éstas liberales, marxistas o integristas. Porque penalizando al terrorismo, de derecha o de izquierda poco importa si en definitiva es lo mismo, no se puede penalizar a los hombres por lo que piensan, no se puede identificar a sus ideas—por más probables que en su momento aparezcan— con actos delictivos para los cuales la sociedad crea los medios para reprimirlas. Este es el desafío que plantea la democracia y todos deberíamos asumirlo. Pero asumirlo supone reconocer como válido, como soporte incontestado de la vida asociada de los hombres el principio de tolerancia, esa gran idea de la libertad de conciencia que en la historia de Occidente señala el paso de una moral de grupo a una moral de responsabilidad personal. La intolerancia se basa en la pretensión hoy inadmisible de que todos tengan la misma fe; el nuevo principio sobre el que la democracia puede florecer y fortificarse es sólo aquel que reconoce a cada quien el derecho de creer en lo que quiera.

Para la izquierda argentina, o mejor dicho para ese gran sector de hombres y mujeres que existen en afirmar los grandes ideales de fraternidad, de libertad y de justicia con los que se identificó el so-

cialismo, pero que creen que es el pleno imperio de la democracia el que posibilita llevar a cabo cualquier intento de transformación social, los sucesos de La Tablada constituyen todo un desafío. El de mostrar en los hechos—no sólo con palabras, sino con actos—que la lucha por la democracia y contra el terrorismo es también su lucha. Que no está dispuesta a que nadie le arrebathe lo que quiere ser y las cosas por las que quiere luchar. No por razones de táctica política, de oportunidad o de circunstancias, sino por razones de principio. Simplemente porque reconoce el valor históricamente universal de la democracia y porque afirma que es únicamente sobre ella que se puede fundar una sociedad socialista.

Si es así, lo que sostenemos es un patrimonio ideal compartido al que no queremos renunciar por ningún motivo, por más generoso y solidario con los dolores del mundo que pretenda ser, nadie que intente erosionar y destruir la democracia con actos terroristas o que los justifique puede reclamar para sí el nombre de izquierda que consideramos nuestro. No pertenece a nuestras filas ni lo reconocemos como compañero. Pero tampoco admitiremos que bajo ningún concepto se pretenda negar, de hecho o de derecho, a los que cometen tales actos su condi-

ción de humanos, de hombres a los que nuestra democracia, débil como es pero democracia al fin, debe juzgar como corresponde, preservando sus vidas y sus derechos. Y si esto es lo que hoy ocurre, si el gobierno y la justicia muestran una conducta irreproachable al respecto, hay aquí otra prueba más, tal vez la principal, de por qué la democracia y la plena vigencia de la ley son la única posibilidad que nos queda a los argentinos de alejar de nuestro horizonte el espectro terrible y degradante de la guerra civil.

Reflexionar sobre la tragedia que acaba de suceder y acerca de los caminos que conduzcan a evitar que se reiteren, preservando la democracia, es el deber de todos los integrantes de la izquierda argentina a admitir la caducidad de una parte de su tradición, la que es imprescindible que quede superada para siempre. Pero junto con ella deberíamos desprendernos de ese pasado lastre de intolerancia y desprecio por los hombres concretos, de los hombres de carne y hueso, que nos está vedando la posibilidad de revolucionario y popular. Este "nuevo poder" procederá a decretar la marcha hacia un "socialismo nacional".

2 de febrero de 1989
La Ciudad Futura

Sobre la experiencia del MTP

¿Por qué la mezcla entre terroristas y estafados?

Julio Godio

Desde el mismo día en que el pueblo argentino recuperó la democracia en 1983, era previsible esperar que dos corrientes o conglomerados ideológicos comenzaran a trabajar para impedir su consolidación. Esas dos corrientes no tenían aun por entonces siglas identificatorias, pero existían como tradiciones políticas, y contaban con sustentación institucional, recursos y jefes militarmente experimentados. Comenzó así a movilizarse, por un lado, el antiguo bloque conservador-autoritario que ha adoptado desde 1930 un principio político preciso: la sociedad argentina es "ingobernable" en la democracia pluralista, y el único orden político posible requiere del control absoluto del estado por una minoría civil-militar. Para esta concepción—en la cual convergen diversas corrientes ideológicas conservadoras—las fuerzas armadas constituyen el núcleo de cohesión del estado. En ella se inspira la persistente actitud de dirigentes políticos como Alsogaray y Frondizi; altos jefes militares retirados y en actividad; algunos obispos y periodistas adictos al Proceso, etc., orientada a acusar al presidente Alfonsín y a la Junta Coordinadora de "marxistas" mediante una campaña que tuvo y tiene un objetivo central: impedir que el gobierno constitucional haga funcionar el estado según las prácticas de la democracia pluralista.

Este conglomerado político-militar, instalado en el eje del poder económico, y con una larga experiencia en el control y manejo de los medios de comunicación, resistió los juicios a las Juntas y oficiales

Dos corrientes ideológicas y políticas obstaculizan el proceso de consolidación democrática. Una "derecha no civilizada" que apunta a la inestabilidad y al golpe militar. Un elitismo mesiánico, de distinto signo, que menosprecia el hecho democrático y sostiene programas de regeneración nacional. En la izquierda, una visión semejante, se funda en una lectura rudimentaria y primitiva del marxismo.

por violaciones a los derechos humanos, protegió a culpables de negociados durante el Proceso, y concentró en centros de estudios a los "intelectuales orgánicos" derechistas y autoritarios. Esa "derecha no civilizada" se decidió a librar la batalla en todos los frentes, incluido el parlamentario, en el cual cuenta con ciertos diputados y senadores, algunos de ellos localizados, lamentablemente, en el seno de las propias bandadas justicialistas.

La estrategia global de la "derecha no civilizada" prioriza dos aspectos: a) conservar la iniciativa política, para impedir la cristalización en el pueblo de una cultura política democrática y pluralista; y b) lograr que el estado como institución sea incontrolable por el gobierno radical, y por cualquier otra even-

tual alternativa popular. Dentro de esta estrategia desestabilizadora, deben ser computados los diversos levantamientos que sectores del ejército vienen protagonizando desde comienzos del año pasado. Para esta fracción que denominamos "derecha no civilizada" se trata de obstaculizar e impedir hoy la consolidación de un sistema político democrático, para estar en condiciones de recuperar mañana, en la eventualidad de una crisis política global, el poder del estado. Esta es la línea histórica que la "derecha no civilizada" se niega a abandonar.

La otra corriente político-militar que no existía en 1983 como organización, pero sí como voluntad política, es el elitismo violento que

se crea y se recrea en la política argentina a partir de una lectura rudimentaria y primitiva del marxismo. Esa lectura parte de la premisa que la democracia política es sólo una "democracia formal", y que debe ser instrumentada para "acumular fuerzas" y preparar a la organización política de "vanguardia" para el "momento insurreccional". Tal concepción es la que ha presidido el comportamiento terrorista del núcleo dirigente del Movimiento Todos por la Patria. Pero, en realidad, tiene raíces profundas en el pensamiento político y en la acción de la izquierda argentina, y también en el peronismo. Pueden identificarse, en tal sentido, cuatro grandes antecedentes:

- Desde principios de siglo y hasta la década del treinta se instala en sectores del movimiento obrero y la intelectualidad la teoría insurreccional espontaneísta del anarcosindicalismo ("huelga general revolucionaria e instauración de la anarquía", que incluye, a partir de los años veinte, la presencia de pequeños grupos que ejercen el terrorismo ("expresadores").
- La versión stalinista, que adopta el Partido Comunista Argentino, de la democracia política como "democracia formal" y su necesaria sustitución por ciertas variedades de "dictadura del proletariado" (gobierno soviético obrero-campesino; gobierno democrático-popular; hegemonización por la clase obrera, y otras).
- La teoría peronista de la "revolución desde arriba", a través de la subversión autoritaria de la sociedad civil en el

"estado justicialista". Este tipo de estado desvía la sociedad política pluralista ("demoliberal") y la sustituye por lo que denomina la comunidad organizada. El estado se articula esencialmente sobre dos fuerzas que "garantizan" la revolución justicialista: las fuerzas armadas y los sindicatos.

d) La teoría del foco guerrillero rural o urbana, introducida a principios de la década del sesenta por el guevarismo, y luego adoptada por el PRT-ERP y Montoneros. Esta teoría parte de la premisa de la existencia entre estado ("dictadura de la clase dominante"), y sociedad civil (pueblo "inerte", "descreído" del sistema político), y potencialmente dispuesto a apoyar al grupo guerrillero. En su desarrollo, esta teoría foquista se mezcla con una primitiva versión local de la teoría maoísta de la "guerra prolongada". El objetivo sería la instauración, por la vía armada, de un gobierno revolucionario de tipo no parlamentario (basado en "comités populares" o "unidades básicas"), apoyado en un ejército táctico revolucionario y popular. Este "nuevo poder" procederá a decretar la marcha hacia un "socialismo nacional".

La articulación de esas cuatro teorías ha cristalizado en la cultura de la izquierda argentina, un estilo político que tiene un denominador común: la militarización de la política. Militarización que no implica necesariamente la práctica de la lucha armada, pero sí la práctica del desprecio por la democracia política, y la persistencia en construir organizaciones elitistas, que se autoproclaman la misión de "dirigir" al pueblo a la conquista del poder.

Para la izquierda primitiva, la revolución es siempre un acto político que desemboca en la constitución de un estado "no previsto" y "ajeno" a las tradiciones liberales y democráticas argentinas. Se trata, por el contrario, de un modelo de estado más cercano a países sin tradición liberal constitucional como la Rusia zarista, China, Vietnam o Nicaragua. Este estilo de pensar la política ha desembocado también en ciertos momentos en propuestas de revoluciones al estilo africano, "o a la peruana", es decir, a través de una eventual convergencia del pueblo con las fuerzas armadas (teoría del puello con del comunismo argentino Víctor Codovilla sobre la "revolución nasserista"; identificación del peronismo revolucionario con el camino del velasquismo peruano, etcétera).

La derecha conservadora y autoritaria conoce a fondo la debilidad "blanquista" o puchista de la izquierda tradicional argentina. Debilidad que deviene de su respuesta elemental y elitista, a imagen y semejanza de la periódica recurrencia al golpe de estado por parte de la derecha autoritaria. Los frecuentes estallidos de excepción que flagelaron la vida institucional argentina a partir de 1930 tuvieron, entre otros efectos, el de excluir, por largos períodos, a los partidos de izquierda, de la posibilidad de "aprender" a valorar la democracia como el único marco apto para permitir al pueblo organizar una cultura política pluralista y transformadora de la sociedad nacional. De modo que el estilo autoritario de la derecha de conservar su hegemonía a través de dictaduras civil-militares o simplemente militares y el autoritarismo de izquierda constituyen un círculo vicioso de la política argentina. Se trata, en suma, de las dos caras de una misma moneda. Con la peculiaridad que la cara perteneciente al bloque civil-militar derechista siempre queda para arriba, en tanto que a la que

representa a la izquierda le toca, inevitablemente, quedar siempre para abajo.

El operativo de guerrilla urbana llevado a cabo el día 23 de enero por el Movimiento Todos por la Patria (MTP), al ocupar militarmente el cuartel de La Tablada, causó sorpresa en la sociedad política, en la medida en que no se esperaba que surgiera "tan pronto" un nuevo grupo guerrillero mesiánico. Pero, en realidad, esa aparición se corresponde con lo que venimos sosteniendo en torno a la lógica autoritaria del pensamiento político de la izquierda tradicional.

Es evidente por la composición política de su dirección el MTP expresa, a segmentos del antiguo núcleo dirigente del PRT-ERP, a los cuales se han sumado algunos jóvenes dirigentes provenientes de los movimientos barriales y de defensa de los derechos humanos. Este núcleo ha reproducido con exactitud el antiguo estilo de pensar "lo político" del PRT-ERP que consistía, en esencial, en construir un partido de élite político-militar encañado en las "luchas populares". Solo ha cambiado, en apariencia, la táctica: entre 1971-1976 atacaban cuarteles para despertar la "Voluntad revolucionaria" de las masas trabajadoras, organizarlas y construir el ejército popular, tomar el poder y edificar el socialismo. Ahora, en 1989, el objetivo es más modesto: "defender la democracia", frente a los carapintados y un gobierno supuestamente impotente. Pero el objetivo sigue siendo el mismo: producir un hecho militar, convocar a un pueblo socialmente descontento, y generar algo así como un "bogotazo". El carácter partidario de esta teoría debe haber facilitado enormemente la tarea del aparato que se encargó de transmitirle el dato

falso del "día, hora y lugar" de la próxima asonada de Seelindín.

Es necesario subrayar los graves costos que la aventura terroristar ha tenido para el sistema político democrático. Entre otros:

a) Otorgó un inesperado aval a los núcleos de las fuerzas armadas que exigen la reimplantación de la doctrina de la seguridad nacional, y la reivindicación de la "guerra sucia".

b) Incentivó e impulsó a nuevos niveles la tendencia a una confrontación estéril entre el gobierno radical y la oposición peronista. Desde esta perspectiva, las secuencias del acto terrorista de La Tablada han obrado en el sentido de distanciar, es de esperar que temporalmente, a los sectores políticos claves para lograr la consolidación de la democracia (coordinadora radical y renovación peronista), en tanto son proclives a lograr acuerdos políticos de larga duración.

c) Es lamentar, al respecto, que el candidato justicialista Carlos Menem se haya sumado a la provocación de algunos medios de información que acusan a personalidades del gobierno de tener contactos en el MTP. La prensa independiente y progresista también ha sido objeto de una burda provocación por parte de algunos de los "doce apóstoles" menemistas, que la acusan de ser algo así como la base de apoyo logístico del MTP. Los ataques del menemismo al gobierno acusándolo de "complicidad" con la guerrilla agreden, en realidad, al sistema político pluralista al pretender desacreditar, con mequinos afán electoralista, a la UCR, que constituye una de sus fuerzas políticas centrales. Las desmesuradas menemistas contribuyen así, a cavar la propia tumba de un even-

tual gobierno peronista luego del 14 de mayo, dado que el futuro gobierno sólo podrá sobrevivir (cualquiera sea su signo político), a la lógica de la violencia carapintada-terrorista de izquierda acoplada a la crisis económica, si se apoya en un sistema político bipartidista, que brinde espacio al regimen político democrático previsto en la Constitución Nacional.

En círculos políticos de izquierda se piensa que el costo de la aventura de La Tablada afectará a la Izquierda Unida, que hace denodados esfuerzos para lograr un pequeño escape electoral. Tal especulación debe, sin embargo, ser relativizada a poco tiempo, ya que es necesario que la izquierda política sea prácticamente excluida de la cultura política de los sectores populares. Ello conduce a pensar que su caudal electoral no habrá de modificarse sustancialmente por efectos del "síndrome Tablada".

La derecha conservadora y autoritaria argentina tiene hoy un objetivo central: impedir que la sociedad civil y el estado se reconozcan en sus objetivos comunes hacia la construcción de un sistema político democrático y pluralista. Para impedir este objetivo, la "derecha no civilizada" necesita bloquear tres procesos:

- El funcionamiento pleno del estado de derecho, lo cual incluye como un aspecto sustancial, el de detener el proceso de cristalización de un estilo de negociación política entre radicales y peronistas en las instituciones del estado;
- El lento y contradictorio proceso de acercamiento entre la sociedad política y la sociedad militar, estimulando el reflejo de viejos reflejos de autodefensa de la oficialidad que la conducen a recluirse en los cascos, colegios y otros ámbitos militares, y aislarse de la sociedad civil; y
- Por último, el tenaz esfuerzo de amplios sectores de la población de apoyar la consolidación de la democracia política, y transformarla en una democracia participativa. Este último proceso se intenta obstaculizar a través de diferentes medios, pero el principal de ellos es introducir la idea que la democracia es sinónimo de caos, retorno de la violencia de los años setenta, inseguridad personal, etc. En esta tercera táctica de bloqueo se inscribe la actual campaña contra los Movimientos de Derechos Humanos, y las iniciativas provinciales, municipales y barriales, de estimular la autoorganización popular para difundir prácticas de cultura democrática.

Existen todavía dos Argentinas: una que pretende salir del pantano del autoritarismo y de la decadencia, y otra que persiste en mantenerse en él, porque ello beneficia económicamente a un minúsculo grupo de privilegiados. La opción es, así, muy clara. Y después de los sucesos de La Tablada no hay posibilidades de persistir en los estériles desencuentros entre las fuerzas políticas populares. Las naves han sido quemadas, y no hay retroceso para quienes están dispuestos a arrojarse a la deriva, con la misma decisión a carapintados o insurreccionalistas menemistas.

El joven Pablo Díaz, ex militante del MTP y único sobreviviente de "la noche de los lápices", ha manifestado haber sido estafado por la dirección de ese movimiento. Es bueno que sepa que en la Argentina, instalada quedará poco espacio para tales autocrías. Sería, por ello, deseable que no sólo él, sino también y fundamentalmente la izquierda tradicional, saque las correspondientes conclusiones teóricas y prácticas de lo sucedido.

Para integrar a los docentes nacionales:

UN MEDIO DE COMUNICACION

Desde octubre de 1987 venimos editando el periódico ESPACIO PÚBLICO, destinado a brindar a los docentes nacionales la información necesaria para su tarea, artículos sobre cuestiones educativas y de interés general, así como la oferta de distintos servicios que brinda el Ministerio de Educación y otras instituciones. Si usted lo desea no lo recibe, pídale a Pizzurno 935, 2do. piso, (1020) Capital Federal. Se lo enviaremos gratuitamente a su domicilio.

ESPACIO PÚBLICO
EDITADO POR EL MONITOR DE LA EDUCACION COMUN

Educación de la Nación

El retorno a la muerte

La distancia entre la política y el terror

Juan Carlos Portantiero

Por qué reaparece la violencia en la sociedad argentina? ¿Siempre estuvo presente pero oculta tras el proceso de transición? ¿Hay un retorno inevitable de la muerte?

Es un problema global de una cultura política que está instalada desde hace mucho tiempo en la violencia y que, a su vez, es una forma irracional o va a dar lugar recurrentemente a una sucesión de masacres. Las transiciones democráticas son procesos muy complicados. Desde 1983 en adelante la sociedad en su conjunto priorizó ciertos valores que antes no eran: la democracia, la tolerancia, la necesidad de pluralismo y la expulsión de la violencia de la vida política y social. La transición democrática posibilitó que esta nueva forma de ver las cosas se encausara en un marco creciente de juridicidad y respeto al derecho.

Esta es una sociedad que sale de años trágicos y que no quiere repetir lo vivido hace una década. Ese sigue siendo un hecho vigente en sus fuerzas políticas más lúcidas y responsables. Pero conserva dentro suyo bolsones de irracionalidad y violencia que aparecen de manera más o menos oculta desde los polos extremos de la sociedad. Primero nos pareció que estaban instalados sólo del lado de la derecha, a la que percibíamos como elemento primordial de resistencia a la transición. Ahora nos damos cuenta trágicamente de que esos bolsones siguen presentes en la ultrazquierda. Son minoritarios, no expresan la voluntad de casi nadie. Pero colocan a la Argentina en la perspectiva del reingreso al horror.

La gran pregunta es si habrá fuerza suficiente para recomponer la moral colectiva alrededor de la idea del valor de la democracia y de su fuerza para terminar con la irracionalidad, la violencia y el terror. Este es el desafío planteado. Si esto no se resuelve por la vía democrática, entonces los argentinos viviremos una noche muy negra. Hace falta mucha responsabilidad, medida y muchísima firmeza para llevar hasta el fin el castigo que dentro de la ley se debe dar a los protagonistas de estas aberraciones.

¿Cómo evitar la sospecha generalizada? Algunos intentan involucrar en esto a toda la izquierda y los organismos de derechos humanos...

Es algo muy preocupante. El ataque terrorista del lunes da alimento a la prédica antidemocrática en general, a la difusión de las sospechas sobre todo libre-pensador, a la posibilidad del regreso de la represión indiscriminada a que se instale nuevamente la caza de brujas en la Argentina.

Pero quiero aclarar algo. No se puede condenar este hecho solamente por sus consecuencias políticas: el fortalecimiento de los militares, el debilitamiento de los organismos de derechos humanos, el rédito que obtienen los sectores interesados en iniciar la caza de brujas. Esa es una derivación que se debe computar.

Reproducimos la entrevista que el periódico *Página/12* hizo recientemente a nuestro codirector (domingo 29 de enero de 1989). Se expresan aquí opiniones que todos los miembros de la revista compartimos y que amplían o particularizan las consideraciones hechas en nuestro editorial.

Pero debemos condenar fundamentalmente la utilización de la violencia para dirimir los procesos políticos en cualquier situación y más aún en una situación democrática. Buena parte de la sociedad —a derecha y a izquierda— no hizo la verdadera reflexión sobre el pasado. Nunca fue más allá de preguntarse si convino, si se cometieron errores metodológicos, si la utilización de la violencia era prematura o no. No se asumió el problema de fondo que es el de la condena y el repudio absoluto a toda forma de violencia, crimen y asesinato en la lucha política. La distancia entre la política y la guerra no debe ser franqueada.

¿Con quién está debatiendo? La inmensa mayoría de la izquierda repudió el ataque a La Tablada sin ambigüedades. Es verdad que desde el punto de vista de desligarse de esta locura, la izquierda fue nítida y clara. El grupo que atacó La Tablada es marginal y está absolutamente aislado del resto del espectro político argentino. Eso es importante porque muestra la dificultad que podría tener para ramificarse, crecer o desarrollarse. Pero igualmente creo que, con excepciones, se hace hincapié en analizar si esto será o no utilizado por el macarismo. Es un punto derivado. Esto se debe rechazar aunque el macarismo no lo

utilice. Quienes coparon La Tablada son asesinos, no compañeros equivocados. Todavía no se ha hecho un debate a fondo sobre la cultura de la violencia en la Argentina, tomando cada uno la parte que le corresponde. Claro que esto no vale sólo para la izquierda. Tampoco lo ha hecho la derecha, para la cual Seineldín es sólo un hombre que se equivoca de metodología. Es un problema global de una cultura política que está instalada desde hace mucho en la violencia.

Yo me considero un hombre de la izquierda democrática y creo que es la única manera de ser de izquierda hoy. Pero no puedo dejar de reconocer que esta gente, la que atacó La Tablada, también se cree de izquierda. Mi diferenciación respecto de ellos es tan absoluta que o bien la izquierda no es lo que ellos dicen o yo no soy más de izquierda. Todo aquí que se considera de izquierda debe rechazar el terrorismo como cualquier forma de irracionalidad, de violencia, de megalismo, de fundamentalismo, entre otras razones para que estos lunáticos no tengan siquiera la posibilidad de llamarse "de izquierda" para camuflar sus intenciones.

¿Hasta qué punto se puede comparar esto con lo sucedido en la década pasada?

Quisiera que no se pudiera comparar porque lo contrario este país no tiene salida y su destino es la libanización, la destrucción total. Pero hay diferencias objetivas. Este es un grupo aislado, sin capacidad de penetración, ampliación o desarrollo que se va a encontrar —y esto es uno de los logros del proceso de transición— con una respuesta masiva de parte de la sociedad. Es muy difícil que pueda seguir actuando en medio del vacío social. Es discutible la comparación con los setenta.

El desencanto con la frivolidad de la clase política, la falta de utopías y de referentes, la enorme dificultad para cambiar un orden social injusto, contribuyeron al desarrollo de grupos como el que atacó La Tablada?

Es un absurdo. Un grupo mesiánico va a encontrar siempre cualquier pretexto para poner en marcha su dispositivo de acción. La excusa puede ser la injusticia social, la desesperanza de la juventud, lo rutinario de la democracia. Son pretextos para dotar su acción de una visión redentora. Una de las características del megalismo es su autismo. Si piensan que no hay utopías en una sociedad donde la expresión de las fuerzas ideológicas no tiene restricciones en ningún campo, entonces que funden las utopías. Yo no sé de dónde viene la frustración que lleva a un grupo de gente a tomar estas actitudes. Pero las causas no están fuera de ellos mismos. Después de la aparición del terrorismo en sociedades democráticas y con alto nivel de consumo como las europeas, hay mucha literatura escrita sobre eso. La decisión de implantar el terror es siempre voluntarista.

—Los hechos de La Tablada, además de afectar a la sociedad toda, han herido particularmente a los sectores progresistas, la izquierda y a las entidades defensoras de los derechos humanos. ¿Existió en esos sectores una ausencia de debate acerca de la violencia en las décadas pasadas?

—Evidentemente, hubo una ausencia de debate. Los bandos contrarios del tenen una interpretación del pasado donde cada uno le adjudica otro la iniciación de la violencia y las consecuencias de ésta. Es decir, la violencia en unos aparece como la justa reacción frente a la violencia de los otros. Tanto el Ejército como la guerrilla sintieron que hubo aquí una guerra. ¿Ese era el planteo de toda la izquierda?

—Para los que recordamos esos años, podemos decir que la idea de la guerra estaba instalada. Hay una interpretación del proceso revolucionario como una guerra, ya sea prolongada, urbana o rural. La violencia contra el otro era vista como una violencia contra un gobierno que primero la había descargado sobre los sectores populares. Esto es muy importante, porque es muy difícil justificar la violencia per se, siempre tiene que haber una legitimación. En ese contexto, la violencia era percibida como un elemento de una operación política. A partir de los gobiernos de facto y los procesos revolucionarios que se inician en la década del 60, la violencia empieza a ser vista como factor de desestabilización y de transformación del sistema.

¿Pero qué pasa ahora cuando la violencia es ejercida por un grupo mesiánico en el contexto de un sistema democrático?

—Las consideraciones que se usan para justificar la violencia son siempre consideraciones justificativas. No es que esta democracia sea imperfecta lo que lleva a la utilización de la violencia. Toda democracia es imperfecta porque lo que se ha decidido previamente es la utilización de la violencia. La violencia deja de ser un medio en determinada circunstancia para formar parte de la cultura política de un grupo. Si uno revisa documentos, tanto de la extrema izquierda como de la derecha, ve que todo el planteo está sostenido sobre la base de la violencia, la idea del otro como adversario que debe ser suprimido.

—Aun dentro de la década del 60 hubo planteos de izquierda que cuestionaron la violencia.

—Nunca la cuestionaron por principio. El discurso de izquierda, excepto aquel que se ha despegado de la idea de la revolución, siempre tiene que imponerse contra constricciones políticas, económicas, sociales y de clase que se lo impiden. Mientras sostenga la idea de la revolución, la violencia va incorporada al discurso. Se la puede considerar oportuna o no, legítima si es masiva o popular, o ilegítima si es un grupo mesiánico, pero la idea de la violencia está implícita en el discurso revolucionario. No apareció aún en la sociedad Argentina un movimiento claramente de izquierda, partidario de una

Pareja de centauros, Londres 1920



transformación radical y profunda de la sociedad que defiende, esencialmente, procesos no violentos. Que planteen la no violencia como una forma de acción política.

—¿Usted es un hombre con pasado de izquierda. ¿Se sigue considerando de izquierda?

—Creo que sí. Pero no supongo que un proceso de transformación implique como punto de partida, como elemento interno de construcción de la política, la violencia. Por supuesto, hay situaciones extremas donde ésta no puede ser evitada. Por ejemplo, la rebelión en el ghetto de Varsovia. Cuando no hay otra vía de expresión de la ciudadanía, hasta la Constitución Nacional autoriza a rebelarse contra los gobiernos desviados.

—¿Es posible una revisión crítica de lo que ocurrió en el país en los años 70?

—Esto ocurrió y debe ser explicado. Era una sociedad que en esos momentos no tenía recaudo frente a la violencia. Era un proceso generalizado, aun de aquellos grupos que históricamente eran opuestos a la violencia. La poca resistencia, la poca protesta de los partidos políticos frente al terrorismo de Estado demuestra cómo

estábamos en una sociedad inerte a la violencia. No creo en la famosa frase acerca de los excesos militares. Aquí hubo una máquina de matar.

—Durante la transición democrática, el rebrote guerrillero parecía una fantasía de la derecha. Estos hechos vuelven a instalar el miedo, la desconfianza. Si Gorriarán Merlo en un libro declara que la democracia es un valor estratégico, ¿cómo se puede confiar en las tan mentadas autocracias?

—La descomposición ética de los movimientos de la década del 60 ha dado lugar a la utilización de la mentira, de la falsedad como un elemento del debate político. Si uno lee con detenimiento cuando Gorriarán Merlo define la democracia como un valor estratégico, lo hace condicionándola a determinadas circunstancias. No tiene un valor de principio excluyente. Puede violentarse tanto hoy como mañana, depende justamente de las circunstancias. Por eso, cuando se discute sobre la oportunidad...

—Los compañeros equivocados, como dicen los Tupamaros...

—Claro, se está diciendo esto es vili-

En *El Ciudadano* del 7 de febrero de 1989 se publicó esta conversación entre nuestro codirector y la periodista Viviana Gorbato. La reproducimos aquí con la finalidad de completar la explicación de nuestra actitud frente a los hechos de La Tablada.

do, pero en otro momento. Cuando una discusión se hace así, es imposible explicar el problema de la violencia. Ese discurso no es democrático, porque no se asienta sobre la base de la tolerancia. La tolerancia implica que el otro tiene derecho a pensar lo que quiera. La democracia significa un pacto de civilidad.

—¿Cuál es la diferencia entre la violencia de los grupos guerrilleros y la violencia ocurrida durante la dictadura?

—Es distinto. La violencia fue ejercida por el Estado y el Estado no puede declarar la guerra a la sociedad. No es legítimo. Porque lo hizo así, estamos pagando las consecuencias, no sabemos dónde están los muertos, ni si están muertos. No es que hubo una legalidad con la cual operó una fuerza represiva para restaurar el concepto de legitimidad del Estado. Desconocieron todo tipo de límites, como si, aun aceptando el concepto de guerra, en una guerra no hubiera reglamentaciones precisas.

—¿Cómo se evalúa la reacción de la sociedad frente a los hechos ocurridos en La Tablada?

—Hubo una repulsa unánime. Pero me preocupa la reacción de ciertos sectores que utilizan estos acontecimientos para negar que hubo un terrorismo de Estado, una máquina de matar. Es posible que estos hechos violentos se repitan. Pero lo que no se puede hacer es creer que para que esto no ocurra así se deba acudir a los procedimientos de la dictadura.

—Volviendo al tema de la izquierda, ¿cuál es su posibilidad real de inserción democrática?

—Creo que tiene razón el ministro Enrique Nosiglia cuando dice que lo que hace cristalizar en la izquierda un discurso incomprensivo de la democracia, es que está excluida de la política. No porque se la proscriba, sino porque no tiene capacidad de propuestas atractivas para sectores de la población. No tiene capacidad de transformarse en una fuerza verosímil. Entonces, todo se deja para el futuro, un sueño de postergación. Es sintomático que el Partido Comunista haya dejado sus consignas ideológicas para adoptar un discurso populista. Y un discurso populista es siempre un salto al vacío. Porque se apela a una categoría que nunca necesita ser demostrada, como es el "pueblo". Al cual se le puede decir lo que quiera quien habla refiriéndose a él. Es terrible, en el momento actual, la declaración del Partido Comunista cuando enfila todos sus cañones contra la represión. Se desolidariza de este grupo pero pone todo el acento en la represión y en el gobierno. Identifica al gobierno de la dictadura con Alfonsín, como también en cierto modo, desgraciadamente, lo hace Hebe de Bonafini. Estos discursos me preocupan, porque, más allá de la repulsa a estos hechos en particular, no existe un debate sobre la violencia como forma de acción política.

El Ciudadano

La resistencia pacífica

Sergio Bufano

A fines del año anterior un grupo de personalidades de distintos ámbitos convocó a la creación de un movimiento ciudadano que defendiera la democracia, la Constitución y la convivencia civilizada; esta iniciativa surgió durante el levantamiento de los militares fundamentalistas que al mando de Seineldín, atacaron a las instituciones democráticas. Este movimiento que se llama *Iniciativa Democrática para la Resistencia Civil* propone la organización de mecanismos de defensa pacíficos para evitar un eventual golpe de estado que interrumpa la vigencia de la democracia.

Los firmantes acordaron en cuatro puntos que sintetizan el objetivo de la Iniciativa Democrática: 1. La defensa eficaz del orden constitucional, de cuya eventual quiebra la primera víctima es el Pueblo; 2. El rechazo a toda amnistía o corte de juicios; 3. El repudio a la reivindicación de los crímenes de la dictadura con que se intenta condicionar la democracia; y 4. La sumisión definitiva de las instituciones castrenses a la soberanía popular.

Apenas se hizo pública la creación de la Iniciativa Democrática se produjo un notable flujo de entidades, personalidades y sobre todo ciudadanos que espontáneamente se acercaron para colaborar con la propuesta. Innumerables personas que no pertenecen a ningún partido político acudieron para integrarse a los grupos que se formaron en barrios.

Esta respuesta reveló que existe una masiva preocupación por mantener la vigencia de las instituciones democráticas y, a la vez, la necesidad colectiva de una entidad que organice *respuestas pacíficas* a la insubordinación de los militares golpistas.

El resultado es que en numerosos barrios de Buenos Aires y en ciudades del interior se han constituido grupos de Iniciativa Democrática que se vinculan con organizaciones sociales, culturales y políticas para resistir en forma no violenta cualquier intento de golpe.

Sería hipócrita ocultar la desazón, pero sobre todo el tremendo desconcierto, que se produjo el 23 de enero en las filas de la Iniciativa Democrática. Cuando todo indicaba que podía producirse un ataque de los fundamentalistas de Seineldín, un grupo terrorista de ultraderecha se lanzó a ocupar el cuartel de La Tablada y, con su aventura, dejó en una muy difícil situación a todos aquellos que espontáneamente se habían sumado a esta propuesta. Mucho más cuando dos de los firmantes podrían estar involucrados; acerca de esto habrá que esperar la decisión de la justicia antes de abrir juicio sobre su comportamiento.

No obstante, superada la sorpresa inicial convendría abrir un debate acerca de la actitud que "entidades ciudadanas como la Iniciativa Democrática deben adoptar frente a hechos de esta naturaleza, además de la condena pública que fue realizada en su oportunidad.

El dilema que puede plantearse es el siguiente: no existe antecedente histórico

La crisis argentina dio motivo para que en 1988 surgieran dos iniciativas de la sociedad. Ambas indican un camino inseparable de su efectiva democratización. Para que un sistema político no se convierta en un cuerpo cerrado e impermeable a las demandas de la sociedad es preciso que desde ésta se generen movimientos y experiencias que lo dinamicen.



alguno en el que un grupo terrorista o guerrillero haya logrado destruir las instituciones democráticas y ocupar el estado. En aquellos casos en que triunfaron lo hicieron luego de vencer a dictaduras como es el caso de Cuba y Nicaragua). En cambio, son incontables los golpes de estado protagonizados por militares que derriban gobiernos democráticos para instaurar regímenes dictatoriales.

Aparentemente, por lo tanto, los terroristas o guerrilleros podrían caracterizarse como "menos peligrosos" para los estados de derecho que los militares golpistas. La historia argentina es sin duda elocuente en este sentido: aún en su momento de mayor apogeo, ni el ERP ni Montoneros tuvieron jamás la menor posibilidad de disputar el poder. Los golpes militares, en cambio, se han reiterado hasta el hartazgo. En consecuencia, todo parece indicar que es contra estos últimos que debemos prevenimos.

Gandhi decía que la violencia produce sentimientos intensos, que crea una sensación de inseguridad física en las partes involucradas y que no permite un diálogo razonado. Afirmaba que la violencia tiene la característica de generar un hábito inflacionario y que las comunidades involucradas se van tornando indiferentes a cada acto de violencia, crea una sensación de insignificancia que se insensibiliza ante acciones que son cada vez más cruentas y esa tolerancia ante la espiral creciente conduce a la desintegración final de la comunidad.

La Argentina ha sido un buen ejemplo de este proceso. Los guerrilleros comen-

zaron desarmando policías en las calles y terminaron matando a decenas en un solo acto, tal como sucedió con la bomba colocada en el comedor de la Policía Federal. Los militares golpistas comenzaron fusilando a unos pocos hombres en 1955 y terminaron construyendo campos de concentración en los que murieron por lo menos diez mil seres. La deshumanización creciente que produjo la espiral de violencia no afectó únicamente a las partes involucradas; la sociedad que toleró y simpatizó en algunos casos con los asesinos de Aramburu, terminó mirando para otro lado, insensible, cuando se secuestraba y mataba a decenas de hombres y mujeres por día.

Si hay una comunidad que ha estado al borde de la desintegración a la que se refiere Gandhi, esa es la Argentina. La que comenzó aplaudiendo al general Uriburu y terminó festejando en las calles la guerra contra la segunda potencia del mundo occidental.

En basurales de José León Suárez, en campos de exterminio, en bombas que matan por cientos o en una guerra en el Atlántico sur, la violencia está entronizada en la historia argentina y es necesario estudiar estrategias que conduzcan a desterrarla de la política. Pero desterrarla significa *sembrar* la noción de que se apuesta a la vida y que no hay mundo feliz en el futuro que justifique la muerte presente. Esto es tan válido para la izquierda como para la derecha porque ambas -al menos en este país- han guardado silencio, han mirado para otro lado, han tolerado y en algunos casos han gui-

ñado el ojo al verdugo que, ubicado en una franja próxima, le cercaba la cabeza al otro. Hablamos de partidos que se denominan liberales y partidos que dicen ser de izquierda.

No son esos los liberales ni los izquierdistas que necesita un territorio en el que basta escarbar unos centímetros para hallar los cadáveres de culpables o inocentes asesinados sumariamente.

El que mata, decía Gandhi, debe suponer que los objetivos que desea alcanzar mediante ese acto son *absolutamente* justos y que la violencia los realizará *definitivamente*. No puede ser de otra manera, puesto que el acto de matar es irreversible y por lo tanto no admite equivocaciones. La vida no será devuelta.

Acumulando certezas cada vez más absolutas, existen hoy dos bandos que están convencidos de que únicamente la aniquilación del adversario nos conducirá a ese mundo feliz. ¿Cuál es -si no- la diferencia entre Guevarita Merlo y Seineldín o Rico? A ellos los une la certeza de un horizonte al que sólo se accede sobre los cuerpos del enemigo. La guerra, pues, es la ruta señalada.

Que Seineldín tenga más posibilidades de interrumpir la democracia que las que tienen los terroristas de La Tablada no debe hacernos olvidar que éstos últimos alimentan a los primeros para que ello suceda. En realidad, se incitan entre ellos. Se retan. No debe haber mucha diferencia entre la alegría que experimentaron los terroristas cuando los militares se alzaron por primera vez -en Semana Santa-, que la sentida por éstos cuando asaltaron La Tablada.

¿Cómo hacerles entender, entonces, que la mayoría de la población, aquella que votó y volverá a hacerlo de acuerdo con sus convicciones, no comparte esas certezas absolutas que nos proponen?

Es probable -y aquí podría comenzar a debatirse la labor de entidades como la Iniciativa Democrática-, que sea a través de organizaciones ciudadanas que se *siembre* una nueva cultura política que deseara la utilización de la violencia. Estos últimos años han contribuido, sin duda, a un gigantesco avance en ese sentido. Por las experiencias anteriormente vividas y por el oxígeno que ha brindado el ejercicio del pluralismo, la sociedad parece estar atenta a cualquier retorno al pasado. Sin embargo, no basta. Es evidente que los hábitos autoritarios y violentos no se eliminan tan rápidamente como podríamos suponer; y mucho más cuando hay partidos políticos que no condenan con igual énfasis la muerte del adversario que la del amigo.

Sin olvidar que son los fundamentalistas uniformados los que pueden hacer correr más riesgos a la democracia, hay que iniciar campañas para impedir que la ultraderecha intente -otra vez- transitar un camino que conduce a la sangre. Como si la muerte fuera requisito para la justicia social.

Poder ciudadano

En 1983 los argentinos vivíamos un encantamiento colectivo. Vivir en democracia nos parecía la meta. En estos cinco años descubrimos que con esa meta no alcanzaba, que el funcionamiento del sistema democrático no resolvía todos los problemas.

Debemos aprender que la democracia no resuelve los problemas por sí sola, pero que sí da las reglas del juego para que se resuelvan. Tenemos que acostumbrarnos a utilizar esas reglas de juego. Ello no es fácil porque somos las mismas personas, el mismo país con muchos años de períodos no democráticos que a partir de 1983 intenta funcionar de otro modo.

Tenemos que acostumbrarnos a usar la democracia. La democracia nos da, precisamente, un ámbito de libertad para que actuemos. Por eso como ciudadanos somos los dueños de éste, nuestro país en democracia. Ser los dueños es un reconocimiento, pero a la vez una exigencia.

Es un compromiso con nosotros mismos y con los demás. Un compromiso para encontrar fórmulas nuevas que nos permitan utilizar el ámbito de libertad que hemos conseguido y que queremos resguardar. Precisamente, para resguardar la democracia es que debemos actuar sin esperar que sean otros los que resuelvan nuestros problemas.

MARZO-ABRIL EN LA CULTURA

Algunas actividades coordinadas por organismos dependientes de la Secretaría de Cultura de la Nación

TEATRO Y DANZA

MADRE CORAJE. De Bertolt Brecht. Adaptación: Roberto Cossa y Robert Sturua. Con Cipe Lincovsky, Soledad Silveyra, Alfredo Zemba, Danilo Devizia, Emilio Bardi, Luis Luque, María Ibarreta, Jorge D'Elia, Jean Pierre Regueraz, Walter Soubrié, Jorge Chernov, Daniel Sznec, Zuni Lemos, Armando Equiza, Ana Maestroni, José Glusman, Gustavo Cerrini. Escenografía y vestuario: Georgio Meshivili. Ilustraciones musicales: Guía Kancheli. Asistencia de dirección: Ricardo Raconto y Karin Sorvik. Director repositor: Alfredo Zemba. Puesta en escena y Dirección general: Robert Sturua. Funciones: Jueves a domingos 21,30 horas. (En el Teatro Nacional Cervantes, Libertad 815, Cap. Fed., Tel. 45-4224.)

LOS DISFRAZADOS. De Carlos Mauricio Pacheco. Intérpretes: Grupo Del Teatrino, Gurpo Libertables y Cit (Centro de Investigación Teatral). Composición Musical: Mariano Cossa. Músicos: Gabriel Rivano y Carlos Bustamante. Diseño, realización, escenografía, vestuario y títeres: Centro de Investigación Teatral. Asistencia de Dirección: Patricia Corradini. Dirección y Adaptación: Luis Rivera López. Funciones: Jueves a domingo 21,30 horas. Jueves entrada libre y gratuita (en el Teatro Nacional Cervantes, Libertad 815, Cap. Fed., Tel. 45-4224.)

TEATRO PARA NIÑOS: "PUES ENTONCES QUIEN LO TIENE?" - "ZOOLO PARA NIÑOS". Autor: Luis Oliveto. Intérpretes: Cooperativa "El Gran Bonete" (Gerardo Bourne, Silvia Campos, Silvia Plascencia, Rodolfo Ramírez, Jorge Luis Scaramal, Néstor Vacatello). Asistente de Dirección: Ana María Armandier. Dirección: Luis Oliveto. ESTRENO: 18 de febrero. Funciones: Sábados en las plazas de

La democracia crea sus propios mecanismos de defensa frente a las amenazas autoritarias. Pero también impulsa embriones que -conscientes de las limitaciones y defectos de todo estado de derecho- intentan profundizarla, perfeccionarla, en una constante búsqueda cuyo objetivo -siempre renovable- será el mayor bienestar humano. Un grupo de ciudadanos entre los que se destacan el fiscal Moreno Ocampo, Marta Oyhanarte y Manuel Mora y Araujo han constituido una entidad que se llama Poder Ciudadano. Su objetivo es fomentar "la idea de que los ciudadanos tenemos derechos que podemos ejercer sin pedir permiso. Queremos divulgar esos derechos y mostrar cómo acudir a la justicia para protegerlos".

Reproducimos aquí su declaración de propósitos. En sucesivos artículos informaremos a nuestros lectores sobre esta iniciativa que se suma a otras y que demuestra la inquietud de una sociedad que no parece dispuesta a dejarse arrebatar sus conquistas democráticas.

Somos un grupo de ciudadanos de distinta afiliación política pero unidos para impulsar ciertos valores comunes.

Queremos fomentar la idea de que los ciudadanos tenemos derechos que podemos ejercer sin pedir permiso. Queremos divulgar esos derechos y mostrar cómo acudir a la justicia para protegerlos.

Estamos seguros de que la interacción entre un juez exigido y apoyado y un ciudadano colaborador con la justicia y solidario con su prójimo es un camino hacia un futuro de paz.

Por ello queremos asumir un rol responsable y activo en defensa de la administración de justicia, ayudar a su transparencia y eficacia como una forma de preservar nuestros derechos.

Sabemos que ésos no son los únicos problemas. Pero creemos que son de fundamental importancia. Un país en el que la ley no se cumple es un país destinado al subdesarrollo y a la miseria.

Tenemos proyectadas una serie de actividades; sólo contamos con nuestras ideas y nuestro esfuerzo, que van a ser suficientes en la medida que otras personas aporten sus ideas y sus esfuerzos.

La Boca 18.000 horas. Domingos en el Teatro de la Ribera a las 18.00 horas. (En Teatro de la Ribera, Pedro de Mendoza 1521, Cap. Fed., Tel. 28-8866.

TALLERES:

- TALLER DE COLOR. (marzo-abril). A cargo de la prof. en Bellas Artes Clarisa Cassiau. Días y horarios: miércoles de 15 a 16.30 hs. niños de 9 a 12 años; jueves de 15 a 16.30 hs. niños de 7 a 8 años. Informes e inscripción hasta el 14 de marzo, de 15 a 19 hs., en el MCY. Cupos limitados. Museo "Casa de Yrurtia" O'Higgins 2390, Cap. Fed.

- TALLER DE ESPACIO. (marzo-abril). A cargo de la prof. en Bellas Artes Clarisa Cassiau. Días y horarios: miércoles de 17 a 18.30 hs. niños de 7 a 8 años; jueves de 17 a 18.30 hs. niños de 9 a 12 años. Informes e inscripción hasta el 14 de marzo, de 15 a 19 hs., en el MCY. Cupos limitados. Museo "Casa de Yrurtia".

- PLAN LITERARIO PARA NIÑOS "ABRA CADA BRA". (abril-octubre). A cargo de Nelly di Lella. Días y horarios: miércoles de 15 a 16.30 hs. niños de 10 a 11 años; y de 17 a 18.30 hs. niños de 8 a 9 años. Informes e inscripción hasta el 31 de marzo, de 15 a 19 hs., en el MCY. Cupos limitados. Museo "Casa de Yrurtia".

- PLAN NACIONAL DE LECTURA "LEER ES CRECER". En 22 localidades de las provincias de: Chubut, Tucumán, Salta, Santa Fe, Buenos Aires, Corrientes, Neuquén, San Juan, Santa Cruz, Misiones y Chaco, se organizaron talleres de lectura a cargo de profesores y escritores consagrados. Para mayor información dirigirse a las Secretarías de Cultura provinciales y municipales, escuelas, bibliotecas, consejos escolares, o a la Dirección Nacional del Libro, 25 de Mayo 606, 3º piso, Capital, Tel. 311-0031.



El discurso de Carlos Saúl Menem

Los hilos invisibles de la coherencia

Mariana Podetti, María Elena Qués y Cecilia Sagol

Cuando los analistas políticos y periodistas se refieren al candidato a la presidencia por el justicialismo, Carlos Menem, suelen destacar la falta de coherencia de su discurso. Estos juicios parecen estar basados en la presencia de rasgos que se alejan de la estructura esperada en un discurso político. Algunos de estas características, a veces objeto de comentarios, son ciertas contradicciones lógicas, la falta de lógicas argumentativas sólidas, una yuxtaposición y coordinación de elementos heterogéneos. Por ejemplo:

—La Argentina está inmersa en el mundo occidental y cristiano. Queremos terminar con todo tipo de fronteras ideológicas, pensando sobre todo en los intereses de nuestro país. Cuando triunfemos en 1989 la cuestión ideológica merecerá para nosotros un tratamiento realista.

—¿Cómo aplicará la doctrina que su partido denomina de la "tercera posición"?

—Es una doctrina que han asumido varios países del mundo. No surgió como decisión propia, sino como respuesta a la acción de las superpotencias. Desde la periferia, con Perón a la cabeza, nos hemos integrado a lo que se llama el Tercer Mundo. En esa línea vamos a llevar a cabo nuestra política internacional. (Clarín, 18.7.88, entrevista de François Lepot.)

Este texto yuxtapone por lo menos tres afirmaciones de difícil compatibilización, sin que medie operación articuladora alguna:

1) La Argentina pertenece al mundo occidental y cristiano (lo cual supone un planeta dividido en dos partes).

Hay que terminar con las fronteras ideológicas. (¿Será que las oposiciones "occidental-oriental" y "cristianismo-otras religiones" carecen de ingredientes ideológicos?)

3) Nuestra política internacional se orientará a partir de la doctrina del Tercer Mundo (lo cual supone un planeta, por lo menos, tripartito).

No es la primera vez que un político sostiene a la vez que la Argentina es occidental pero pertenece al Tercer Mundo. Lo que ocurre es que, por lo general, el discurso se preocupa por distinguir ámbitos de aplicación, de manera que el enunciado resulte coherente. Por ejemplo, somos occidentales culturalmente pero pertenecemos económicamente al Tercer Mundo. políticamente a los No Alineados. Menem prescinde de este tipo de aclaraciones, y esto es justamente lo que llama la atención.

Sin embargo, dado que el discurso menemista puede ser leído como un texto, las fisuras que encontramos en el nivel de los contenidos podrían estar saturadas en otros planos. Para intentar explicar estos modos de articulación, es necesario analizar cómo circula un discurso político, no solamente los textos como producto. Desde el punto de vista de la

Las incoherencias del discurso del candidato justicialista a la presidencia de la República ya son conocidas por todos y hasta motivan la burla de sus opositores. ¿Pero hay algo más que incoherencias? Porque si sólo lo fueran resultarían inadmisibles; tan inadmisibles como para afectar irreparablemente la imagen del candidato. Pero si no se tratara del producto de la ceguera y de la irresponsabilidad, sino de un discurso que se necesariamente incoherente porque pretende montarse en la suma de resentimientos acumulados en la sociedad por años de crisis y decadencia, resultaría simplemente fascista. Una cultura que hace un uso despreciado y arbitrario de las palabras está negando el principio democrático que afirma sostener. Desmontar en la Argentina el discurso totalitario es una tarea que aún debe ser emprendida. Por eso pretendemos iniciar con este artículo una reflexión continuada sobre el tema. LCF.



producción, trataremos de precisar la manera en que el candidato construye su imagen discursiva. Imagen que es reforzada, reafirmada o apoyada por otros discursos que circulan socialmente.

Por otra parte, la coherencia textual podría ser explicada por operaciones que efectúan los receptores. Desde este punto de vista, los analistas de medios masivos destacan que los programas de televisión de tipo informativo suelen recibir una atención "flotante" y "fragmentaria" que permite que el receptor seleccione y jerarquice la información que efectivamente escucha, recontextualizándola e incorporándola a sus expectativas. De esta manera, la contradicción no es necesariamente recibida: el receptor puede desearla; pero, aún si no lo hace, puede asimismo reorganizar los datos de manera que adquieran sentido. Intentaremos rastrear en la producción discursiva de

Carlos Menem aquellos mecanismos que pueden operar orientando la lectura para articular elementos incoherentes. En particular, enfocaremos la organización del discurso en torno a una peculiar imagen del candidato, y la distribución de sentidos múltiples entre una pluralidad de destinatarios.

1. Un galán con patillas

Otros trabajos han intentado explicar la manera en que el liderazgo de Juan Domingo Perón funcionaba como "susturador" de las lagunas y colisiones presentes en su palabra.² La figura del candidato Menem, cuya dimensión carismática está todavía lejos de la del viejo líder, podría sin embargo operar agregando —en recepción— un plus de sentido que permite

volver consistente su discurso. De hecho, las referencias de los medios, el discurso de otras figuras políticas y el del mismo Menem han construido un "personaje" Menem, cuya vida privada y cotidiana adquiere tanta importancia como su presencia pública. Los medios dedican un gran espacio a la descripción de su residencia, sus actividades diarias, su célebre hobby —el rally—, sus amistades en la farándula y la vida de su familia.

Este enunciador "sujeto real" —siempre parece más "real" el individuo presentado en su vida íntima— organiza y articula las restantes entidades del universo político, que se definen por contigüidad con su persona. Se produce un cambio de encuadre en la relación entre el ámbito político y el privado. De esta manera, la candidatura de Menem no aparece como un hecho en la historia política del país, sino más bien, las elecciones nacionales resultan un hito más en su propia biografía.

El "sujeto real" irrumpe permanentemente en el discurso del candidato, estableciendo equivalencias entre sus actitudes cotidianas y su labor política, sin que medie nexos que señalen la analogía. Construye así un verosímil de coherencia entre su vida pública y la privada. De este modo, la "saudacia" que reclama como necesaria virtud del político, incluso para hallar soluciones para la crisis económica ("Badía y Cla.", 3.9.88), se inscribe en el relato que él mismo hace de su participación en las carreras automovilísticas. Como decíamos, los medios contribuyen a reforzar esta imagen. Por ejemplo, le pregunta un periodista de Clarín:

—Dígame: ¿usted cree que la gente lo ve correr y se dice, por ejemplo, ahí va un hombre audaz...? ¿Es bueno o malo para un político?

—¿Y usted qué cree que es la audacia? Audacia es tener una dosis de valentía para encarar cualquier misión en la vida. Y en la política, vez, usted necesita de talento, de honestidad y también de audacia. (20.3.88, entrevista de Roberto Fernández Taboada.)

Al poner en contacto el relato de la vida privada con el ámbito político, las descripciones y prescripciones que enumera tienen un alcance más, sin distinción de dominios de aplicación.

La falta de discriminación entre el ámbito público y el privado explicita también la superposición de un registro afectivo "extrapolítico" en fundamentaciones de las relaciones políticas, lo cual permite obtener la polémica, ya que el discurso se despliega en un plano no conmensurable con criterios políticos. Se produce así un cambio de nivel que permite eludir la respuesta.

—[...] Se habla de un conflicto de Menem y la colectividad judía.

—Somos amigos, nosotros, ¿no? Vos, ¿qué es?

—Judío.

—Entonces... Y, tengo un montón de amigos judíos. ("La noche del sábado", 13.8.88, entrevista de Gerardo Sofaich.)

Querer no siempre es poder

En forma análoga al deslizamiento del plano político al personal y viceversa, el deseo se funde en el discurso de Menem con la propuesta, el "debemos" con el "haremos", el componente prescriptivo con el programático.³ Este hecho puede explicar cómo (frecuente) malentendido entre entrevistador y entrevistado. En varias oportunidades el periodista reclama el nivel programático del discurso, a lo que el candidato responde que ya lo ha enunciado.⁴

—Entonces, es fundamental para salir de esta situación empezar a producir en la República Argentina, e industrializar la materia prima aquí, en el lugar donde se produce. Ganar mercados a nivel internacional y potenciar el consumo popular. No hay otra salida para Argentina.

—¿Vamos a trazar un plan de una plataforma económica en tu propuesta?

—Y es ésta. ("La noche del sábado").

—¿Y cuál va a ser su propuesta?

—Y todo esto de lo que estamos hablando... ¿Qué pasa? ¿No me oyó? (Clarín, 20.3.88.)

"El empezó"

Cuando polemiza, Menem parece recurrir a una lógica no habitual en el discurso político, centrada en las acciones personales de los actores involucrados, en la que resuena el eco de la lógica de las discusiones infantiles. Para responder a críticas de índole política, tales como su asociación con dirigentes de trayectoria escasamente defendible, por su vinculación con grupos terroristas, el candidato responde con una frase perfectamente asimilable a expresiones tales como "Mirá quién habla", o inclusive "El que lo dice lo es", que le permiten clasificarse como "metatistas", es decir, respuestas que devuelven la acusación a la fuente original. Por ejemplo:

Lo que dijo Cafiero es muy triste, es una botanada... Yo sé que (Juan Carlos) Rousselot trabajó con López Rega, pero también sé que el pueblo de Morón lo votó. Además, no nos apoyan los montoneros sino el peronismo revolucionario, que es un sector interno del partido que no está en la clandestinidad. ¿Qué les pasa ahora, no se acordaron de esto cuando De la Sota llevó como candidato a diputado por Córdoba al hijo de Ricardo Obregón Cano, un reconocido montonero? (Hogar, 12.10.4.88, entrevista de Gabriela Cerruti.)

Tras un reciente intercambio con el Presidente Alfonsín, que los medios presentaron como ejemplo de la dureza que esta campaña estaba adquiriendo, Menem justificaba sus ataques al Presidente diciendo que "él empezó" ("Tiempo Nuevo"). Esta frase tiene como destinatario un árbitro de jerarquía superior a los contendientes, cuya función es evaluar su respectiva responsabilidad. De esta manera, Menem insta a los periodistas en el lugar del juez, o, más sencillamente, el de la maestría.

El espectáculo de la política

La marcada presencia del "yo privado" en el discurso de Carlos Menem puede inscribirse en el marco de un planteo más global acerca de la palabra pública en la actualidad. Jürgen Habermas señala como lo propio de lo público su carácter de representación pública del poder en la

persona del soberano o los miembros de la corte. Frente a esto, las revoluciones burguesas habrían instaurado un espacio de lo público ligado a la discursividad racional. Actualmente, bajo el influjo de los medios de comunicación, lo público parecería volver a tomar aquel viejo carácter de espectáculo. Así, la palabra política aparece frecuentemente vinculada a convenciones derivadas de la lógica de los medios.⁵

o a la promoción comercial que a los actos políticos clásicos —reproducen ese cruce, presente en otros planos de la producción simbólica del menemismo, de lo tradicional con lo moderno.

También admite una lectura en este sentido el *affiche* —expuesto hacia fin de año en las calles de Buenos Aires— en el que se muestra la cara sonriente del candidato junto a la consigna "¡Sigámenle! No los voy a defraudar". Un extran-



Briker, A. 1908

jero que visitara la ciudad en esos días podía pensar que se trata de un ídolo de la canción o de un pastor electrónico, ya que no hay en el texto ni en la imagen nada que nos oriente hacia una lectura política del mensaje. Lo único que nos autoriza a recibirlo de esta manera es el conocimiento previo del lugar político que ocupa el enunciador.

Tal vez sea Carlos Menem el político argentino que, en la actualidad, logra con mayor éxito hacer de sí mismo "un personaje del ambiente", con una imagen más cercana a la de los miembros de la farándula que a la de los políticos. De este modo, el género al que pertenece su palabra excede los límites del discurso político, fundándose en el cruce con otros tipos de discursos, tales como el humor, los programas de entretenimiento e interés general:

—No te voy a preguntar por las patillas, porque es un tema terminado. [...] Además, es un tema que no da para más. —Sí, ya me tienen patillado. ("La noche del sábado".)

2. Quien quiere oír que oiga (u oiga lo que usted quiera)

La lectura del discurso de Menem parece estar guiada desde su producción, que distribuye sentidos diversos entre distintos destinatarios. Al respecto, Julio Godio ha llamado la atención sobre un discurso menemista "hacia afuera" (las promesas del salario y la revolución productiva) y otro discurso "hacia adentro", que desmiente el anterior, dirigido a los capitales de la industria. Aunque es centralmente un discurso privado, éste puede filtrarse al público (que para el caso es la "City") mediante signos tales como "El beso en Grecia a Amalita Forthab" o "sus excelentes relaciones con el diario *Ámbito Financiero*".

La amplitud de la destinación es una característica de los partidos de masas occidentales, que la ciencia política denomina "catch-all-party". Se trata de partidos con gramáticas ideológicas laxas que generan operaciones que neutralizan discursos diferentes y redefinen interrelaciones para ser escuchados por un amplio espectro social. Lo notable en el discurso de Carlos Menem es la ausencia de estas operaciones de reorganización y rearticulación.

Así, estos múltiples discursos no siempre ocupan espacios tan bien delimitados como sugiere Godio, sino que se yuxtaponen sin compatibilización. Creemos que es posible trazar en su palabra pública las líneas que señalan una destinación múltiple.

Redefinir los sentidos

En ocasiones, el candidato lanza propuestas sintetizadas en términos cuyo efecto sobre la clase política, en particular el adversario, es una inmediata respuesta crítica y aún escandalizada. Fue el caso del anuncio del "salario", así como el de la "pacificación". En ninguno de los casos Menem desarrolló la propuesta al anunciada, de tal manera que lo que se recibió fue la connotación: el "salario" (sobre todo en virtud del sueldo, y por oposición a "tarifazo") fue interpretado como un aumento súbito y masivo de salarios, mientras la "pacificación" se identificó con una Ley de amnistía. Todas las respuestas se orientaron en esas direcciones.

La contraréplica de Menem fue definir los términos: el "salario" pasó a ser una "recompensación salarial gradual".

Es algo ético, moral, le va a posibilitar al trabajador vivir con dignidad. [...] Recuperar gradualmente el nivel histórico de los argentinos. ("Sin verso", 10.10.88, entrevista de Esteban Peico-vich.)

La "pacificación", por su parte, se ligó al "pacto social".

La reconciliación es un estado de ánimo que puede ser incentivado por una ley de pacificación nacional. No con una amnistía, que no solucionaría nada, sino con un llamado a convivir pacíficamente; una suerte de lugar de encuentro para que haya un poco de paz y orden en medio de este enfrentamiento físico y

verbal entre civiles y militares y que contribuya a consolidar la democracia. (Página 12, entrevista citada.)

La distancia entre connotación y denotación, así como el lapso transcurrido entre el lanzamiento del término y su definición permiten la recepción fraccionada de ambos planos. La clase política es "tranquilizada" con la denotación, pero los sectores interesados (los trabajadores y los militares) han recibido el impacto de la connotación, y lo pueden sentir presente como un dato favorable.

El espesor del discurso

La heterogeneidad habita en distintos niveles del discurso menemista. En el conviven sin conflicto, por el mero hecho de ser nombrados, el Papa, Khadafi y el glorioso pueblo libio, Facundo Quiroga, el hambre de Africa, Perón y la tristeza de los niños ricos. El receptor experimenta un extrañamiento similar al que se producirá en una fiesta de disfraces en la que Superman bailara con Cleopatra.

De la misma manera, son heterogéneas las fuentes de su repertorio de citas. La pluralidad de voces —frases hechas, proverbios, citas de la Biblia o de Perón— constituye una palabra cristalizada hipercodificada, debido a su profusa circulación:

En la vida, a los tibios los vomita Dios. [...] Es un precepto bíblico. (Clarín, 20.3.88)

Eramos el granero del mundo (Id.)
Lo que se necesita acá es depender toda la riqueza mundial. (Ibid.)
Estos mecanismos pueden generar dos tipos de operaciones en el polo de recep-

ción. En una entrevista o polémica, no se suele exigir una fundamentación ulterior a este tipo de frases. Es poco común que un entrevistador repregunte o un político refute "verdades naturales", que provienen del discurso cotidiano. De tal manera, estos contradiscursos (la reputación o la refutación) son obturados, no pertenecen al conjunto de enunciados posibles.

En otras situaciones de recepción, estas citas pueden operar como claves que reclaman un desciframiento. Por tratarse de frases gastadas, escasamente informativas, pueden ser resignificadas otorgándoseles un nuevo contexto y en consecuencia un nuevo sentido.

Como en el discurso poético o en los eslógans publicitarios, el significante se separa del significado, el mensaje se vuelve sobre sí mismo, potencia su espesor material y como un objeto, es mostrado más que aseverado. La frase opera en bloque, como significante de un nuevo significado: el saber popular, el saber trascendente, la sabiduría del héroe nacional. El lenguaje es una marca de reconocimiento, la palabra, una ilustración.

No somos una alternativa ni una opción, somos una realidad tangente y vigente. (Discurso pronunciado en el Luna Park, 8.10.86).

No será un frente electoral, solo programático, que tenga permanencia y trascendencia en el tiempo y en el espacio. (Clarín, 18.7.88).

[El justicialismo] ha sido víctima de todos los golpes habidos y por haber. (El Cronista Comercial, 26.12.88).

El discurso de Menem se articula a partir de una retórica paradigmática, basada, más que en la coherencia de las cadenas argumentativas, en el volumen de las figuras y de los mecanismos analógicos, en el juego de los sentidos presen-

tes con los ausentes. Como piedras engastadas sobre un paño las frases y palabras resaltan, sobresalen, valen por sí mismas, sin formar parte del entramado.

La producción discursiva del candidato presidencial Carlos Menem resulta manifiestamente inconsistente no sólo desde el punto de vista de la lógica formal, sino fundamentalmente de acuerdo con las convenciones que regulan el discurso político en tanto género. Ello no obstante, sus textos pueden ser sometidos a otros niveles de lectura, que permiten encontrar ejes de articulación y les otorgan cierta coherencia. Hablamos, claro está, de una coherencia interna, lo cual está lejos de implicar que las descripciones y diagnósticos presentados por el gobernador de La Rioja sean correctos, o sus propuestas, aceptables. Sin embargo, la polémica se ve obstaculizada por la fuerte trabazón de una lógica simplista, que no abre espacios a una argumentación fundada en otro plano.

Dos lecturas son posibles frente a un discurso de este tipo. Desde una lectura analítica, el discurso de Menem resulta intransitable, y sólo queda impugnarlo como incoherente (o, en su defecto, calificarlo de "oriental", de acuerdo con la explicación que dio hace algunos meses Carlos Grosso). Desde una lectura, en cambio, que acepte participar en su dimensión lúdica —los juegos de palabras, los artificios retóricos, la inclusión de géneros diversos, la lógica infantil— no resultan pertinentes las críticas centradas en la denuncia de sus contradicciones.

El discurso de Menem, articulado alrededor de un sujeto que organiza el mundo a partir de sí mismo, que se adecua exitosamente a las reglas de los medios masivos de comunicación, parece fundarse en una apuesta a la polyvalencia del sentido. Aquí está riesgo, en tanto la circulación discursiva no es controlable desde

la instancia de producción, ni la recepción totalmente previsible. Ni Menem, ni sus asesores, ni sus adversarios, tampoco los analistas políticos o los semiólogos, pueden saber con certeza desde qué nivel de lectura decidirá su voto la ciudadanía argentina.

Notas

¹ Véase Landi, Oscar: "Mirando las noticias" en AAVV (1987): *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, pp. 169-197.

² Emilio de Ipolita: "Crisis y discurso político en el peronismo actual: el pozo y el péndulo", en AAVV (1987: 87-117).

³ Tomamos la propuesta que Eliseo Verón formula en "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política". En *El discurso político* citado.

⁴ En otras ocasiones, el entrevistador pregunta por el componente programático, pero recibe una respuesta en términos del componente descriptivo (del presente), seguida de una presunción que lo contraria, lo cual genera un curioso efecto de incoherencia.

⁵ "El Estado siempre regulador de la actividad económica?"

⁶ "No, la actividad económica no tan sólo la regula el Estado, sino que son las empresas. Son las empresas privadas también las que van regulando la actividad económica. Nosotros pretendemos que el Estado se convierta en un orientador de la economía. (La noche del sábado)".

⁷ Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública. (1962), Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

⁸ "Crónica de un emergente esperado", en La ciudad futura, núm. 12, septiembre-octubre de 1988, p. 3.

⁹ Por ejemplo, cuando Carlos Menem señala que "nuestro país tiene de todo" y que "hay factores que están limitando el desarrollo y el crecimiento de este enorme potencial que tenemos", Juan Alberto Badia, lejos de discutir esta afirmación, responde que "eso ya está descubierto y lo han dicho muchas veces y mucha gente." (Badia y Cia, "...)

Textos/Dos visiones sobre la perestroika

Artículo sobre Gorbachov

Andrew Arato

Si en lugar a dudas algo importante está ocurriendo en la Unión Soviética. Aun así, la respuesta occidental tiende a revelar nada más que las ya conocidas líneas de pensamiento antes que el fenómeno Gorbachov en sí. Contrariamente a la opinión de Cohen, Kennan y Hough, nadie supone un retorno a las líneas de desarrollo de la situación previa a 1917 (cuasi occidental) o anterior a 1919 (es decir, la NEP). Tampoco puede asumirse que haya sido puesta en marcha una radical e irreversible reforma estructural de la sociedad soviética. Pero contrariamente a la opinión de Pipes y Besançon no nos encontramos frente a una de las clásicas revoluciones rusas "desde arriba" en la tradición de Iván, Pedro, Catalina y Lenin, en la cual instrumentos específicos de la modernidad occidental serían utilizados en favor del fortalecimiento del gobierno autocrático, y que por otra parte harían más efectiva la oposición a occidental en el marco de la guerra fría. Sería extremadamente arriesgado asumir —como hacen ellos— que nada esencial puede cambiar en la Unión Soviética.

Todavía es muy temprano para remplazar estas dos concepciones ideológicas, por una concepción histórico-filosófica alternativa no basada en visiones proféticas. Pero éstas pueden ya ser teóricamente desafiadas. La primera, la concepción "optimista", postula la incitación "desde arriba" de un proceso que podría fácilmente amenazar la continuidad institucional del sistema establecido en cualquier sentido significativo, algo que el régimen soviético no arriesgaría deliberadamente a poner en movimiento, especialmente después del traspás de la primavera de Praga. La segunda, la visión "pesimista" supone que elementos de la modernidad occidental, especialmente los tecnológicos, pueden ser utilizados por el régimen soviético en una sociedad fundamentalmente sin cambios. Pareciera haber sido precisamente esta estrategia la que fracasó en la era de Brezhnev, conduciendo al estancamiento y a una eventual y palpable decadencia. Estas dos posiciones eluden el problema real de la reforma "desde arriba": cómo, de alguna manera, permanecer igual y aun así cambiar lo suficiente como para responder a una serie de imperativos.

Observemos brevemente cada uno de los términos "igual", "cambio", "imperativos" bajo los siguientes encabezamientos: la identidad del sistema soviético, los posibles significados de su reforma, y las razones para llevar a cabo hoy una reforma estructural. La identidad del

En esta nueva sección incluimos dos extensos ensayos sobre la experiencia de la perestroika. El de Arato, nos da la visión de los analistas occidentales: recatados, dubitativos, tienden a enfatizar los obstáculos que el actual sistema soviético no puede ni podrá superar. El de Cerroni, en cambio, indaga los elementos de formación de una nueva cultura política en la sociedad soviética. Se evidencia así la existencia en curso de una verdadera mutación.

sistema soviético ha sido tema de interminables discusiones. La mayoría de las posiciones rivales de la izquierda han sido por lo menos efectivamente discutidas por George Markus quien ofrece junto con sus co-autores la fórmula de la "disposición global del aparato de poder como un todo. No disponemos de mejores concepciones acerca de los principios organizacionales para los períodos totalitarios clásicos de los sistemas de tipo soviético. No obstante, existen en la actualidad por lo menos cuatro sociedades (Yugoslavia, Hungría, Polonia y China) donde estos principios pueden ser aplicados con éxito sólo parcialmente, y donde sin embargo todavía cabe hablar de una continuidad institucional, de la preservación de la identidad original de la sociedad de tipo soviética. En mi opinión el principio de abstracción de identidad que estas sociedades comparten con los totalitarismos predecesores y contemporáneos, es la primacía de una prerrogativa o de un partido-estado discrecional con respecto a otras esferas sociales. Esta primacía no determina el nivel real de penetración y control directo, sino presupone nada más que la capacidad del poder discrecional o prerrogativo de determinar o redeterminar los límites entre la intervención y la no-intervención. En dicha sociedad, la diferenciación social (i.e. la "des-totalitarización") es posible por lo menos para algunos de sus sectores importantes. Los

sectores económicos no estatales de los países mencionados constituyen ejemplos de esto, como también la alternativa cultural, religiosa y secular en Polonia. Es importante tener en cuenta que estas formas de diferenciación no están reguladas por ninguna estructura moderna de derechos fundamentales.

Por cierto, como Mihaly Wajda advierte, la Unión Soviética no es meramente una sociedad de tipo soviético sino el centro imperial de un sistema compuesto por tales sociedades. Sin embargo, una vez más es plausible argüir —especialmente a la luz de los diversos caminos de desarrollo de los distintos países— que también aquí, en la actualidad, el principio de poder prerrogativo o discrecional domina antes que el principio de control o subordinación total. Ciertamente, los diversos regímenes pueden experimentar distintas vías de desarrollo, pero como la llamada doctrina Brezhnev lo reveló, sólo la Unión Soviética tiene el poder de decisión acerca de las cuáles son los límites de divergencia aceptables. En otras palabras, si un conjunto de cambios amenazara el ejercicio de la prerrogativa soviética, éstos, por definición, no serían aceptables.

¿Cuál es el significado de la reforma en un sistema como el soviético? En contraste con un principio de identidad total, el principio de poder prerrogativo obviamente posibilita un cambio importante. Aquí, me gustaría distinguir entre reforma y reforma radical. Adaptando libremente las opiniones de los economistas de la reforma húngara, defino reforma como una transformación significativa de los mecanismos de coordinación de por lo

menos una de las esferas importantes de la sociedad sin que esta transformación desafíe el principio de identidad del sistema (ni siquiera en la esfera transformada). De este modo, la transición de una economía dirigida a un sistema de controles burocráticos indirectos produce una nueva forma de coordinación. Sin embargo, en lo que concierne al poder discrecional, simplemente cambia la manera en la cual esta economía opera: de órdenes directos no sujetas a normas a una regulación indirecta que elude las normas. Incluso la aceptación tácita de un extenso sector no estatal permite, por lo menos en principio, que solamente un marco sea franqueado y hasta revertido sin ningún tipo de restricciones coercitivas. La conducta de los actores en una economía reformada como ésta es constantemente deformada por la presuposición tácita de un poder prerrogativo con continuidad histórica.

A l menos históricamente, la reforma así definida consiguió en primer lugar formas de organización dualistas tipificadas por el concepto de "dependencia dual" de Kornai con referencia a la coexistencia de formas de coordinación indirectas y burocráticas con formas de mercado en la economía húngara (probablemente también en la china y la yugoslava). Si bien es importante distinguir aquí entre la ideología socialista de mercado de la reforma y su resultado diferente en cada caso, cabe destacar que estos resultados representan desviaciones importantes con respecto a los sistemas monísticos anteriores. Estas dos distinciones nos permiten considerar otras reorganizaciones dualistas, independientemente de la presencia de formas de coordinación de mercado como los equivalentes funcionales de la reforma (probablemente limitados temporalmente). De este modo, como subraya Castoriadis, la bifurcación de la economía soviética en un sector moderno militarmente orientado y un sector civil rezagado fue el sustituto de una "reforma" en la era de Brezhnev. Esta forma de dualismo poseía y necesaria sólo para el centro imperial evitó desde el principio el riesgo de un desdormimiento de formas de autonomía desde la economía a otras esferas de la sociedad (una situación inevitable en el caso húngaro pese a las intenciones originales del régimen). Más especulativamente podríamos considerar la economía de la República Democrática Alemana como dualista, basada en la bifurcación de un sector que produce para Alemania Federal y el Mer-

CATALOGOS EDITORA

Av. Independencia 1860 (1225)Capital. Tel. 38-5708/5878

Representante de Siglo XXI Editores (México y España)

TEXTOS CON IDEOLOGIA

- LA ECONOMIA DEL SOCIALISMO FACTIBLE, por Alec Nove.
- LA IDEOLOGIA DEL PODER Y EL PODER DE LA IDEOLOGIA, por Góran Therborn.
- EL CAPITALISMO HISTORICO, por Immanuel Wallerstein.
- ¡SALTAR AL REINO DE LA LIBERTAD? Crítica de la transición al comunismo, por Mario Salazar Valiente.
- MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA, por Peter Giotz, con prólogo de Felipe González.
- EL FIN DE LAS DIVISAS CLAVE, por Aglietta.
- COMBATIENDO POR LA PAZ, por Daniel Ortega Saavedra, con prólogo de Carlos Fuente.
- DIARIO DE SUDAFRICA, por Verónica Volkow.
- LA TRANSICION DIFÍCIL. La autodeterminación de los pequeños países periféricos, por José Luis Coraggio y Carmen Diana Deere (comp.).
- CRECIMIENTO Y CRISIS, por André Gauron y Bernard Billaudot.
- RACIONALIDAD. Ensayos sobre la racionalidad en ética y política, ciencia y tecnología, por León Oliva (comp.).
- HEGEMONIA Y ESTRATEGIA SOCIALISTA, por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.
- ALTHUSSER, Louis: FILOSOFIA Y MARXISMO. (Entrevista por Fernanda Navarro).

DICCIONARIO DE POLITICA III, por Norberto Bobbio y Nicola Matteucci.
TODO LO SOLIDO SE DESVANESCE EN EL AIRE. La experiencia de la modernidad, por Marshall Berman.

NOVEDADES

- CARLOS A. FLORIA y CESAR GARCIA BELSUNCE
HISTORIA POLITICA DE LA ARGENTINA
CONTEMPORANEA 1880-1983
282 págs. (2º ed.)
- ALBERTO FILIPPI
INSTITUCIONES E IDEOLOGIAS EN LA
INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA
Prólogo: José Aricó
316 págs.
- EDUARDO CRAWLEY
UNA CASA DIVIDIDA: ARGENTINA 1880-1980
Prólogo: Rodolfo H. Terragno
446 págs. (2º ed.)
- RICCARDO CAMPA
EL ESTUPOR DE EPICURO.
ENSAJO SOBRE
ERWIN SCHRÖDINGER
204 págs.
- SIGMUND FREUD
LOS TEXTOS FUNDAMENTALES DEL
PSICOANALISIS
Selección, introducción y notas de Anna Freud
730 págs.

Libros de Edición Argentina

cado Común Europeo y que incluye el control de calidad y financiamiento occidental, y otro sector que produce para el mercado doméstico a la manera habitual. En todos estos casos (con la probable excepción de la reforma agrícola china), el sistema moderno y dinámico del orden dualístico representa una porción cuantitativamente pequeña de la economía en su totalidad. No obstante, la función estabilizadora de este orden dualístico en lo económico, ideológico o ambos no debe ser subestimada. Aun en el caso soviético donde las consecuencias económicas fueron escasas para el conjunto de la sociedad, los efectos político-ideológicos en lo que a la integración concierne fueron formidables, hasta tal punto que algunos observadores extranjeros llegaron a calificar —a principios de los 80—, de estable la estabilidad del sistema y hasta declararon que una reforma no era siquiera necesaria. En gran medida la ilusión de estabilidad se debió a la capacidad de los diferentes regímenes de liberar a una decrepita cultura oficial de la cuestión de la integración social y al hecho de que recurrieron cada vez más a recursos simbólicos, generalmente nacionales. Este recurso pudo haber sido altamente desestabilizante como lo fue en Polonia, pero en la Rusia de Brezhnev fue exitoso por un largo tiempo.

En la actualidad, por supuesto, muchos de los órdenes dualísticos, particularmente en las versiones húngara y soviética, han entrado en un período de crisis causado por el atraso de los sectores no reformados que, como veremos en cada caso, está ligado con una crisis de legitimidad. Así, en estos dos países el término "reforma" es a menudo calificado como "radical" o "segunda". Estos términos son más difíciles de definir porque aquí tenemos solamente proyectos pero no ejemplos que naturalmente entrarían en grandes discrepancias con respecto a las intenciones originales.

El término reforma radical fue introducido por primera vez por la oposición democrática polaca, especialmente por el COR, para enfatizar dos elementos: la reconstrucción de la sociedad civil y el reemplazo del agente de la reforma "desde arriba" por el "de abajo". En términos de los conceptos presentados aquí, la reforma radical presupone el poder discrecional en algunas esferas sociales, en particular en aquellas de vida asociativa y de representación de intereses. Esta idea sigue siendo el *sine qua non* de la reforma radical, con la salvedad de que la esfera liberada pudiera ser diferente de la que los autores polacos señalaron, así como el poder discrecional para la reproducción social. Dada la radicalidad de esta concepción, el COR fue consistente al identificar el agente de reforma con fuerzas ajenas a la institución gobernante, especialmente teniendo en cuenta que, en ese caso en particular, el liderazgo del partido estaba escasamente interesado siquiera en una reforma de menor escala. Aquí se trata naturalmente de un asunto diferente. La idea de definir reforma radical de tal forma que la sociedad fuera totalmente transformada mientras que la esfera del estado quedara intacta, era incoherente e imposible. En la actualidad, en Hungría nadie repite este error, y sobre las bases de la experiencia del fracaso de la primera reforma, la segunda reforma es definida no solamente por su mayor radicalidad *vis a vis* la esfera económica, sino también por la insistencia en que la reforma económica ahora también presupone una reforma legal, social y política que a la vez requiere un movimiento en pro de la reforma. Aquí está el segundo *sine qua non* de la

reforma radical: la necesidad de transformar, aunque no necesariamente con la misma radicalidad, todas las esferas de la sociedad. Los reformistas radicales húngaros tienen problemas opuestos a sus predecesores polacos: como temerariamente la necesidad de la reforma ha de cambiar todas las esferas sociales, y como identificar el elemento de presión para una reforma desde abajo sin esperar un movimiento social y a la vez con un partido gobernante con por lo menos una ideología reformista.

Al menos algunas de las ideas de reforma en la Unión Soviética hacen eco de estas fórmulas así como también de sus dilemas. Según A. Aganbegyan, los intentos de cambios económicos en la Unión Soviética fracasaron porque: 1) apuntaron sólo a la economía; 2) no llegaron demasiado lejos ni aun en relación con la economía; 3) el único agente de cambio fue la institución gobernante que excluyó todas las fuerzas desde abajo. Ciertamente estas crisis del pasado —que no son mera propaganda— no contribuyen a una concepción positiva de la reforma. En particular, no está claro si estamos lidiando con un contexto nuevo o menos hospitalario —con el viejo reformismo del 68, i.e. la combinación de un socialismo de mercado y un comunismo reformista cuyos insuficientes resultados económicos son ya conocidos, y cuyas promesas políticas fueron siempre indeterminadas. No obstante, difícilmente se desecha la reforma, incluso en observar los desafíos internos y externos que Gorbachov debe afrontar. Castoriadis reconoce que la solución dualística de la era de Brezhnev —que él fue el primero en señalar—, entre la dimensión militar y la dimensión civil no moderna de la economía no funcionaría más. Aquí, el énfasis está puesto en la percepción de Gorbachov, del pequeño círculo que lo apoya, y de todas las jerarquías sectoriales claves que desean darle una oportunidad. Estos estiman —sostiene Castoriadis—, que la eficiencia del sector militar y por lo tanto de toda la estructura imperial podría ser amenazada por el estancamiento del sector civil y especialmente por su incapacidad de igualar a Occidente y a algunos países del Tercer Mundo en materia de producción y absorción de innovación técnica. Según Castoriadis esta percepción debe ser entendida en el marco de una serie de desafíos externos, en particular la amenaza de compromisos de personalización del imperio (el fracaso de Afganistán, los gastos provocados por sus complicaciones de ultramar, las crisis en algunos países de Europa Oriental), y en parte por el significado simbólico, más que económico o militar, de las acciones perpetradas por sus competidores (el rearme americano, los planes para la guerra de las galaxias, el éxito tecnológico de nuevos países en vías de industrialización y la reforma china). La guerra de las galaxias es un buen caso a considerar, ya que el liderazgo soviético le teme fuertemente sin estar del todo convencido de su real factibilidad. En el presente, lo que ellos temen es, por supuesto, todo lo que ellos temían. En este contexto, Castoriadis representa en el contexto de su actual retraso socio-económico.

¿Cuál es la raíz del reformismo?

Algunos autores se preguntan por qué el reformismo ha emergido en la Unión Soviética, y aportan diferentes respuestas según sus propios presupuestos teóricos. Las respuestas se ubican alrededor de dos ejes: explicaciones económicas contra explicaciones político-culturales por una parte; y explicaciones basadas en desafíos internos frente a desafíos externos del imperio (el fracaso de Afganistán, Zemtsov y Fehér y Heller está puesto en la crisis económica interna, expresada en un dramático decrecimiento de la producción y el estándar de vida, el estancamiento industrial, la ineficiencia administrativa, y el caos general. Por cierto, todos reconocen implícita o explícitamente que es posible hablar de crisis solamente cuando hay conciencia subjetiva de la crisis. Lo que no está todavía en claro es si esa conciencia es sólo función de la crisis económica y su magnitud o si además tiene una lógica y origen independiente. En este contexto Zemtsov agrega que la crisis económica provee de un buen pretexto para llevar a cabo un rearme en la élite. Por otra parte, para Fehér y Heller los problemas económicos profundos superan el umbral de la crisis en el contexto de otros dos complejos críticos. De éstos, la crisis demográfica —incluyendo la crisis sanitaria— aparece ser función de una decadencia económica de larga duración. A esto se agrega la crisis del estado gobernante expresada en términos de gerontocracia, movilidad descendente, corrupción y los comienzos de transformación del cuerpo gobernante en una clase de miembros privilegiados. Esto aparentemente son orígenes propios e independientes de lo económico, pero

capaces de afectar adversamente la misma situación económica. Aquí, los autores aluden implícitamente a la crisis de integración social, pero esta visión es de alguna manera viciada por su repetida insistencia en que la forma de legitimidad nacional-tradicional —que ellos justificadamente ven como el *novum* de la era de Brezhnev— permanece absolutamente inalterada.

Alrededor del primer eje, el espectro de interpretación es completado por Peter Hauslohn, quien insiste en que la crisis de legitimidad es por lo menos tan importante como el fenómeno económico en el contexto total. Ciertamente, del sistema de legitimidad de la era de Brezhnev el sólo vez el aspecto cuasi-tradicional, paternalista y pseudo imperial de sus proclamas, pero no su aspecto imperial. No obstante, su exposición de la crisis interna y de la definición del tipo paternalista de legitimidad en el contexto de una creciente democratización, agrega una importante dimensión a nuestro entendimiento de las raíces del fenómeno de Gorbachov. Esto aclara además un propósito que es tan dificultoso como la reconstrucción económica misma: la creación de una nueva forma de integración social que reemplace aquella de la era de Brezhnev o al menos su componente cuasi-tradicional.

El segundo eje de interpretación está seguido por Cornelius Castoriadis, quien insiste en observar los desafíos internos y externos que Gorbachov debe afrontar. Castoriadis reconoce que la solución dualística de la era de Brezhnev —que él fue el primero en señalar—, entre la dimensión militar y la dimensión civil no moderna de la economía no funcionaría más. Aquí, el énfasis está puesto en la percepción de Gorbachov, del pequeño círculo que lo apoya, y de todas las jerarquías sectoriales claves que desean darle una oportunidad. Estos estiman —sostiene Castoriadis—, que la eficiencia del sector militar y por lo tanto de toda la estructura imperial podría ser amenazada por el estancamiento del sector civil y especialmente por su incapacidad de igualar a Occidente y a algunos países del Tercer Mundo en materia de producción y absorción de innovación técnica. Según Castoriadis esta percepción debe ser entendida en el marco de una serie de desafíos externos, en particular la amenaza de compromisos de personalización del imperio (el fracaso de Afganistán, los gastos provocados por sus complicaciones de ultramar, las crisis en algunos países de Europa Oriental), y en parte por el significado simbólico, más que económico o militar, de las acciones perpetradas por sus competidores (el rearme americano, los planes para la guerra de las galaxias, el éxito tecnológico de nuevos países en vías de industrialización y la reforma china). La guerra de las galaxias es un buen caso a considerar, ya que el liderazgo soviético le teme fuertemente sin estar del todo convencido de su real factibilidad. En el presente, lo que ellos temen es, por supuesto, todo lo que ellos temían. En este contexto, Castoriadis representa en el contexto de su actual retraso socio-económico.

El agente en el desafío externo afecta fuertemente el análisis de la perspectiva de reforma porque podrían existir vías para enfrentar el problema sin que todo éste caiga en el riesgo de una destrucción interna. En este contexto, Castoriadis pone énfasis en lo que podría ser descrito como la solución del "atajo", o sea, la disminución de compromisos, sofisticadas e intensas relaciones públicas, negociaciones. Para Castoriadis esta estrategia es brillantemente exitosa. Pero los mismos pasos en política

exterior están abiertos a distintas interpretaciones. Por supuesto, uno podría considerar las iniciativas diplomáticas de Gorbachov como intentos de crear el contexto internacional correcto para su objetivo primario: reforma interna y modernización. Por otra parte podría argumentarse que sus objetivos más importantes están en la arena militar y diplomática internacional, que él necesita de una distensión hacia afuera para ganar tiempo para sus jugadas internas. Castoriadis no elige una opción excluyendo totalmente las otras. El desafío externo no puede, en su opinión, evolucionar la liberalización, la llamada *glasnost* a la cual él caracteriza, como Hough y Kennan como otro viraje occidentalizador en la historia rusa. Pero a diferencia de estos portavoces del despotismo ilustrado de última hora, Castoriadis piensa, en base a la historia rusa y occidental, que la occidentalización "desde arriba" es una contradicción. El desafío externo y su respuesta de "atajo" permanecen así como componentes del fenómeno Gorbachov que enfocamos según esta línea de análisis. Con todo, si el dualismo de las estructuras económicas heredadas de la época de Brezhnev ya no permite al menos en la percepción de las élites (y quizás en realidad) —mantener el status de superpotencia del imperio central, entonces el "imaginario nacional imperial" puede comenzar a significar para aquellos sujetos a este universo simbólico, cierto tipo de modernización que va más allá de la mera importación de tecnología. El fenómeno corriente con que nos enfrentamos no permite emitir un juicio fácil en relación al contenido y las posibilidades de un vuelco ideológico de este tipo, y menos de sus resultados posibles.

¿Un modelo global de reformas?

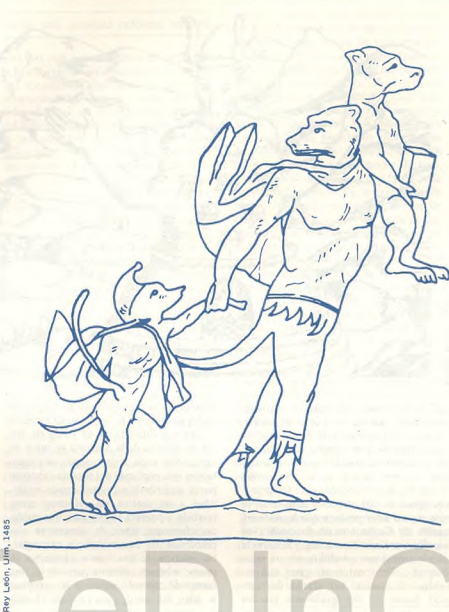
¿Qué ha pasado al final de cuentas? Una cuestión relativamente ingenua puede tener cierta utilidad. Primeramente, me apoyaré en nuestros autores quienes suministran los detalles necesarios para casi todas las áreas.

1) Todo cambio subsiguiente está conectado a un cambio en el aparato gubernamental incluyendo sus cuerpos de élite. Mientras que en sí, un cambio de personal afecta las estructuras fundamentales (Fehér y Heller), es precondición para una ejecución parcial de otras medidas y también es una protección mínima contra movimientos contrarios por parte de oponentes. La presentación cuidadosa y detallada de Bialer muestra los logros de Gorbachov en esta área, así como los cambios en marcha y lo que resulta estructuralmente más dificultoso, Gorbachov ha triunfado en cambiar los altos líderes de las instituciones gobernantes, desde el Politburó y el secretariado del partido hasta los aparatos militares y de política exterior. La eliminación de un vasto número de potestades y unidades organizadas en los niveles medios de la administración económica (ministerios y firmas) está llevándose a cabo, aunque aun es muy temprano para afirmar si estamos frente a una solución más radical (disolución) o una solución menos radical (reemplazo). Bialer sostiene que la primera, la alternativa más radical está tratando de ponerse en práctica, pero existen áreas donde éste puede revertirse. Primeramente, los niveles medios de ciertos aparatos no han sido tocados y probablemente no sean; la KGB, el ejército, el complejo militar-industrial, y en especial el aparato profesional del partido. Segundo, se han creado relativamente pocos mecanismos para contrarrestar

las tendencias corporativistas del aparato del cual sus partes reconstruidas no estarán exentas. Al igual que otros autores, Bialer considera la *glasnost* como el instrumento de purga de la burocracia, pero a diferencia de éstos, se opone a ver la *glasnost* como un método stalinista. Sin embargo, él sostiene que este método de control es desafortunadamente sólo una aventura guerra de guerrillas. Por último, y tal vez más importante, es que al menos que otras estructuras y mecanismos sean creados para reemplazar la coordinación administrativa desde la cúpula hacia abajo, los órganos burocráticos y burocráticos (en particular aquellos del aparato partidario) recuperarán dichas funciones. De este modo la reforma de la burocracia no es sólo precondición sino también función de un cambio estructural, una relativa tinte de esta última, es prematuro e inadecuado proclamar que la espina dorsal de la oposición conservadora ha sido quebrada.

2) Política cultural y de "derechos humanos". En esta área más visible existe una dramática distinción entre importantes cambios en la política y su política real, y una estructura legal intacta, lo que haría factible una reversión en cualquier momento. Muchas personas (si bien no todas) detenidas por razones políticas bajo diferentes formas de contención han sido puestas en libertad. Se ha dado cierta distensión en el área de emigración. Ha habido una notable transformación en materia de publicaciones oficiales, e incluso los medios de comunicación electrónicos, permiten ahora una discusión crítica de temas reales, y muchas noticias que antes habrían sido suprimidas están ahora permitidas. La rehabilitación a gran escala de autores rusos y soviéticos suprimidos hasta ahora se está llevando a cabo. Existe ahora la posibilidad de exhibir, representar y poner en pantalla obras críticas de vanguardia. Se comienza a temer que las nuevas dimensiones de la historia políticamente distorsionadas y suprimidas, que tocan puntos sensibles como la masacre de Katyn, la rehabilitación de Bujarin, y la reversión completa del culto a Stalin resuscitado en la época de Brezhnev. Esto tiene una gran importancia simbólica en la lucha por una historia e historiografía genuinas, importantes en el contexto de la legitimación del régimen. Lo más importante quizás, al proveer de un estímulo a la liberalización de la cultura como un todo, es la nueva tolerancia por el estado de fomentar la cultura pública no oficiales: publicaciones samizdat y clubes de discusión. En este contexto debemos hablar de un cambio significativo al permitir formas públicas de protesta (generalmente nacionalistas), cuyas reivindicaciones a veces se tornan públicas como en el caso de las recientes manifestaciones armenias.

¿Acaso toda esta actividad en la esfera de la cultura prefigura el establecimiento de un nuevo principio de legitimidad? organizadas en los niveles medios de la administración económica (ministerios y firmas) está llevándose a cabo, aunque aun es muy temprano para afirmar si estamos frente a una solución más radical (disolución) o una solución menos radical (reemplazo). Bialer sostiene que la primera, la alternativa más radical está tratando de ponerse en práctica, pero existen áreas donde éste puede revertirse. Primeramente, los niveles medios de ciertos aparatos no han sido tocados y probablemente no sean; la KGB, el ejército, el complejo militar-industrial, y en especial el aparato profesional del partido. Segundo, se han creado relativamente pocos mecanismos para contrarrestar



REV. LEON ULLMAN, 1485

LA IMAGEN — I.B. SINGER — EL HOMBRE DE LA URSS — E. NABOKOV — LA MEMORIA DE ABRAHAM — M. HALTER — LIN GENUO — VOLTAIRE — PRIMER ENCUENTRO — BELLA CHA GALL — OPERA DE MUERTOS — A. DOURADO — MAGRA PERO NO MUCHO LAS PIERNAS FUERTES MORENA — A.C. RESEN DE — JARDIN CENIZAS — D. KIS — LA PEQUEÑA CIUDAD DON DE EL TIEMPO SE DETUVO — B. HRABAL — ANSAY — M. CA PARROS — SITUACIÓN DE PELIGRO — G. SACCOMANNO — EL VESTIDO ROSA — C. AIRA — CONVERGENCIAS — H. FO GUET — HISTORIAS SECRETAS — A. BONOMINI — AQUÍ VEA UNA DAMA — M. BOTTA — LAS PUERTAS DEL ESTE — E. MAC RENGO — EL SITIO DE KELANY — M. COHEN — CANON DE LA COBA — T. MERCADO — LOS TRAIDORES — SILVINA OCAM PO — J. R. WILCOCK — LA CIUDAD Y LA CASA — N. GUINZBURG — YO QUE SERVI AL REY DE INGLATERRA — B. HRABAL — CARTAS A MIS AMIGOS — S. ZWIG — NUESTRO DE QUINCY — NUESTRO STEVENSON — NUESTRO KIPLING — SELECCION DE J. L. BORGES Y A. BIOY CASARES

AK
Ada Korn Editora

3) De hecho, no hay demasiados indicios de la reforma política, la llamada democratización que, junto con la liberalización cultural, supone representar una forma de control sobre la burocracia. En este sentido, existen nuevas regulaciones legales concernientes a elecciones genuinas, así como a la rendición de cuentas de funcionarios de soviets locales, órganos sindicales, algunas firmas y aparentemente también (ésto todavía está en duda) organizaciones partidarias primarias. Si bien los resultados reales son poco conocidos aun, interpretaciones benevolentes ven a la burocracia como un "democracia invertida" (Bialer) la cual sustituye las formas macro-democráticas de Occidente por formas micro-democráticas, y menos plausiblemente podría formas de democracia participativa o de base en lugar de una democracia pluralista. Es claro que la democracia occidental es insuficientemente democrática (como Bialer sugiere) debido a la ausencia de participación institucionalizada en los distintos micro-niveles. Pero nadie ha explicado, ni a partir de la experiencia de Europa Oriental o de consideraciones teóricas como la necesidad de una "democracia real", y una estructura legal intacta, lo que haría factible una reversión en cualquier momento. Muchas personas (si bien no todas) detenidas por razones políticas bajo diferentes formas de contención han sido puestas en libertad. Se ha dado cierta distensión en el área de emigración. Ha habido una notable transformación en materia de publicaciones oficiales, e incluso los medios de comunicación electrónicos, permiten ahora una discusión crítica de temas reales, y muchas noticias que antes habrían sido suprimidas están ahora permitidas. La rehabilitación a gran escala de autores rusos y soviéticos suprimidos hasta ahora se está llevando a cabo. Existe ahora la posibilidad de exhibir, representar y poner en pantalla obras críticas de vanguardia. Se comienza a temer que las nuevas dimensiones de la historia políticamente distorsionadas y suprimidas, que tocan puntos sensibles como la masacre de Katyn, la rehabilitación de Bujarin, y la reversión completa del culto a Stalin resuscitado en la época de Brezhnev. Esto tiene una gran importancia simbólica en la lucha por una historia e historiografía genuinas, importantes en el contexto de la legitimación del régimen. Lo más importante quizás, al proveer de un estímulo a la liberalización de la cultura como un todo, es la nueva tolerancia por el estado de fomentar la cultura pública no oficiales: publicaciones samizdat y clubes de discusión. En este contexto debemos hablar de un cambio significativo al permitir formas públicas de protesta (generalmente nacionalistas), cuyas reivindicaciones a veces se tornan públicas como en el caso de las recientes manifestaciones armenias.

4) Supuestamente, la reforma económica o la llamada *perestroika* representa el corazón del programa de modernización de Gorbachov. Aquí, la presentación de Zemtsov se centra en los desafíos a largo plazo de 1986 mientras que Brus bas su argumentación en las resoluciones del plenario del Comité Central en junio de 1987 que trató la "ley de la empresa". Mientras que la primera fase parece expresar un esfuerzo de recentralización, racionalización y sobre todo de redistribución, la segunda fase parece iniciar una reforma de tipo húngaro, pese a que en aspectos claves es más restrictiva. Los objetivos de abolir planes compulsivos y de afirmar nuevas formas de autonomía de empresa son presentados en versiones menos consistentes y más vagas que el NEM húngaro de los 80. Sin embargo, las ilusiones de este último en relación al vuelco de un criterio administrativo a uno económico son compartidas. En parte, el resultado ha de relacionarse todavía a "órdenes gubernamentales" más que a órdenes "genuinamente comerciales". Aun más, la empresa como su equivalente húngaro, no solamente no toma control sobre las inversiones sino que en contraposición a éste, tampoco tiene ninguna elección en lo que concierne a sus proveedores. Sin tal elección, como señala Nove el sistema de planeamiento directivo sobrevive dado que los productores emiten órdenes rigurosos en relación a *inputs* materiales. Finalmente el plan de reforma contemplado es en gran medida menos radical que las incompletas medidas introducidas en 1968 en Hungría. Sólo en un área —en el establecimiento del derecho colectivo de los trabajadores para elegir administradores— la ley soviética supera a su equivalente húngaro, al menos hasta los cambios organizacionales inaugurados en 1984. Sin embargo, en el balance es difícil imaginar cómo las proposiciones soviéticas de 1987 habrían de

establecer amplios principios comerciales, responsabilidad financiera y un presupuesto restringido que son algunos de los objetivos declarados.

De acuerdo al escenario optimista de Bialer, aunque las reformas no den resultado, establecerán "las precondiciones organizacionales y psicológicas para el advenimiento de una reforma ulterior". Debemos observar sin embargo, que en el caso húngaro la precondición esencial para esto consistió en un paso que todavía no está cubierto en los proyectos de reforma soviética, sin mencionar su práctica real. En Hungría, el plan inicial, conforado por el sistema de órdenes compulsivas, fue superado desde el inicio de la reforma. Incluso aquí la "aceleración" inicial habría de ocurrir en una dirección reactiva.

Más importante aún, las únicas reformas de sistemas de tipo soviético de los que podría decirse que comprometieron la introducción de nuevos mecanismos de coordinación, el húngaro y el chino fueron exitosos —como Kornai sostuvo recientemente— a partir de la privatización concurrente de la "segunda economía" en el primer caso y de la agricultura en el segundo caso. Como el artículo de Nove muestra, la reforma agrícola está en la agenda de la Unión Soviética, pero el radicalismo chino de desmantelar los sistemas colectivos no será llevado a cabo. Aparentemente, se dará lugar a formas cooperativas de producción agrícola genuinas y privadas, al marketing y la prestación de servicios. Mucho dependerá de la amplitud garantizada a las producciones familiares y, especialmente, de la medida en que el sistema de contratos familiar, individual y de pequeños grupos se haya cargo de la producción y los riesgos en una situación de continuo retraso y estancamiento? Como Feher y Heller sostienen, lo mejor que nosotros (quizás también el equipo de Gorbachov) podemos hacer es considerar el problema de una estrategia de reforma general a la luz de modelos ya existentes. Los modelos que ellos examinan son los de Yugoslavia, el comunismo reformista, la reforma húngara el gobierno militar polaco y la racionalización tecnocrática de Alemania Democrática. Otros, con razón, agregan la reforma china y yo apuntaría (aunque poco creíble a primera vista), al modelo polaco de reconstrucción de la sociedad civil. Dichas alternativas tienen su justificación inicial en el hecho de que ellas, en su mayoría, han influido el debate en torno a la reforma soviética, la terminología de algunos de sus más importantes participantes, y en menor grado también la aplicación de los modelos reales. Por otra parte las diferencias de la Unión Soviética de todos estos contextos parecen ser muy evidentes. La duración del sistema y su inmensa estructura imperial son solamente dos de las diferencias más salientes. Sólo la Unión Soviética es una superpotencia militar con todos los beneficios y gastos que esta función requiere. Ningún otro país mencionado es étnica, lingüística, cultural y religiosamente tan heterogénea. Algunos de los otros países están ocupados y han tenido siempre serios problemas de legitimidad. La potencia que los ocupa, la Unión Soviética, ha producido siempre una forma estable de integración social en el centro ruso. Los recursos naturales y reservas de la Unión Soviética, su habilidad de controlar la circulación de moneda extranjera son incomparablemente más grandes que la de otros países. Se podría continuar enumerando diferencias con cada país en particular. En cambio, prefiero concordar con Brus que en la mayoría de los casos las diferencias entre la Unión



México, Roma, 1982

cal" y la "confusión, falta de claridad ideológica" acerca de cómo obtenerla. Dado el gran potencial de riesgo de cualquier reforma que marque una diferencia y la bien conocida aversión del régimen a correr riesgos, así como también su tendencia a retroceder ante los primeros signos de dificultades y conflictos, lo más seguro sería predecir que la modernización de Gorbachov no funcionará en aquella combinación mínima y coherente de elementos que posibilitarían un serio despegue. Pero entonces, ¿por qué introducir demagogia expectativa de cambio? Acaso los hay realmente grandes riesgos en una situación de continuo retraso y estancamiento? Como Feher y Heller sostienen, lo mejor que nosotros (quizás también el equipo de Gorbachov) podemos hacer es considerar el problema de una estrategia de reforma general a la luz de modelos ya existentes. Los modelos que ellos examinan son los de Yugoslavia, el comunismo reformista, la reforma húngara el gobierno militar polaco y la racionalización tecnocrática de Alemania Democrática. Otros, con razón, agregan la reforma china y yo apuntaría (aunque poco creíble a primera vista), al modelo polaco de reconstrucción de la sociedad civil. Dichas alternativas tienen su justificación inicial en el hecho de que ellas, en su mayoría, han influido el debate en torno a la reforma soviética, la terminología de algunos de sus más importantes participantes, y en menor grado también la aplicación de los modelos reales. Por otra parte las diferencias de la Unión Soviética de todos estos contextos parecen ser muy evidentes. La duración del sistema y su inmensa estructura imperial son solamente dos de las diferencias más salientes. Sólo la Unión Soviética es una superpotencia militar con todos los beneficios y gastos que esta función requiere. Ningún otro país mencionado es étnica, lingüística, cultural y religiosamente tan heterogénea. Algunos de los otros países están ocupados y han tenido siempre serios problemas de legitimidad. La potencia que los ocupa, la Unión Soviética, ha producido siempre una forma estable de integración social en el centro ruso. Los recursos naturales y reservas de la Unión Soviética, su habilidad de controlar la circulación de moneda extranjera son incomparablemente más grandes que la de otros países. Se podría continuar enumerando diferencias con cada país en particular. En cambio, prefiero concordar con Brus que en la mayoría de los casos las diferencias entre la Unión

Soviética y un determinado país apuntan ambiguamente en la dirección de mayores o menores dificultades en juego en una vía de reforma dada. Mayores recursos en integración social, por ejemplo, una aceptación más profunda del sistema existente puede contribuir a prestar mayor estabilidad a un sistema sin reformar como también a proveer apoyo para una política reformista capaz de conectarse con problemas de legitimidad ya existentes. La ausencia de una fuente extranjera de poder soberano elimina por cierto una fuente de control externo si las reformas se salen del carril, pero también elimina una fuente de presión que refuerce a los conservadores y mantenga las reformas dentro de ciertos límites. De este modo, resulta difícil, excepto en algunos casos, decidir definitivamente sobre la aplicabilidad o no de un modelo dado para la Unión Soviética. 1) El modelo de Alemania Oriental, por su bajo nivel de riesgo tiene más chance de influenciar a los líderes y élites soviéticos. Pero no tiene, fuera de su contexto alemán (que conlleva una relación especial con la República Federal Alemana) y especialmente en la Unión Soviética, ninguna posibilidad de éxito. Su aceptación tendría que ser interpretada como equivalente a una retirada conservadora. 2) El modelo chino, excluyendo la "descolectivización" radical de la agricultura, tendría la mejor posibilidad de éxito económico, pero también el mayor riesgo debido a la cohesión imperial de las repúblicas en su forma real. Puede asumirse que este modelo (que por razones obvias incluye la parte más débil y pequeña de la población) no será introducido sin una vasta democracia de bases por parte del campesinado similar a la china. 3) El modelo húngaro de 1968 apoyado por la mayoría de los economistas reformistas tiene mayores posibilidades de ser usado por algún tipo de orientación por lo menos como en la ley de la empresa aprobada por el pleno de junio de 1987. Sin embargo en el contexto soviético tal estrategia no puede ser puesta en marcha sin alguna concesión al modelo polaco apoyándose en algunas fuerzas sociales independientes.

¿Cuál realista es la adopción de la última alternativa y cuáles serían sus posibilidades de éxito? Apoyándose primeramente en el análisis de Brus, que a su vez está influido por los economistas reformistas húngaros, comentando por la segunda pregunta. El mayor problema con el modelo húngaro que ha logrado mantener vivo el reformismo

por espacio de veinte años es que no estuvo como reforma para el sector primario de la economía controlado por el estado. Ciertamente, en la actualidad este modelo que se apoyó en logros en el sector no estatal está en crisis. Brus es muy convincente en las razones del fracaso que no tienen origen en la reacción conservadora sino en la inadecuación del escenario reformista socialista de mercado mismo. Sin el control de la empresa sobre la inversión y sin la creación de un sistema de propiedad mixto esto no fue un movimiento de reforma sino un nuevo sistema de controles burocráticos informales que reemplazaron al anterior sistema de dirección. Podríamos agregar en este contexto, que la ausencia de una reforma organizacional de administración estatal y la continuidad de extensos centros de producción y negociación monopolísticos produjeron de un contexto institucional en el cual la disciplina de las fuerzas de mercado no pudo llevarse a cabo en el sector estatal de la economía. Los economistas de la reforma húngara describen el sistema así surgido en términos de "intervención indirecta" o "negociación regulada" y consideran cambios en los remedios puramente económicos. Más allá de esto, la mayoría de las propuestas actuales —que asumen que la reforma de una dimensión del sistema transforma automáticamente otras dimensiones—, sugieren que la marketización (con énfasis en mercados de capital incluyendo un genuino sistema comercial) debería coincidir con la transformación de la macroadministración y con una fuerte política antimonopolística. Ellos sostienen que una segunda reforma no podría ser exitosa sin mayores cambios en los sistemas legales, constitucionales, políticos (representación de senadores, revitalización de elecciones y parlamento) y asistenciales. En el estilo polaco las propuestas insisten en que tales cambios son posibles sólo si surge un movimiento social para la reforma usando una esfera pública libre como su principal organismo. Hungría por supuesto no es Polonia, y la presente perspectiva para la segunda reforma, ante la ausencia de una fuerte presión social, no son buenas. Se podría agregar que la Unión Soviética no es Hungría ni Polonia y ciertamente aquí ningún modelo que espere limitar la reforma a la esfera económica solamente (Kadarismo) o un modelo basado en la autogestión de la sociedad civil (Polonia desde el '76) parecen viables. La cuestión es si aspectos de ambos pueden ser combinados entre los vamos.

Recalcamos que en los dos países donde se realizaron reformas económicas el aspecto burocrático fue más o menos destruido y la población fue fuertemente disciplinada durante la revolución de 1956 y la revolución cultural. En estos dos países la participación de la sociedad civil en el proceso de reforma no fue inicialmente posible ni tampoco necesaria para vencer la oposición burocrática conservadora aun cuando el rol de la actividad de la prensa y la población fue fuertemente disciplinado durante la revolución de 1956 y la revolución cultural. En estos dos países la participación de la sociedad civil en el proceso de reforma no fue inicialmente posible ni tampoco necesaria para vencer la oposición burocrática conservadora aun cuando el rol de la actividad de la prensa y la población fue fuertemente disciplinado durante la revolución de 1956 y la revolución cultural. En estos dos países la participación de la sociedad civil en el proceso de reforma no fue inicialmente posible ni tampoco necesaria para vencer la oposición burocrática conservadora aun cuando el rol de la actividad de la prensa y la población fue fuertemente disciplinado durante la revolución de 1956 y la revolución cultural.

Recalcamos que en los dos países donde se realizaron reformas económicas el aspecto burocrático fue más o menos destruido y la población fue fuertemente disciplinada durante la revolución de 1956 y la revolución cultural. En estos dos países la participación de la sociedad civil en el proceso de reforma no fue inicialmente posible ni tampoco necesaria para vencer la oposición burocrática conservadora aun cuando el rol de la actividad de la prensa y la población fue fuertemente disciplinado durante la revolución de 1956 y la revolución cultural. En estos dos países la participación de la sociedad civil en el proceso de reforma no fue inicialmente posible ni tampoco necesaria para vencer la oposición burocrática conservadora aun cuando el rol de la actividad de la prensa y la población fue fuertemente disciplinado durante la revolución de 1956 y la revolución cultural.

cas y sociales creadas por los primeros pasos.

Varios de nuestros autores ven la glasnost como un intento de crear desde arriba un movimiento básicamente intelectual por la reforma. Ellos podrían fácilmente concordar con Conquest que después de no haber sido capaces de poner ninguna medida de reforma económica, Gorbachov y sus asesores concientemente comenzaron a apelar a un nuevo electorado ajeno al aparato de poder. Bialer llega a argumentar que el programa de Gorbachov parece contemplar para el futuro ruso la creación de elementos selectos de la sociedad civil nunc antes conocido en la historia soviética ni siquiera en la Rusia Soviética. Ellos ayudan a la autonomía de unidades sociales organizadas frente al poder estatal, y en el contexto actual Bialer identifica libertad cultural y bajo nivel de participación como sus elementos selectos. Aquí comienza el más grande desacuerdo. Castoridis en particular, a la vez que reconoce el éxito llamado a una participación intelectual, no considera que esto implique construir un "movimiento social histórico" para la reforma, "pronto a luchar por la reforma e inventar lo necesario para su exitosa implementación". Para él, el intento de crear una activa sociedad política-civil desde arriba en los poderosos pero nunc estrictamente definidos límites, es profundamente antinómico y auto-destructivo. Si Gorbachov no se apoyó en un movimiento, será derrotado por una reacción conservadora, mientras que un movimiento que no se vea la reacción no podría permanecer dentro de los límites requeridos por los mismos reformistas. ¿Es posible ir más allá de este triste dilema?

Hacia una genuina reforma radical

Una vez más estamos frente al problema fundamental de reforma desde arriba en una sociedad de tipo soviético. Desde la perspectiva del régimen, dicha reforma debe alcanzar un mejoramiento genuino del funcionamiento socio-económico, pero por otro lado no debe llegar tan lejos como para poner en peligro la identidad del sistema. En este respecto, es difícil ver cómo una estrategia de crear una sociedad civil desde arriba puede ser considerada compatible con ambos requisitos de una reforma semejante. La encrucijada consiste en por un lado otorgar autonomía artificial, que sería inadecuada para el estímulo de una reforma estructural, o arriesgarse a la creación de una sociedad civil lo cual implicaría el comienzo de la disolución del sistema autoritario como un todo. Algunos activistas en Europa Oriental como J. Kuron están dispuestos a apostar que los riesgos de no intentar una reforma estructural están llevando al liderazgo de Gorbachov en la segunda dirección. Las fuerzas sociales ya han sido puestas en movimiento según esta perspectiva, y ni el líder ni ninguna otra persona pueden predecir o controlar las consecuencias. Más o menos optimistas son las perspectivas de A. Michnik. En lugar de ver la reforma de Gorbachov como una versión de la lucha polaca puesta en movimiento desde arriba, él la ve como una verdadera transformación soviética. La idea es que en lugar de intentar preservar intacto el viejo sistema, o iniciar una "reforma" según el modelo de la Europa Oriental central, el equipo de Gorbachov busca incorporar las técnicas de este último para

salvar el espíritu del anterior. De este modo, el vocabulario de las oposiciones, algunas de sus formas de organización, sus prácticas y discursos que no alcanzan de sus contextos, han de ser domesticados y desarmados de su "vertiente indudablemente antitotalitaria". Este análisis apunta a la creación de una nueva forma de legitimidad que afecta áreas que nada a los partidarios intelectuales de Gorbachov. Sin embargo, Michnik no trae nuevas consecuencias de esto, o menos aún un argumento a favor de la posibilidad de una forma de presión desde abajo que pueda mantenerse dentro de ciertos límites. Al contrario, esta posibilidad es desechada en términos de un posible fracaso de la modernización que traerá una decadencia interna, o de cambios significativos cuya implementación liberaría todos los demonios reprimidos de la historia soviética, incluyendo en especial nacionalidades, religiones e ideologías. Pero no podría quizás un movimiento por la reforma, independiente de los reformistas oficiales, aprender la combinación polaca de radicalismo y auto-limitación precisamente en presencia de estos demonios? Esto podría ser el significado de una recepción cauta en la Unión Soviética de las ideas de los disidentes de Europa Oriental, de la idea húngara de una segunda reforma y del proyecto polaco de reconstrucción de la sociedad civil.

En síntesis: 1) Entre los modelos disponibles, es probable que el modelo soviético no sea la vía correcta de reforma agraria radical, la cual exhibiría sobre todo los conflictos y diferencias regionales y nacionales; 2) pe-

ma soviética no ha alcanzado el umbral húngaro en el cual quedan abolidas las medidas compulsivas de corto plazo del sistema y en el cual se crea un extenso sector no estatal de la economía; 3) sólo un movimiento por la reforma podría garantizar el traspaso de este umbral, y su subsecuente aceleración que eventualmente debe incluir significativas reformas legales, políticas y asistenciales; 4) El régimen es capaz de controlar desde arriba únicamente un movimiento que no puede ser efectivo. De este modo, un movimiento que es constituido meramente desde arriba conduce hacia antinomias insolubles. La única esperanza posible para el relativo éxito a largo plazo de la reforma de Gorbachov sería la transformación del apoyo independiente existente para la reforma en un movimiento capaz de ejercer autolimitación; 5) así tenemos tres barómetros para el progreso de la perestroika: la abolición genuina más que verbal del viejo sistema de comandos a corto plazo, el surgimiento de un extenso sector económico no estatal y un nuevo tipo de presión política que vaya más allá de los límites de una mera crítica; 6) permítaseme proponer también un criterio para la aceleración de la reforma: la institucionalización de los resultados de la primera reforma en un sistema de leyes y derechos subjetivos. Esta sería la condición mínima para una genuina reforma radical cuyo cumplimiento será difícilísimo pero no imposible, aunque se trate de la Unión Soviética.

Andrew Arato. Profesor en la New School for Social Research, New York. El artículo, enviado por el autor a LCF, fue redactado en 1988 y traducido del inglés por Laura Kilmannowski y Luis Fleischman.

Editorial PAIDOS

ESTADO Y SOCIEDAD

G. O'DONNELL, PH. C. SCHMITTER Y L. WHITEHEAD (COMPS.): TRANSICIONES DESDE UN GOBIERNO AUTORITARIO 1. Europa meridional; 2. América latina; 3. Perspectivas comparadas; 4. Conclusiones tentativas sobre democracias inciertas

PAIDOS COMUNICACION

M. RODRIGO ALSINA: LA CONSTRUCCION DE LA NOTICIA J. L. RODRIGUEZ ILLERA: EDUCACION Y COMUNICACION A. SOHN, CH. OGAN Y J. POLICH: LA DIRECCION DE LA EMPRESA PERIODISTICA

INSTRUMENTOS

M. DE MARINIS: EL NUEVO TEATRO, 1947-1970 A. COSTA: SABER VER EL CINE

PAIDOS ESTETICA

P. FRANCASSEL: LA REALIDAD FIGURATIVA, I. El marco imaginario de la expresión figurativa LA REALIDAD FIGURATIVA, II. El objeto figurativo y su testimonio en la historia M. RONCAYOLO: LA CIUDAD R. FRY: VISION Y DISEÑO

STUDIO BASICA

G. DELEUZE: LOGICA DEL SENTIDO C. LEVI-STAUBS: TRISTES TROPICOS R. WUTHNOW Y OTROS: ANALISIS CULTURAL. La obra de P. Berger, M. Douglas, M. Foucault y J. Habermas

Novedades del Fondo

Rosemary Thorp. América latina en los años treinta.

El papel de la periferia en la crisis mundial

Stephany Griffith-Jones (comp.). Deuda externa,

renegociación y ajuste en la América latina

Claude Lefort. Las formas de la historia

Michel Mollat. Pobres, humildes y miserables

en la Edad Media

Arnold Toynbee. Los griegos: herencias y raíces

Robert Nozick. Anarquía, Estado y utopía

George Peter Murdoch. Cultura y sociedad

Roman Jakobson. El marco del lenguaje

Jose Guilherme Merquior. Foucault o el nihilismo

de la cátedra

Jean-Paul Aron. Los modernos

Elisabeth de Fontenay. Diderot o el materialismo encantado

Georges Bordonove. Los templarios. Historia y tragedia

Jean-François Revel. Sobre Proust

Michel Leiris. Huellas

Michel Rocard. ¿Coherencia o ruptura?

Luis Buñuel. Iconografía personal



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires <> Tel.: 322-7262/0825/9063

Alternativas planteadas

Los elementos de cambio mencionados hasta ahora no agrupan nada a un modelo global de reforma. Bialer y Nove señalan la disparidad entre lo que ellos llaman el "compromiso hacia una reforma radi-

La URSS replantea las palabras clave

Umberto Cerroni

1 No es ciertamente fácil juzgar la presente fase de la vida política soviética, que ha resultado muy compleja al haber puesto en acción todos los compartimentos de la sociedad, aunque esto haya sido impulsado desde lo alto. Ahora el movimiento resulta efectivo, envía señales diferenciadas y significativas, aunque podrían de imprevisión atenuarse o incluso acasar. El impulso, decía, viene desde lo alto y el movimiento es por tanto inducido y derivado. Pero esto no significa que el impulso sea causal o extrínseco. Por el contrario, precisamente el hecho que los distintos compartimentos de la sociedad se hayan puesto en movimiento oponiéndose a los "mecanismos de freno" y produciendo hechos políticos y culturales parece ser el signo que muestra que el impulso era necesario y que el escenario existía. Esto no obstante, precisamente el gran retardo con que, después del largo período de "estancamiento", se ha producido el proceso de revisión constituye un índice de peligro, teniendo en cuenta la apatía producida, la usura de las estructuras y de los códigos político-culturales, el deterioro económico.

En este cuadro, los análisis de los soviéticos tienden a examinar microscópicamente sobre todo la esfera de los movimientos políticos de las élites, las élites, confrontándolos con los problemas y las urgencias de la economía. Es una tarea de análisis indispensable que, obviamente, no se puede ciertamente eludir. Sin embargo se concentra demasiado exclusivamente sobre la "epidemia" de la sociedad soviética (que tiene ahora sesenta años). Se comprende que por eso frecuentemente el análisis se resuelve midiendo los progresos de la nueva línea dentro del organismo político o bien teniendo en cuenta las enormes dificultades que encuentra en la conducción de las reformas. Así las cosas, se termina por plantear y decidir dos importantes interrogantes: ¿qué han conseguido los reformables la URSS? Y con demasiada frecuencia tras estos dos interrogantes existe ya, preconfeccionado, el metro patrón con el cual medir las cosas soviéticas y la medida de "salida" que ellas deberían seguir.

La complejidad de la situación está en cambio hecha sobre todo de originalidad. En ella pesan fuertemente factores que desde hace sesenta años han "integrado" la sociedad rusa (en el bien y en el mal) y que hoy poseen un peso específico propio. Me parece que el comentario más serio es el efectuado por un corresponsal desde Moscú: "La experiencia —dice— revela que cada desplazamiento de una piedra del edificio afecta sus columnas fundamentales. En realidad en la URSS se habla de reformas, pero está en curso una mutación de la sociedad y del sistema. Y como en todas las mutaciones el punto de llegada es desconocido. La partida de Gorbachov es tan fascinante porque está jugando en la oscuridad" (Marco Politi, 11

El programa de Gorbachov vencerá si logra construir una nueva cultura política que sea capaz de desbloquear el prejuicio según el cual existe un solo modelo de socialismo: el construido por Stalin entre 1929 y 1938. Se debe, por tanto, indagar las características y las raíces de tal modelo a partir de los retardos de la historia rusa y de las deformaciones extremistas de la lección marxista, dice Cerroni.

Moscow, octubre 5 de 1988.

El comentario aclara que se trata de las "columnas fundamentales" típicas del sistema, que sin remover estas columnas es difícil hacer avanzar las reformas, que la mutación consiste precisamente en mover tanto las cosas por encima como las columnas fundamentales. Y que del proceso puede quedar fuera todo el núcleo —¿por qué no?— la realización del programa de Gorbachov. Tal programa es ahora evidente en toda su vastedad y articulación, haberlo hecho conocer en su totalidad en forma progresiva en el triángulo de las grandes ciudades de Gorbachov, en un estado-partido en el cual no sólo la mutación sino la revisión y la reforma han sido por largo tiempo por motivo de acusación política.

El problema, por tanto, de un análisis que llegue hasta lo más profundo me parece que debe tener en cuenta que el programa circule en la "conciencia social" y llegue a formar una "opinión pública". Naturalmente necesitará también ver si el programa cuadra con las exigencias de las grandes masas, pero él vencerá si logra convencer y construir una nueva cultura política capaz de desbloquear el más grande, complicado y antiguo "mecanismo de freno": aquel según el cual el socialismo tiene un solo modelo, construido sustancialmente por Stalin entre 1929 y 1938.

Que así están las cosas lo prueban la vastedad, la insistencia y finalmente los "escándalos", en torno a Stalin, sus errores, crímenes, monstrosidades: después de todo han pasado cuarenta años desde su muerte. Acaso razonando sobre la distancia creciente en el tiempo la dirigencia soviética había esperado concluir la partida con la historia. Adoptaba, en sentido contrario, la misma clase de fruscos, que criticaba el "culto a la personalidad" de Stalin. La reapertura del problema Stalin y su discusión pública en una clave nueva es el verdadero índice de la mutación que se está produciendo en la URSS. Ahora, al haberse terminado el sistema construido o al menos "puesto a punto" por Stalin y que luego permaneció sustancialmente inmutable, salvo para las patentes violaciones de los salpares de humanidad y de las leyes soviéticas. Existe amplia conciencia de que reformar el sistema no es posible sin agredir las "columnas fundamentales" de la máquina sociopolítica puesta en funcio-

namiento por Stalin, y a la cual hoy —significativamente— se le ha dado un doble nombre: por una parte la *stalinización*, el estalinismo propiamente dicho, y por el otro el "socialismo administrativo de comando". O se desmonta esta máquina o las reformas no serán otra cosa que peletivos. O se cambian estas columnas fundamentales o las reformas son imposibles.

Pero ahora se hace necesario una advertencia de gran importancia. ¿Hasta dónde se ha difundido en todos los estratos de la sociedad soviética y también fuera de la URSS, entre estudiantes y críticos del socialismo, la idea de que el socialismo, es en sustancia, precisamente y solamente aquella máquina estalinista, monopartidista, centralista, sacrificial, eclesialista, con una dosis más o menos grande de aditivo o de desodorante?

¿Qué es el socialismo, a la vigilia del año 2000, en un país que ha construido aquel tipo de socialismo que ahora está en crisis? He aquí —en positivo— el gran tema del programa de Gorbachov. ¿Cuál alternativa, en suma, se perfila en la URSS para la tradición centenaria del movimiento obrero y socialista?

2 La persistencia del "problema Stalin" estimula en la URSS dos líneas de profundización: la histórica y la teórica. En el plano histórico, dos cuestiones se imponen en la producción periodística y ahora también en la producción histórica. La primera reexamina el cómo del advenimiento de Stalin al poder despótico, la segunda revisa los contenidos del estalinismo: en suma, examina los mecanismos políticos que favorecieron (o no impidieron) el despotismo y también luego, las pretensiones doctrinarias y de legitimidad de las indicaciones heredadas de Stalin.

Sobre la primera cuestión, la reconstrucción puntual de la "carrera" de Stalin no está todavía completa, pero mucho se ha dicho en particular a través de las rehabilitaciones judiciales y políticas de las grandes víctimas de Stalin. Estas rehabilitaciones no sólo han revelado la increíble trama de intrigas y escenificaciones ordenadas por Stalin y por sus adulones, el sistema de chantajes, intimidaciones y complots sobre los que se implantó y mantuvo la tiranía, sino que también se restituyó legitimidad a las críticas políticas de los "viejos bolcheviques".

Un papel particular, bajo este perfil,

desempeñó Bujarin y su crítica de la política económica de Stalin (colectivización forzada, industrialización comandada, estratización integral de los medios de producción, sofocamiento del "plan cooperativo") y de la iniciativa privada con la liquidación de la NEP, que en cambio habría debido constituir una base permanente de la vida económica. Pero mucho más importante ha sido incluso un reclamo a la necesidad impuesta por la peculiaridad de Rusia y por las dificultades encontradas por el mismo Lenin después de la desastrosa guerra civil y el fracaso del "comunismo de guerra" (crisis de 1921). Quechó aquí todavía mucho por excavar para precisar la proporción real entre las necesidades impuestas por la intervención extranjera y el sectarismo alejado de toda conexión política. Por ejemplo, acá se limitaron, hasta ahora, a afirmar que el monopolitismo fue impuesto por la coyuntura histórica y en cierto modo, por tanto, súbitamente, y se lo para así del revestimiento doctrinario "de principio" en el que Stalin había envuelto con la teoría de la "dictadura proletaria". Pero no se lo critica radicalmente, como causa fundamental de un poder privado de control.

Los juristas tienen el gran mérito de haber mostrado la ausencia absoluta de mecanismo de control interno en el sistema estatal soviético y de haber por tanto reivindicado la construcción del estado de derecho, articulado con una revisión profunda de la legislación penal (actualmente en curso), con un rigoroso respeto de los procedimientos (penal, civil, administrativo y constitucional), con una independencia garantizada de los magistrados (asegurando ellos, por ejemplo, un largo período de actividad para sustraerlos a la presión política de la reelección), y con una separación general entre estado y partido. Al margen, sin embargo, parecen quedar problemas importantes como la institución de una Corte constitucional y de una justicia administrativa, mientras la concentración de los controles en la Procuraduría corre el riesgo de estimular peligrosas intervenciones represivas.

Otra componente del advenimiento de Stalin al poder se la encuentra en el nacionalismo gran ruso (en el cual el georgiano Stalin se identificó rescatando la tradición del "zar de todas las Rusias") y disfrazando la "internacionalismo proletario". Todo esto ha sido tratado muy eficazmente por el historiador E. V. Anisimov en una lúcida intervención en una mesa redonda sobre las ciencias históricas (*Voprosy istorii*, 1988, núm. 3). El ha destacado "el problema del imperio en todas sus manifestaciones, comenzando por la formación territorial y terminando por las reinducciones de la conciencia imperial". Anisimov aludió también a la manera significativa a las guerras caucásicas y a las reparticiones de Polonia e insistió que con Stalin se produjo una verdadera "apología del imperio" ruso, no sin antes denunciar la falta de publicación en la URSS del escrito de Marx *Historia diplomática secreta*

del siglo XVIII. (Cuadernos de Pasado y Presente/87, México, 1980), exhaustiva crítica de la política exterior rusa. También recordó que el artículo de Engels "La política exterior del zarismo ruso" (incluido en la edición anteriormente mencionada) ha sido publicado sólo en 1941.

3 Sobre los contenidos del estalinismo y sobre su "definición" teórica la producción es ahora muy rica de notable interés. Sin más dilaciones, la denuncia se ha extendido en todas las direcciones: de la economía al derecho, de la historiografía a la estadística todo el sistema de censura, falsificación y construcción de la actividad intelectual en todos los campos ha sido puesto en la piqueta. La indicación general es la de restaurar la libertad de investigación, y de discusión sin impedimento político alguno y sin pretensiones de modificar la verdad.

Pero aquí tiene particular importancia el explícito cuestionamiento del modelo de socialismo fabricado por Stalin. Tal modelo se atrinchera tras la presentación de estereotipos doctrinarios que encierran la tradición intelectual de Marx y también de Lenin dentro de cánones fijos. El socialismo era presentado como "una doctrina" acabada y de una vez por todas definida que trataba de "poner" en ejecución un materialismo histórico y dialéctico igualmente canonizado. ¿Por qué nunca —se ha preguntado en cambio Gorbachov— el socialismo debería cristalizarse en un único caso, sin conocer las oleadas sucesivas que conoció en cambio la transformación capitalista? Un historiador —V. P. Danilov— ocurriría a la izquierda de las oleadas para reclamar, después de la que se produjo con posterioridad a los años veinte y de la que siguió al XX Congreso, una tercera oleada de conocimiento histórico profundo, que reabriera el campo de las alternativas teóricas descongelando los dogmas de un pasado idealizado. La matriz de tantas falsas representaciones del pasado —afirma Danilov— es ante todo la insatisfacción de la sociedad por su condición actual. Es precisamente esta idealización nostálgica de frustración la que debe ser destruida si se quiere examinar íntegramente la riqueza de la historia pasada y de la futura. Pero eso Danilov exhortaba a reconsiderar todas y cada una de las variantes de socialismo que habían sido producidas en los años veinte por Stalin, Bujarin y Trotski. Se trata en efecto de iluminar precisamente el problema de la alternativa (*alternativa*) en el proceso histórico, afirma G. B. Klokov. De aquí, entre otras cosas, la apelación lanzada para la renovación de la escuela en la que "en los últimos treinta años han dejado su sello griseo ejecutores, felices poseedores de una conciencia histórica fabricada desde lo alto" (I. I. Dolutskij). En suma, para decirlo sintéticamente, "también en los archivos no debemos ser más integrantes de la sección especial" (K. F. Satallo): la libertad de investigación es esencial precisamente para modelar una alternativa.

4 ¿Cuáles son, por lo tanto, las alternativas de hoy? Ya no basta ciertamente demostrar coraje en el análisis del pasado, si se quiere superar el dogmatismo. Se trata también de abandonar cierto falso patriotismo (*tepatriotizm*) que tiene recordar el retraso de Rusia (P. V. Volokhov) porque "nuestro camino ha sido uno de los más difíciles en la historia universal" (I. K. Klamkin).

No hubo en la historia del socialismo soviético sólo una cuestión de tiempos, de ritmos, de oportunidades; si hubo; en cambio, también, una profunda deformación del imperio ruso, no sin antes denunciar la falta de publicación en la URSS del escrito de Marx *Historia diplomática secreta*

frecuentemente se ha vestido de socialismo sólo para rechazar la modernización, a la que se consideraba como burguesa-social. Este paroxismo es un tema importante, pero hasta ahora ha sido escasamente aclarado. Sin embargo, V. N. Sevcenko lo aborda en un ensayo que acaba de aparecer (*Filosofskie nauki*, 1988, núm. 9). El retraso ruso se ha escondido, por así decir, en el extremismo doctrinario de Stalin y de su socialismo administrado. "Terminar con el capitalismo" resultó una consigna tras la cual ha pasado toda suerte de contrabando nihilista. No

bordinación jerárquica, a la instancia de decisión una total remisión de la base de la culpa. De aquí han surgido —en cadena— la indiferencia de masas, la incapacidad cristalizada para ver una alternativa al "sistema de comando", la intolerancia en la discusión, la ausencia de diálogo político-cultural. Para remover estas situaciones consolidadas no ha bastado la reimplantación de la legalidad y de los derechos individuales: éstos flotaban en el vacío entre el recelo de los burocratas y el bajo nivel de conciencia jurídica individual. Resulta también importante por

Recordando la historia de la conciencia social soviética, como la llama, Batalov pone de relieve la profundidad y persistencia de una componente mítica y radical en la cual se altera, en realidad, la subalternidad intelectual de las grandes masas campesinas. En el mito del jefe-ido lo se trastroca la aspiración a una ruptura radical con el pasado, que debía destruir al viejo mundo hasta sus cimientos para construir en su lugar "nuestro mundo, el mundo nuevo", estructurado, por así decir, "en sentido contrario". El presidente del comité revolucionario —en la novela *Cevenger*, de Andrei Platonov, de reciente publicación— instituye el comunismo y proclama: "... todo ha terminado". "¿Qué ha terminado?", pregunta dubitativo Gopner. "Pero la historia universal, ¿a quién sirve?" Sobre esta conciencia utópica radical y elemental se inserta el maniqueísmo dogmático que debilita todo nítido en un primitivo "modelo bipolar", que exalta todo aspecto de la "nueva sociedad" y que denigra todo rasgo de la "otra sociedad".

Batalov cita a Sorel, al que Stalin jamás exaltó. Sin embargo, el *Breve curso de historia del PCGB de la URSS* fue un modelo de una política mitopoiética: la conciencia histórica es precisamente sustituida por estos mitos y por un corolario de cambios, interpretaciones auténticas, santos secularizados y prerrogativas reales en la teoría. Todo esto desemboca en una liturgia de masas que exaltaba al héroe y que se apoyaban en los pilares del estalinismo. Citando a Platonov, Batalov dice que nació entonces el "ciudadano absoluto". Es necesario ahora desmontar esta gigantesca construcción milenarista y quiliástica que en realidad se ha descompuesto por sí sola hasta convertirse en apatía por la vida pública. Es necesario someter a una crítica severa el subfondo utopista, conformista e inculto del utopismo revoluto que descubre a la distancia sus contradicciones patentes. Batalov ataca con fuerza esta amalgama radical-conservadora de la subcultura estalinista. La lucha de clase a la que los estalinistas hacían referencia para acentuar la concentración y centralización del poder en la segunda mitad de los años veinte no encontraba ninguna referencia en la realidad social del país. Por lo tanto, la lucha fue artificialmente estimulada precisamente para crear las condiciones de la dictadura personal. Por otra parte, precisamente el centralismo político y económico desfiló tanta riqueza del país en el campo de la industria y la agricultura. El autoritarismo debilita la imagen de la URSS ante el mundo. Y si hoy existe el peligro de que la *perestroika* pueda ser abatida desde lo alto es precisamente porque que todavía está actuando —en lo bajo— el gran mito de la subcultura estalinista, aquí porque —concluye Batalov— en la Palabra (crítica) es ella misma Acción.

Disminuir la tasa de conflictualidad con el mundo circundante parece ser una de las indicaciones prevalecientes: el socialismo, por ejemplo, no es un dogma —escribe Sevcenko—, sino más bien me-



Meiselman, Abraham Eleazar 1760

Como respuesta a esta angustia y como resido final de este viaje dije que el pueblo de los orígenes hasta las preguntas si las respuestas por la nación y las identidades que los hombres y las mujeres nos inventamos para sostenernos en la vida, sólo quedó mi mirada sobre los cuerpos de los hijos, relajados por la indolencia de los viajes, mientras el taxi enfilaba por Libertador y por sus ventanillas podía observar sobre un cielo negro el resplandor del universo del que forma parte el planeta que habitamos, y en cuyos arrabales aún creemos posible intentar la no tan tónica utopía de construir un país pequeño y feliz. ■

Mediaciones entre el Viejo y el Nuevo mundo

Martha Mercader

Los cruces culturales entre Europa y América y su trasfondo ético y político son el tema de esta conferencia dictada por la escritora Martha Mercader en el marco del Festival de Culturas del Mundo "Estrasburgo-Babel", en el Coloquio Internacional sobre Lengua, Ciencias y Culturas.

Viajamos durante varias horas por entre trigales y alfalfares. El extranjero Equis me informó que la capa de humus que cubre la pampa húmeda es demasiado superficial y por lo tanto nuestra riqueza agropecuaria se basa en algo efímero y delzable. Los movimientos geológicos del Nuevo Mundo son muy recientes, agregó, sus montañas muy jóvenes, inestables y peligrosas. América es tierra de terremotos.

Llegamos al borde de la selva junto con la noche, húmeda y luminosa. Por la ventana entraban las fragancias vegetales. Dijo Equis: "vivir en estas latitudes es resignarse a una humedad malsana". Mientras yo trataba de ubicar la Cruz del Sur, le oí decir que el cielo austral carece del lustre poético del boreal, constelado por literaturas milenarias. Y además, añadió, "ubicar" es un americanismo malsonante. Se debe decir "situar".

Un mosquito que había picado al brazo. Mosquitos, tábanos, insectos nocivos, en lugar de los grandes carnívoros, me recordó el extranjero. El puma prosaico en vez del majestuoso león. Pájaros que no cantan. Y esos nativos oscuros, indolentes y lampínicos que ni siquiera se molestan en plantar las cañas. Al recibirlos, Zeta nos anunció que acabábamos de poner pie en el paraíso terrenal. Su desmedido elogio de las bondades de la naturaleza virgen y de sus habitantes no contaminados por los virus del Viejo Mundo desembocó en profecías revolucionarias.

Espero se me tolere este comienzo en clave narrativa. Creo que contribuiré más a la riqueza de este coloquio si juego con mis vicinencias que si pretendo afirmar pseudocientíficamente lo que en el fondo no será más que una visión subjetiva, temerosa por pictos, censuras y perspectivas intranferibles. Porque la materia de mi oficio es equívoca, tan equívoca como la de muchos de los aquí presentes y es preferible mostrar las cartas desde el comienzo.

No está mal ventilar equívocos y equivocaciones, hablar de conflictos no resueltos y de identidades problemáticas. Equivocándose se aprende. Plantear problemas es tener la esperanza de resolverlos y plantearlos bien, es tenerlos ya medio resueltos. Y si existe un ámbito propicio para alentar la esperanza es precisamente este Festival de las Culturas del Mundo. Aquí en Estrasburgo, Babel no debe significar incomunicación sino entendimiento. Estrasburgo es lugar adecuado para intercambiar datos pero también para proponer mediaciones vicinales que faciliten una mayor comprensión y amplíen la solidaridad entre los seres humanos.

A sí Equis lo hubiera presentado como criollo o nativo en lugar de extranjero, el ejemplo hubiera sido igualmente válido. Las opiniones que pongo en boca de ese personaje de ficción circulan en el mundo real. Las escuché en mi infancia y las sigo escuchando después de medio siglo en toda clase de variantes y contextos. Es probable que quienes

las repiten no sepan que son coletazos de una polémica originada hace cinco siglos con las primeras noticias que los conquistadores dieron sobre las tierras recién descubiertas. Mucho después, en plena esplendor diegocheco europeo, Bartolomé de las Casas denunció la esclavitud de la población indígena, la explotación de la tierra general que sostiene la inferioridad de la naturaleza americana. Luego, a principios del siglo diecinueve, Hegel, en su esfuerzo por reducir a su triple esquema la infinita variedad de lo creado, retomaría las ideas del sabio francés, sin ser en este caso original. Efectivamente, la concepción del bárbaro como enemigo, convertido por definición en inferior, arraiga en un etnocentrismo patente ya en el mundo griego y aún antes. (¿Será acaso un rasgo universal?) Toda la cultura griega está estructurada en torno a la diferencia entre "lo otro" inferior y horrendo, y lo propio bello y admirable. Aristóteles se esforzó en demostrar la existencia de esclavos por naturaleza. Al pasar a Occidente, el concepto de "lo otro" adjudicado a los bárbaros, incluía a paganos, salvajes y primitivos en un indigesto repleto de teorías políticas, fragmentos de historia, geografía, ciencias naturales, artículos de fe, axiomas de teólogos y prejuicios raciales.

Si bien la noción de la inferioridad de lo heterogéneo ha sido desplazada de la ciencia moderna y del derecho internacional, no hay que olvidar que los prejuicios sobre los que se asienta no han muerto. Son, por el contrario, moneda corriente entre ciertos grupos que defienden sus intereses por encima de los valores consagrados como patrimonio de la humanidad; grupos que desgraciadamente se encuentran en mayor o menor grado en cualquier latitud. Los politólogos los han detectado prolijamente en el comportamiento electoral de países tan democráticos como Francia y Estados Unidos. Son los mismos que impulsan el surgimiento de algunos fundamentalismos y extremismos que proliferan no sólo en el Tercer Mundo sino en el mismo corazón de Europa. A estos grupos hay que temerles cuando obligan a los gobiernos a aplicar

políticas discriminativas contra "los otros". "Los otros", ya no son los bárbaros, los paganos, los salvajes o los primitivos. Si hace muy pocas décadas fueron los judíos, ahora pueden ser los palestinos, y todavía, los negros, o los gitanos, los inmigrantes, los drogadictos, los "tercermundistas". (También, a veces, las mujeres).

Desde hace cuatro años vivo en España y me consta la carga peyorativa que se invoca allí al adjetivo "tercermundista". Si un conductor hace una mala maniobra con su coche, se le grita "animal", pero si es una conductora, se sentencia: "Tenía que ser mujer.". De la misma manera, algunos diarios españoles suelen señalar al asesino o al traficante de drogas como "el latinoamericano", haya nacido desde la margen sur del Rio Grande hasta Tierra del Fuego, pero si es español lo identifican por su nombre. A los lingüistas aquí presentes les sugiero que estudien la evolución sufrida en España por el término "sudamericano" apocópico ahora en el despectivo "sudaca". Babel como castigo puede asumir muy curiosas manifestaciones: las de los escritores españoles de mayor prestigio nos ha bautizado "latinoches". Quizás el hecho de hablar el mismo idioma nos convierta en peligrosos rivales de los puestos de trabajo calificado.

Prejuicios de signo contrario también siguen gozando de buena salud. Agotada Europa en la imaginación popular como campo propicio para la aventura, ésta se buscó en la periferia. El Emilo de Rousseau prestó intelectualmente el ideal del buen salvaje que pronto aterrizó más allá del Atlántico, en la tierra de promisión cantada por Darío.

En esa búsqueda del edén perdido o prometido, algunos latinoamericanos niegan todavía a repetir modelos políticos ya probados en el Viejo Mundo, prefiriendo fundar un Nuevo Mundo según teorías puestas de moda en Europa en los años 50 y que no hacían más que repetir, en ingenuas variantes, antiquísimas utopías

y ueronías míticas. Al renegar de las garantías que ofrecen las reglas de juego de la democracia formal, descalifican alternativas políticas reformistas viables y se organizan en movimientos sociales de excluidos y marginados o fomentan heroicas rebeliones minoritarias con ayuda de la metralleta y el napalm. A menudo el egoísmo y la ceguera de las clases dirigentes nativas y el beneplácito o complicidad de algunas potencias extranjeras para mantener la opresión, la miseria y la injusticia, parecen cerrar todos los caminos salvo las vías violentas.

Cuenta Platón que Trasmacelo le puso el pulgar al cuello a Sócrates como argumento irrefutable. Desde los sofistas sabemos que la razón sirve para defender cualquier causa, y cuando las razones no alcanzan, se las reemplaza por la fuerza de las armas, del dinero o de las sujeciones. También, con incontrovertibles ejemplos de desesperación. Así ha sido a menudo, no digo siempre pero que no me decido a retorcerle el cuello a la esperanza. Pero me cabe duda de que la historia fue habitualmente contada por los vencedores. En los anales de la humanidad, la voz de los vencidos se hizo oír muy lentamente, pero cuando por fin fue escuchada, las perspectivas cambiaron. El descubrimiento de América significó un cambio fundamental en este sentido y eso sucedió hace un instante, si computamos el tiempo desde el comienzo de nuestra humanización.

Aún a pesar de los prejuicios sudochos de las crueldades de la destrucción de pueblos enteros y de los degradados procesos de aculturación, el encuentro entre dos mundos fue fecundo, permitió la observación de culturas diferentes y posibilitó el desarrollo de la antropología y el respeto por la variedad. Si algo debemos celebrar es este quicentenario del descubrimiento, más allá de toda polémica sobre las bondades o maldades de la colonización, es el cruce de pueblos, de tradiciones y de tecnologías que cerró el recorrido del hombre sobre el planeta cercano un Nuevo Mundo donde conviven el mestizo, el mulato, el zambo, el criollo y el inmigrante. No debe extrañar que en ese crisol de razas se haya hecho carne la aceptación de lo heterogéneo y la disidencia. El proceso de fusión de razas que en el Viejo Mundo necesitó de milenios, y que aun muestra enclaves irreductibles, en América se llevó a cabo en muy escasos siglos. Por eso nuestra sociedad convive con mucho sello de origen una pluralidad y una ductilidad que muy pronto habrían de desarrollar la tolerancia y capacidad de autocritica. Quiénes nos menosprecian por nuestras dificultades actuales no tienen en cuenta que en muchos países del Nuevo Mundo hemos crecido en muy pocos tiempos y con mucho menos costo social-político el doloroso camino que atravesó el Viejo Mundo para afianzar la libertad, la igualdad y la justicia. En algunos países de América, entre los que se encuentra el mío, se puede trabajar, estudiar, circular libremente, se puede opinar, discutir,

elegir y crear en el marco del estado de derecho, como sólo sucede en una veintena de naciones adelantadas.

En Europa, donde la democracia política tiene bases firmes, la democracia social todavía compete con las tradiciones aristocráticas, elitistas y clasistas; en cambio, en muchos países de América donde ha costado y sigue costando establecer o mantener la democracia política, la democracia social es un hecho. Pero esta coexistencia democrática corre riesgo de estallar, acosada por la crisis económica, y en ese lamentable caso se darían las condiciones para un rebrote de la opresión y el autoritarismo.

El pulgar de Trasmacelo no me haría renunciar al uso de la razón. Pero la conciencia de la precariedad de las razones del débil impone cautela. Vivimos en un mundo paradójico: aumenta la conducta irracional mientras crece una escala inimaginable la acumulación de inteligencia natural y artificial. El poder económico y científico del mundo desarrollado parece superar no sólo los cálculos más exagerados sino también la capacidad humana de asimilación. Hay más poder que experiencia de conducción de las nuevas formas de poder. La riqueza fabulosa del centro del mundo, los megápolis, los megabolsos de paro tecnológico y miseria en su propio seno. Ya no se trata de patentar la tecnología; ahora hay quienes intentan patentar el mismísimo conocimiento científico. Son progresos que amenazan la esencia misma de la humanidad. Si eso sucediera, no sólo nos separaría el abismo ya existente entre ricos y pobres, sino también otro abismo demográfico interpuesto por el hombre entre países con capacidad científica y países condenados a la ignorancia.

Un antiguo texto quiché de cosmogonía presenta el peligro que conlleva el desarrollo desafogado de la riqueza y el desarrollo actuales. En efecto, el Popol Vuh enumera las causas sucesivas de la destrucción de los hombres. En uno de los ciclos finales, los objetos se independizan de la voluntad humana, se alzan, se van sobre la humanidad y la exterminan.

La imposibilidad de vencer los desajustes producidos por el inflexible sistema de intereses que ahorría el mundo, la impotencia ante la amenaza nuclear y el desequilibrio ecológico, se deben no sólo a la pobreza de nuestro aparato conceptual, sino también, hay que admitirlo, a la carencia de una ética que ponga límites al egoísmo y la voracidad.

En foros como éste, el tono personal de estas reflexiones intenta ser una mediación que no busca la originalidad sino la mostración de lo otro. Pretendo una convivencia que suponga el respeto y el aprendizaje del otro y desde el otro. Vengo a decir simplemente que, como latinoamericana, como habitante del lejano Sur, existo.

Ahora ya nadie se atreve a defender seriamente las teorías de la inferioridad del Nuevo Mundo, pero es frecuente que se utilicen datos aislados para apuntalar tesis, generalizándolos e hipostasiándolos en juicios de valor. Es frecuente encontrar personas de cualquier nacionalidad, (y a veces los latinoamericanos son los mayores autodestructores) que suscriben opiniones similares a las de Equis. Y no basta con replicarles que es cierto que en América hay humedades, mosquitos, haraganes, volcans activos y gatus monteses en lugar de panteras, pero lo es incorrecto decir que son la regla y lo que es más grave, tampoco es correcto asumir que el trópico es inferior al desierto, que la juventud geológica es un signo negativo, que los lampínos son menos hombres

que los barbudos y que las rubias son más finas que las morechas. No basta con señalarles que al mezclar las nociones de lo verdadero y lo falso con lo genuino y lo bastardo, al contrastar realidades empíricas para contraponerlas a conceptos y a juicios de valor, se comete un abuso lógico formal. No basta con recordales que así como fue un abuso del lenguaje llamar "indios" a miles de pueblos distintos, es otro abuso usurpar el nombre de América para designar sólo la del Norte, o hablar genéricamente de América Latina o Iberoamérica para explicar situaciones absolutamente dispares, porque un continente vivo no se puede inmovilizar en una definición.

Es preciso entonces apelar a una mediación más directa, que bien podría ser la vivencia de este tiempo que algunos llaman modernidad y otros posmodernidad. Dicho de otro modo, es preciso provocar una respuesta, la que cada uno de nosotros, individuos con conciencia, podemos dar a la sociedad. Respuesta cada vez más compleja, puesto que el mundo es cada vez más complejo, pero que nos puede brindar la posibilidad de crecer éticamente.

¿Cómo se forma esta conciencia? De muchas maneras, por supuesto. Algunas religiosas y algunas filosóficas dicen que solamente se llega a ella a través del amor y muchos la alcanzan sin teorías ni dogmas mediante los afectos personales y la solidaridad social. Yo la busco en el reconocimiento del otro como deseo y como encuentro del otro en tanto otro. Sea como sea, sabemos que las relaciones entre los sexos, entre los individuos, entre los grupos sociales, entre las culturas, entre los maestros y los elegidos, se han vuelto primordiales, y decir relación implica aludir al tema de la diferencia. Los prejuicios, las minorías, los marginados, las lenguas regionales, las diversas formas de dependencia, las desigualdades entre el Norte y el Sur, la brecha entre quienes tienen trabajo y quienes están condenados al paro, si antes eran problemas importantes, ahora son cuestiones fundamentales, y renunciar a resolverlas es renunciar a la ética que nos identifica como seres civilizados.

Muchos de los jóvenes que no han sucumbido al desencanto sienten la necesidad de ir al encuentro del otro como otro. Algunos se van a la India o al altiplano andino o a los barrios marginales, no con afán de hacer turismo pintoresco, sino para que el otro, sea hombre o mujer, negro o rubio, cristiano o musulmán, sea reconocido en su diferencia, pero de igual a igual, de modo de entablar una relación que les permita descubrirse a sí mismos. Otros, no tan jóvenes pero todavía con entusiasmo juvenil por la vida, preferimos la reflexión en compañía y este coloquio es una excelente ocasión para ello.

La modernidad es planetaria, y los habitantes de los países dependientes viven lo esencial de sus vidas en dos sistemas culturales. Sólo quienes conocen el Primer y el Tercer Mundo, saben más hasta qué punto desquicia esta división creciente originada en la capacidad productiva. En América Latina el grado de desarrollo de la producción está por debajo de las apetencias culturales y consumistas de sus pueblos, desfase bien explicado por la historia, porque América se insertó como proveedor de ma-

terias primas y mano de obra esclava o barata en una Europa en la que se sustentaba el capitalismo, el colonialismo y el imperialismo. De Europa heredamos nuestras lenguas mayoritarias, gran parte de nuestra cultura y nuestro amor por la libertad; Europa nos legó la levadura con la que se construyeron las grandes ideologías que la caracterizan: el liberalismo, la democracia socialista, el cristianismo social. Para que Europa no se reduzca a un nombre geográfico, para que no signifique sólo un mercado de lujo, debe abrir su corazón a la humanidad subdesarrollada en lo económico pero en su dignidad humana.

En la actualidad, gran parte de los bienes simbólicos de la industria cultural llegan a Latinoamérica desde el Norte, en un bombardeo, especialmente televisivo, que ha cambiado el signo de la dominación. Por cierto, ésta ha dejado de ser exclusivamente económica para operar a través de los modelos culturales recibidos desde afuera. Es en la mente donde se forjan los deseos y las expectativas y será en la conciencia, y en ningún otro lugar, donde surgirán las respuestas ante el descalabro axiológico que estamos viviendo.

Cuando en mi juventud escuchaba a Equis hablar peyorativamente de mi tierra, no tenía a mano una elaboración conceptual similar a la que él esgrima desde su cultura europea y sólo podía responder con desorientación y congoja.

Mucho hemos adelantado, sin embargo. Hace menos de un mes, la Universidad de Bolonia, en Italia, le otorgó el *Honorem in Gursurpadina* al presidente de la Argentina, poco tiempo después de haber otorgado el mismo honor a Nelson Mandela y Alejandro Dubcek. Sentí gran emoción ante tal reconocimiento de las luchas y la ética política de varias generaciones de argentinos de izquierda que considero heredera. En esa ocasión Raúl Alfonsín dijo, entre otras cosas importantes:

"La enorme deuda externa que hemos heredado y el deterioro permanente de los precios de nuestros productos, configuran una suerte de plan Marshall al revés. Pero no queremos ser ni la periferia proveedora de mano de obra barata, materias primas y mercaderías, ni los rebeldes sin otra esperanza que contribuir con cataclismos bélicos que podrían finalizar con el holocausto de la humanidad. [...] Como protagonista del final del milenio, como memoria viva de un siglo a la vez cruel y esperanzado, que estuvo marcado por guerras mundiales, por totalitarismos, por holocaustos, pero que a la vez alumbró la consolidación de las democracias, el avance de las luchas por la igualdad entre hombres y naciones, el gigantesco progreso científico y tecnológico, somos parte de un origen nuevo. Anhelamos -y es bueno que este augusto recinto donde nacieron las mejores tradiciones de cultura acoja esta esperanza- una sociedad más justa, más libre, más fraterna. Con mirada y espíritu de pioneros construyamos este nuevo origen, este nuevo encuentro entre Europa y América, tres cinco siglos del primer, bajo el auspicio de una nueva fundación de los derechos de todos y de cada uno, de una nueva integración de nuestros espacios y de un redescubrimiento mutuo de nuestras potencialidades."



LYOTERD:
LA DIFERENCIA

ASHTON:
LA ESCUELA DE NEW YORK
BRAMSTED Y MULHISE:
EL LIBERALISMO EN OCCIDENTE
(6 VOLS.)

GARAUDY Y MORIN:
PROBLEMAS DE UN CAMBIO DE CIVILIZACIÓN

SCHAFF:
PERSPECTIVAS DEL SOCIALISMO MODERNO

PIERRE VILAR:
CAPITALISMO

KEYNES:
ENSAYOS DE PERSUASION

VITTELLO:
LOS CONFINES DE LA MODERNIDAD

TOURAINE:
HOMBRE Y POLITICA

FRANZ:
DENO XIAOPING

ASTON:
EL DEBATE BRENNER

EYSENCK:
DECADENCIA Y CAIDA DEL IMPERIO FREUDIANO

OFFE:
PARTIDOS POLITICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

ARENDT:
LA VIDA DEL ESPIRITU

LEFOT:
LAS FORMAS DE LA HISTORIA

CLASTRES:
CRONICAS

MERQUIER:
FOUCAULT O EL NIHILISMO DE CATEDRA

MAGDOFF Y SWEZEY:
ESTANCAMIENTO Y EXPLOSION

BENJAMIN:
EL CONCEPTO DE CRITICA

CLUCKSMAN:
LA ESTUPIDEZ

BERNHARD:
AVE VIRGILIO

PEREC:
W O EL RECUERDO DE LA INFANCIA

Y TODAS LAS NOVEDADES DE MEXICO Y ESPAÑA

Libros Café Foro Cultural

gandhi

Montevideo 453
46-1994 - (0109) Cap. Fed

¿Un asalto a la razón en la historiografía argentina?

Alberto Bozza

Reflexionar sobre la historia en una sociedad que no ha logrado consolidar la estabilidad democrática, en ocasiones, no necesariamente constituye un ejercicio fútil e inconducente. Máxime cuando las tentativas de restauración autoritaria son un desafío latente, aún no puesto por los elementos progresistas de la población argentina, y cuando esa perspectiva reaccionaria fundamenta su discurso fascizante con el concurso de una representación nacionalista de nuestra historia; o, más claramente, reivindica una línea argumental imbricada sobre nuestro pasado por una "historiografía del Orden", de extensa producción literaria.

En esta primera aproximación queremos destacar las vinculaciones, los supuestos teóricos, que esta historiografía anuda con los lineamientos filosóficos de base irracionalista y teológica, que prosperaron en Europa desde la época de la restauración.

Cuando nos referimos a los historiadores nacionalistas aludimos esencialmente a aquel grupo de escritores que desde tempranas épocas, las primeras décadas de este siglo, impugnaron las tesis del liberalismo en el campo de los estudios históricos y sociopolíticos a él empujados. Concretamente nos referimos a una colectividad de historiadores y ensayistas que, desde aproximadamente la década de 1930, nos legaron una interpretación del pasado, en la que "lo nacional" comenzó a ser vinculado con las élites tradicionales de raigambre hispana, y con proyectos de restauración jerárquica de nuestra sociedad. Por eso creemos pertinente hablar de una "historiografía del Orden", a pesar de las fricciones intrafamiliares y evoluciones posteriores de algunos de estos escritores. Fueron estos historiadores los que consumaron el emergente institucionalismo filosófico de esta corriente: la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, el 6 de agosto de 1938.

Adiós a la razón

Es indudable que los conatos de derrumbe que experimentó el capitalismo al adentrarnos en el siglo XX, la difusión del imperialismo, el avance de las revoluciones proletarias y la Primera Guerra Mundial, movilaron perspectiva pesimistas de evolución social, eclipsaron las ideas de progreso y cuestionaron severamente el potencial predictivo de la razón. El pensamiento de inspiración irracionalista prosperó en las sistematizaciones filosóficas de la realidad e impregna la historiografía.

Filósofos tradicionalistas testigos de la Europa restaurada, emanados de autores como Balmes, de Bonald, Maistre, Donoso Cortés, Maurras, Péguy, Berdiaeff, etc., las teorizaciones de los irracionalistas alemanes Nietzsche, Stern y Spengler; más el reflujo de la filosofía religiosa

La consolidación democrática reclama para abrirse paso de una modificación sustancial de la relación entre historia y política. Una historiografía "del Orden", fundada en lineamientos filosóficos de base irracionalista y teológica, sostuvo una concepción política autoritaria y fascizante de la sociedad. Dicha historiografía fue, en los hechos, una ideología legitimadora de las restauraciones dictatoriales de este siglo. Erosionarla es un modo de contribuir a crear una nueva cultura política.



Antiflamme de los cabezas y Basterio del siglo XVI.

de la historia de origen neotomista (el primer Maritain, Gilson, Olgianti, Garrigou-Lagrange, Chesterton, Papini, Gentile, etc.), tuvieron notable acogida entre los historiadores nacionalistas argentinos.

Tradicionalmente y culto a una recomposición de las hegemonías aristocráticas fueron temáticas que esta reacción historiográfica mundial agitó desde fines del siglo XIX, tanto frente al curso triunfante de las revoluciones democrático-burguesas, como ante la perspectiva tan temida de las insurrecciones obreras. En suma, el ejercicio de la historia comenzó

a estar enparentado con una pragmática aristocratizante que debió hacer frente a una dominación social cuestionada.

Con el mismo acento de sus inspiradores ultramarinos, los historiadores nacionalistas argentinos señalaban al traumático siglo XVIII como la época en que el espíritu rector de las aristocracias había fenecido. Más audaces, ciertos ensayistas que hicieron del revisionismo su religión, como Héctor Llambías, atribuían a la Reforma las causas de tan infausto suceso. Aquella, al reivindicar para el hombre común el derecho de interpretar por sí,

y al margen de la tradición católica, los textos sagrados, abrió las puertas de la historia al pensamiento crítico disolvente. Esta captación escolástica del pasado formó parte del repertorio bibliográfico de caracterizados revisionistas.¹ Construidos por una visión idealista abstracta de la historia, soslayando la profundidad de las transformaciones operadas en las relaciones sociales, el factor disruptor causante de la crisis de las élites era la razón. Esta, a la manera de una nube tóxica sobre el pensamiento de la humanidad, habría hecho germinar, tras una insurrección abstracta de conceptos, la prevalencia del materialismo y positivismo filosóficos, y la desintegración de las jerarquías naturales. Este alegato irracionalista pertenecía a un autor nacionalista, cuya obra histórica semajaba una crónica ilustrada de la "filosofía perennis". Reproducía los lineamientos del pensamiento que salvaban del irracionalismo ruso Berdiaeff, para quien "lo colectivo, la mayoría cuantitativa, ha perseguido y oprimido siempre en la historia a la minoría cualitativa... a las individualidades espirituales orientadas hacia las cimas..."²

Exaltación mística de la fuerza y la jerarquía

Quizás el historiador nacionalista que optó con mayor lucidez orientación de este proceso ideológico, y que se adhirió a su influjo, fue Carlos Ibarguren, en una obra clave que data de 1934.³ El contexto internacional testimoniaba con elocuencia los síntomas de la crisis social global: derrumbe de las instituciones democrático-burguesas, fracaso del positivismo, auge de los preparativos bélicos, creciente fascización de las sociedades, además de la tan temida alternativa del comunismo.

Los textos promovidos por esta historiografía dan cuenta del clima de inquietud espiritual instalado tras el fin de la guerra del catóro. No faltaron visiones que comparaban el momento con el colapso de una civilización; más aún, con el "final de una edad histórica", similar a la etapa en la que los romanos presenciaron la desintegración del paganismo.⁴

La conciencia histórica nacionalista detectaba el influjo combativo en la generación nacida durante la Gran Guerra. Un rasgo destacado en sus escritos fue el predominio de la fuerza. Charles Péguy era considerado un notable precursor y propagandista de este ideal energético; inspirador de Mussolini y sucesor de la admiración de Julio Irazusta, Ramón Doll y Juan Carlos Goyeneche. Estas pulsiones energéticas ensalzadas en la historia eran evaluadas también como un eco poderoso de los escritos de Nietzsche.⁵ Esta ideología de la fuerza fue legitimada por sus portavoces como el afloramiento de sentimientos religiosos y patrióticos. Conllevaba un repudio al inte-

lectualismo decimonónico, el cual, según Carlos Ibarguren, ya no podía presidir los estudios históricos. La razón debía ser desplazada por lo que este autor consideraba una concepción "bergsoniana", encaminada a exaltar una intuición de la vida, que debía ser vivida más que representada, o "actuada más que pensada".⁶

No es una exageración decir que estos historiadores hicieron una lectura obsesiva de los ideales bélicos en la historia, a los que tradujeron como vibraciones heroicas de una juventud insatisfecha. La guerra estimulaba el sentimiento del honor, en tanto que la paz degradaba y apoltronaba al hombre, según un catequético clerical premiado por la dictadura de Lonardi con la Secretaría de Prensa y Difusión.⁷

Los textos nacionalistas comenzaron a visualizar al hombre en la historia, no como una unidad abstracta igualitaria, sino inserto en un cuerpo social jerarquizado. La filosofía personalista de W. Stern sirvió de fundamento a Carlos Ibarguren, cuando dictaminaba acerca de la patria, la familia y la profesión como los ámbitos de realización del hombre en la historia. Dentro de cada grupo, el valor que adquiría cada hombre era desigual, estableciéndose una natural relación jerárquica en las vinculaciones intrasociales. Ibarguren se sintió atraído por esta "revolución personalista" agitada en el viejo mundo por intelectuales filosóficos de la Joven Europa, como Robert Aron y Arnaud Danieuf. Esta convergencia intelectual proclamaba una espiritualización de las masas mediante la conquista religiosa.⁸

La historia testimoniaba el derrumbe de los mitos sancionados por la Revolución francesa. La igualdad, la libertad y la fraternidad eran pulverizadas ante el ascenso de regímenes de fuerza corporativa que estos escritores acogieron con fervor beato. No es de extrañar que dieran una significación trascendente a la dictadura. Representaban a la etapa posterior de la descomposición de la sociedad, o bien, eran el emergente que impedía la disolución final.⁹

Propaladores de teodiceas

El tradicionalismo católico, revivificado por el neotomismo, fue quizás la corriente que más contribuyó a dogmatizar a la historiografía nacionalista. Aglutinó en torno a su preceptiva monolítica a la abrumadora mayoría de nuestros primeros revisionistas.¹⁰ Muchos de ellos pasaron por el Ateneo Social de la Juventud y, más tarde, por los Cursos de Cultura Católica, los centros de formación tomista con que la Iglesia consumó la captación de sus cuadros intelectuales y políticos, mediante el verbo flamígero de César Pico y Tomas D. Casares.¹¹

La filosofía religiosa de la historia plantea a estos escritores problemas ontológicos, como hallar el "sentido" de la historia que trasciende a la acción de los hombres, y sólo es captado mediante la

intervención de la Providencia. Para algunos activos promotores de una aprehensión escolástica de la historia, ésta debía ser inculcada con el fin de alcanzar el "destino cósmico y ultracósmico del hombre", según la galáctica prosa de un nacionalista que fuera profesor en la Escuela Superior Técnica del Ejército en 1946.¹²

Discurso nostálgico del pasado, el tra dicionalismo católico confirió a esta historiografía todos los clisés de una retórica del orden. La rememoración selectiva del pasado propende al anodamiento absoluto de todo atisbo de pensamiento crítico y a la sustitución de la historia por decrépitas teodiceas eurocéntricas. El paradigma histórico ecuménico de estos escritores estaba anclado a la Baja Edad Media con cadenas argumentales empujadas. El siglo XIII es evocado como la apoteosis de la humanidad, época en que toda la sociedad cristiana queda estructurada dentro de un perfecto orden jerárquico. Al orden divino, custodiado por el sacerdocio, correspondía y complementaba un orden humano y político, guardado por la aristocracia. La apropiación escolástica del pasado entendida por los nacionalistas sanciona a los tiempos posteriores como épocas de declinación. Sucesivas revoluciones, Renacimiento, Reforma, Revolución Francesa, Revolución Socialista, no eran más que la expresión de la rebelión de lo natural contra lo sobrenatural en la historia. La filosofía religiosa de la historia profesada por estos escritores identificaba la línea descendente de la humanidad como un periplo hacia el caos universal.

El dilema, o caos o reasenso hacia la invariable jerarquía política y sagrada, no es más que la reformulación de una vieja receta que acompañó a toda sociedad de clases. En la Argentina se tradujo en un ejercicio legitimador de las sucesivas restauraciones dictatoriales de este siglo.

Notas

- 1 Como Ramón Doll, uno de los fundadores del IHHMR. Véase *Cómo el liberalismo se volvió al comunismo*, en *Obras*, Buenos Aires, Dictio, 1975, p. 127.
- 2 Citado por Federico Ibarguren en Suplemento dominical de *La Nación* del 5.2.1939.
- 3 Carlos Ibarguren, *La inquietud de la hora*, Buenos Aires, Dictio, 1975, p. 33.
- 4 *Ibid.*
- 5 *Op. cit.*, p. 34.
- 6 *Op. cit.*, p. 35.
- 7 Juan C. Goyeneche, *Reflexiones sobre la juventud*, vol. 9 de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista, Buenos Aires, Dictio, 1976, p. 272.
- 8 C. Ibarguren, *La inquietud...*, cit., pp. 97 y 98.
- 9 Algunos revisionistas tardíos como Hipólito Ural consideraban, en años recientes, a las estipulaciones teológicas del Episcopado Argentino como los lineamientos interpretativos inapalables para los historiadores. Véase de H. Ural, *Nación, sionismo, masonería*, Buenos Aires, Corregidor, 1980, p. 86.
- 11 La gravitación de los Cursos sobre esta intelectualidad puede apreciarse con la información suministrada por publicaciones como *Orientación*, número 3, del 1929, p. 14.
- 12 J. C. Goyeneche, "Clase inaugural...", en *op. cit.*, p. 255.

Encuéntrese con la cultura en cualquiera de estos organismos

La cultura está en todas partes.

Pero en estos lugares usted es parte de la cultura.

- Teatro Colón
Cerrito 618 - 35-1840
- Teatro Pte. Alvear
Av. Corrientes 1659 - 46-6076
- Teatro Municipal
Gral. San Martín
Av. Corrientes 1530 - 40-0111
- Museo de Artes Plásticas
"Eduardo Sívori"
Av. Corrientes 1530 8° P. - 46-9664
- Museo de Motivos Argentinos
"José Hernández"
Av. del Libertador 2373 - 802-9967
- Museo de Arte Hispanoamericano
"L. Fernández Blanco"
Suipacha 1422 - 393-6318
- Museo del Cine
"Pablo C. Ducrós Hicken"
Sarmiento 2573 - 48-4861

- Planetario de la Ciudad de Bs. As.
"Galileo Galilei"
Av. Sarmiento y Belisario Roldán - 771-6629
- Dirección Gral. de Educación Artística y Especial
Perú 372 3° P. - 30-0559
- Dirección de Turismo
Sarmiento 1551 5° P. - 46-1251
- Centro de Divulgación Musical
Av. Corrientes 1530 7° P. - 45-3981
- Programa Cultural en Barrios
Sarmiento 1551 11° P. - 46-1251 Int. 171
- Programa Cultural en Universidades
Av. de Mayo 525 4° P. - 331-0961/9 Int. 1463
- Programa Cultural en Sindicatos y Fábricas
Av. de Mayo 525 2° P. - 331-0961/9 Int. 1233
- L.S. 1 Radio Municipal de la Ciudad de Bs. As.
Sarmiento 1551 8° P. - 46-1251

- Museo de la Ciudad
Adolfo Alsina 412 - 331-9955
- Museo de Arte Español
"Enrique Larreta"
Juramento 2291 - 784-4040
- Museo de Arte Moderno
Av. Corrientes 1530 7° P. - 49-4796
- Museo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires "Cornelio Saavedra"
Crisólogo Larralde (ex Republicanas) 6307-572-0746
- Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires
Av. Córdoba 1556 - 42-9370
- Centro Cultural General San Martín
Sarmiento 1551 - 46-1251
- Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires
Junín 1930 - 803-1040
- Dirección General de Bibliotecas
Tcalhuano 1261 - 44-1840
- Jardín Zoológico
Plaza Italia - 802-2174



Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura

Carlos Pereyra

Ludolfo Paramio

El 4 de junio de 1988 falleció en la ciudad de México Carlos Pereyra, una de las figuras más representativas de la generación del 68. Filósofo, periodista y militante, su itinerario teórico y político comenzó en sus años juveniles en el partido comunista mexicano y hasta su muerte participó en la formación y en la dirección de distintas organizaciones de la izquierda socialista. Vinculado a nuestro país por lazos familiares, fue durante el exilio argentino un compañero comprensivo de nuestras desdichas, un mexicano solidario con las tristezas del desarraigo. Para muchos de nosotros, que por primera vez, debíamos residir en una tierra lejana y fraterna, pero tan distinta de nuestras formas de vida y de sociabilidad, Carlos, o el Tuti como todos lo llamaban con afecto, fue un interlocutor privilegiado y un puente que nos permitió atravesar sin grandes conflictos territorios desconocidos para nosotros, aunque un mismo idioma lo identificara engañosamente con los nuestros. Si México nos ayudó a reparar en problemas conocidos, pero no sabidos; si de una experiencia vital de tamaño importancia como fue el exilio de los años 70 hoy podemos pensar que adquirimos una conciencia menos estrecha de la complejidad de lo humano, todo esto pudo ocurrir porque en esa tierra lejana para nosotros encontramos una fraternidad que nos permitió seguir siendo fieles a nuestras convicciones sin sentirnos perdidos.

Los directores de *La Ciudad Futura*, por distintos motivos, frecuentamos el mismo grupo de amigos y militantes del que Pereyra formaba parte y gozamos de su amistad. Una amistad que hoy, a la distancia y con la tragedia de su desaparición de por medio, se nos aparece de una calidad intelectual y moral que la cotidianidad no siempre nos permitió valorizar como corresponde. Tal vez ni él, ni nosotros, ni todos los que nos encontrábamos en los distintos lugares donde la cofradía latinoamericana discutía los caminos de la conquista de la democracia y del socialismo para nuestros pueblos, pudimos comprender por esos años hasta dónde las circunstancias nos había juntado como a esos conjurados de los que nos habló Borges. Pues en verdad éramos hombres de distintas estirpes, que profesábamos diversas religiones y hablábamos en diferentes idiomas, y también es cierto que tomamos allí la extraña resolución de ser razonables, de olvidar las diferencias y acentuar las afinidades.

Tuvimos la suerte de verlo, poco a los de su muerte, en estas tierras argentinas que volvía a recorrer luego de tantos años. Pudimos conversar con él, alrededor de una mesa y compartiendo una cena, como muchas veces lo hicimos en México, sin advertir que quien nos hablaba con tanta naturalidad de las vicisitudes de este mundo convulsionado que nos toca vivir estaba signado por la muerte. Cuando supimos de su fallecimiento, la congoja no nos hizo olvidar de esa admirable lección de compostura que su visita nos dejó. Quisiéramos creer que en esos momentos el filósofo materialista Pereyra hacía suyas las palabras con las que el filósofo idealista Croce se despedía de sus semejantes. "Tan melancólico y triste como pueda parecer la muerte —dice en su sollojo—, soy demasiado filósofo para no ver con claridad que, lo terrible, sería que el hombre no pudiese morir, encerrado en la cárcel de la vida, repitiendo siempre el mismo ritmo vital que él, como individuo, sólo posee en los confines de su individualidad, y a quien le es asignada una tarea que se acaba... La vida entera es preparación para la muerte, y no hay sino que continuarla hasta el fin, atendiendo con celo y devoción los deberes todos que nos esperan."

El texto de Ludolfo Paramio, otro de los conjurados, que acaba de llegar a nuestras manos, publicado por la revista madrileña *Zona Abierta* que dedica el número 48/49 de julio-diciembre de 1988, da cuenta del clima del debate ideal en el que estuvimos comprometidos muchos de los latinoamericanos refugiados en México y en el que Carlos Pereyra sobresalió por su inteligencia pero también por su comprensión. Decidimos publicarlo junto con un inédito de Pereyra, para de este modo rendirle públicamente un homenaje a un amigo y compañero tal vez desconocido por muchos de nuestros lectores, pero que en otros parajes, con entereza, valentía e inteligencia ejemplar, luchó hasta el fin por los mismos ideales que inspiran nuestro combate.

La Ciudad Futura

En la madra del pasado sábado, 4 de junio, murió Carlos Pereyra, quizá el más conocido de los filósofos mexicanos de la generación del 18. Era ya broma común decir que era impensable una revista mexicana de filosofía y/o política que no le contara entre los miembros de su consejo de redacción. Se había formado en la escuela althusseriana, pero su realismo político y su muy aguda conciencia común le llevaron a trascender fácilmente la ortodoxia, incluso la ortodoxia marxista, para escudarse en un medio universitario, como el mexicano, en que ésta es aún el principal punto de referencia. Quedan dos libros como testimonio de su obra. *Configuraciones: teoría e historia*, recopilación de sus primeros ensayos, y *El sujeto de la historia* (Alianza Editorial, Madrid, 1984), su tesis doctoral y brillante alegato contra las interpretaciones subjetivistas y teleológicas de la historia. Su profunda fascinación por la izquierda española le llevó a visitar, como ya he mencionado este país, y, en consecuencia, a la tentación del exilio. Pero su espíritu personal y una acertada inteligencia, puede hacer que quienes le conocieron acá o allá sientan su desaparición como un irreparable desastre.

El País, 8/6/88

Instantáneas

1978. Nos ha llegado a Jorge Reverte y a mí una invitación para participar en un coloquio en la Universidad Autónoma de Puebla sobre "El estado de transición en

América Latina y Europa". No se concreta demasiado bien de qué transición se trata, lo que sin duda es una gran ventaja.

El origen de la invitación era la ascendencia que habían logrado en la UAP Pancho Aricó y Oscar del Barco, dos exiliados argentinos. Conocíamos ya a Aricó por su vinculación con Siglo XXI, en cuya casa española yo trabajaba entonces, y ellos, lo que fuera el grupo de Pasado y Presente, habían tomado cariflo por una absurda revista española, *Zona Abierta*, que Reverte y yo hacíamos al almón. Como bien cabe esperar, el coloquio de Puebla fue a la vez una locura y un gran acontecimiento. Hacía su fin Reverte decidió venir a España, con el ligadito de la Academia de la Lengua (Mejía, 1997) y yo no había enudeado hasta las cejas, pues era nuestra primera posibilidad de viajar al otro lado del Atlántico, y no sólo queríamos ir juntos, sino pasar quince días más visitando México una vez que el coloquio terminara.

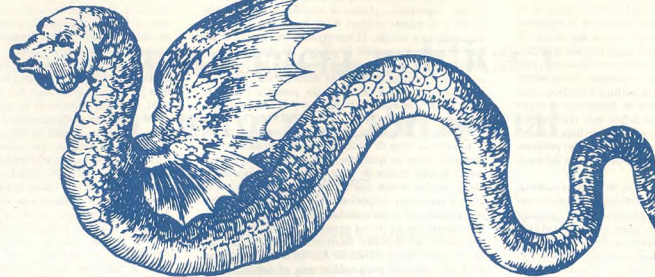
De vuelta en el D. F., en la casa de la calle Comercio y Administración que entonces tenía Neus Espesarte, ya amenazadamente cercada por la librería Salvador Allende habíamos un día con Carlos de nuestro sueño: llegar hasta Palenque. A él ya le conocíamos de España (creo) a través de Eugenia Huerta, de Rolando Cordera y Marjorie. Pero no teníamos tanta amistad como para esperar su loca oferta: llevarnos hasta Palenque y devolvérsenos al D. F. en carro, en cinco días que tenía libres de docencia. Era una locura por lo pesado del viaje, porque él no tenía el más mínimo interés en las malditas ruinas y porque, además, un viaje de ese tipo era lo más alejado

de su temperamento urbano, ordenado y neurótico.

Hay muchísimas sensaciones asociadas a este viaje: Veracruz, el presidio, el gas ardiendo en la noche de la costa petrolera del Golfo, los grandes ríos en Chiapas, una botella de ron laboriosamente lograda. La noche en un hotel al borde de las ruinas, descubriendo la marea sonada de la selva, las ruinas en medio de la bruma al amanecer. Pero queda más que nada un recuerdo: no se puedan pasar cinco días con una persona sin llegar a uno de los más total aborrecimiento o de total adoración. Uno de los días, ya al amanecer, me acordé de haberme de fallar en plena "Siempre podríamos pasar la noche acá", dijo Carmen. "Amancieríamos degollados", sentenció Tuti. No se puede dejar de querer a una persona tan decorosamente neurótica o tan malvada en su raro sentido del humor. (Llegamos a Catemaco, en cualquier caso.)

1980. Tres años después de las primeras elecciones democráticas, cinco tras la muerte del dictador, he vuelto a la Universidad. Ya no soy un físico de partículas, ni un trabajador de una editorial, sino un sociólogo político. A fin de cuentas debo enudearme de nuevo para que Carmen venga también en este segundo viaje a México, ya que la Administración española no es muy rápida en el pago de nóminas. Pero merece la pena. La invitación (que viene del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM) es al norte del D.F., a Morelia, una zona que no conocemos. Salimos en un carro (el de Rolando, creo) Carlos, Carmen, Rolando y yo. Unas cervezas frente al

Serpente alada



calor del mediodía y una parada, ya en Michoacán, en una gasolinera. Yo discuto a voces, como hacemos en Madrid, mientras Carlos y Rolando me dicen algunas cosas terribles sin perder nunca la mesura en el tono de voz: estupidez muy europea, imperialismo cultural, ceguera ante la realidad latinoamericana.

La bronca sigue en Morelia, en las comidas, lejos del salón de actos en el que Julio Labastida se desespera tratando de poner orden en una reunión de académicos especialmente informales. Yo sostengo que las revoluciones son males menores frente a regímenes muy indecorosos, no vas alternativas para llegar al socialismo; no creo, particularmente, que la peculiaridad de los países latinoamericanos — como interpretaciones tan vagas, vagas, de las instituciones democráticas como las cubanas o las nacentes en Nicaragua. Y además yo pienso que a va haber una ruptura en la historia del movimiento obrero, y que los partidos comunistas van a comenzar una imparable caída electoral por la táctica puramente defensiva (conservadora) que han tomado frente a la crisis. Rolando hababa de Cuba, Tuti se encrespa contra mi obvio proceso de socialdemocratización: la clase obrera, en España, en Argentina, en Chile, interperpetra los errores de la izquierda, el crecimiento de UGT, del peso del partido socialista. La comida se enfría, Carmen se irrita de mi estúpida veheencia.

1981. Marzo. Don Adolfo Sández Vázquez lee en Oaxaca, con su clara voz de maestro, las cuartillas que ya había leído días antes en Venezuela. Las sociedades de tipo soviético no pueden ser consideradas bajo ningún concepto como sociedades socialistas, pues son sociedades que se agudizan en la lucha por el poder y se basan en la explotación del hombre por el hombre. El social sobre el Estado (la ausencia de democracia) impone de considerar la propiedad estatal como propiedad social (colectiva) de los medios de producción. Las malas caras se agudizan según avanza la lectura, luego se traducen en intervenciones de mal tono personal y pésima calidad. El discurso de Sández Vázquez es una mezcla de la serena tequedad del hombre honrado y del lucido. Ninguna lealtad política, ninguna toma de partido, puede justificar el autogobierno: las sociedades de tipo soviético llegarán algún día al socialismo, tras una profunda reforma, pero hoy (entonces) nadie tiene que ver con el socialismo, pero entre los que se agudizan en la lucha por el poder, el socialismo es el único camino para la liberación de un Estado. Después de la lectura, el posterior ministro secretario general del PCUS, Nadie sabe nada acerca de Mijail Gorbachov, quien el día siguiente de Andropov.

Es un nuevo coloquio del Instituto de Investigaciones Sociales, y también habla Peryera: la dimensión nacional es fundamental en el desarrollo del proceso social. No es posible un internacionalismo que no reconozca la existencia de las colectividades de las colectividades nacionales. Es a la vez una idea obvia, como han revelado los fracasos de los internacionalismos más ingenuos, y una idea muy *nacional*, pues enlaza con la cultura política del nacionalismo revolucionario. Es, sin embargo, una idea rupturista con la más ortodoxa lectura del marxismo. (Y una idea que según expresando, después, con palabras de Jorge Castañeda, el carácter arcabuceado del discurso nacionalista de Cuauhtémoc Cárdenas. Sonrió con socorronería: "Si, no estaría de más que Cuauhtémoc se hiciera a la idea de que el crecimiento exige integración internacional. Pero tampoco sería malo que Salinas se acordara de que el crecimiento requiere integración internacional conducente al crecimiento." Y concluyó con una maldad muy suya: "Ese es un error frecuente en ustedes, los neoliberales".)

Volvemos al D. F. en avión, nos vemos un par de ve-

ces. Se ve venir el final del espejismo petrolero, la crisis que culminará el sexenio. Cenas y bromas: se acaba la lana, deberemos seguir los encuentros en España. Hace sólo un mes del intento de golpe de Estado en España, pero se diría que el fantasma se disipa.

Nueva invitación a comienzos de julio, para hablar en Economía de la UNAM sobre políticas de ajuste y estrategias de izquierda. Primera noche con Tutti: "¿Cómo, sigues aquí desde marzo?". Esto es un rasgo de lo que en España se suele llamar mala leche, y es un bien muy estimado. Por mi parte, comunico que he hecho pública mi decisión de entrar en el PSOE, y de jugar fuerte. "Ya se te veía venir", se ríen todos.

1985. Yo regresé a México invitado por Rafael Cordera para un par de seminarios, tras una larga ausencia provocada por la llegada del PSE al gobierno, por la necesidad de dar prioridad al CONO Sur desde que comenzó el retorno a la democracia en Argentina y Uruguay. Y también por un hijo. Neus me dice algo, he tenido un hijo, pero no me ha dado tiempo de decirle. Me senté en las patillas de la silla, decidí irme a un viaje viejo de 1980 a Michoacán, o parte de él, y pasémoslo con Rolando un día en San Miguel de Allende, en la posada en la que entonces fui a dar con mis huesos, tras haber profetizado, por una vez correctamente y bajo el influjo de un número excesivo de cócteles "margarita", "era la hora feliz", y la casi inmediato ascenso de la nueva democracia en el sur de Europa. Rolando y el mismo Tuti me que no asistiera a aquel predio, me piden que me vaya, pero yo no puedo, me sigue necesitando, la capacidad liberadora del alcohol, y no me creo capaz de tales excesos. (Hablo en privado con Tuti de su mal; parece controlado, es cáncer, pero quizá...

1987. Noviembre. En medio ha habido al menos otra operación, un viaje o dos de Carlos y Corina de Yturbe a Madrid, han tenido un hijo. Seguimos jugando, pese a todo, a que el tiempo es nuestro. Mi añoranza ahora es Corina, que coordina en nombre del Instituto de Filosofía de la UNAM un seminario sobre teorías de la democracia. Un par de cenas, la presentación de un alumno muy prometedora que quería hacer el doctorado en España, la lectura de un libro de filosofía política. El análisis del eurocomunismo ya es un tópico común y poco discutible, la decadencia de los partidos comunistas ya muerde en el propio PCI, el gran punto de referencia. Peor aún, la transformación de la clase obrera industrial es ya obvia, el carácter defensivo, corporativo, de muchas luchas obreras resulta transparente a estas alturas. Lo que hace tan sólo pocos años eran opiniones sobre teorías eurocéntricas hoy es casi sentido común. La izquierda ha quedado sin más materia prima, a la propia y reducida la «vieja» amena más marxista: *de te fabula narratur*.

1988, 6 de junio, 9.15 a.m. Hace sólo una pocas semanas que Carlos Pereyra, Tuti, esteuve de nuevo en España. (Como había venido tantas veces, antes, cuando en México había una petrolera, para asistir a la fiesta anual del PCE, para ver la maravilla de una organización obrera independiente, no *charra*, algo que era muy importante para él tras el desmantelamiento de la tendencia demócrata, la crisis de los electricistas, la muerte de Rafael Galván.) Me parece que había ido entendiendo mis tomas de posición, en estos años de una transición vertiginosa en España de la dictadura a la crisis, de una clara hegemonía comunista (obrerista clásica) a una hegemonía dentro de la izquierda de una coalición de trabajadores de la industria clásica, de una nueva industria, de lo

servicios y de la clase media asalariada. Pero hoy, cuando escribo estas líneas, aún no sé con suficiente precisión lo que nos separaba teórica y políticamente. Creo que en cambio sé lo que nos unía: sentíamos algo así como un muy fuerte cariño y aprecio intelectual mutuos.

Es lunes, y para lo que es Madrid, una hora temprana. Yo he dejado ya a mi hijo en el autobus del colegio, he comprado el diario y lo estoy acabando de leer. Carmen también, pues se oye el ruido de la ducha. Suena el teléfono, y la voz de un amigo, más seria de lo normal, anuncia una mala noticia. Al parecer Carlos está en el hospital, grave, pocas horas de vida. Han tratado de decirme en el fin de semana, pero, como de costumbre, yo estaba en mi casa de las afueras, tratando de escribir o de correr. La noticia me nubla, noto una fuerte presión en el pecho, no puedo respirar. Es su hijo, el hijo que viajé a Madrid, Carlos me había hecho creer, o creía, que su mal estaba bajo control. Era tan fácil, quizá tan inevitable el engaño a él o a mí. Con los ojos cada vez más turbios voy al baño, le cuento a Carmen,

Han pasado veinte minutos, dos nuevas llamadas, y ya se ha confirmado su muerte. (Aún habrá cuatro llamadas más, y la visita personal de alguien que no cree que ciertos desastres puedan transmitirse por teléfono.) Yo estoy ante mi mesa de trabajo, iluminada por la luz gris de la mañana de una mala primavera. Carmen parte para su centro, y ha tenido tiempo ya de revisar el archivo fotográfico.

"Creo que es todo lo que tenemos de Tuti", dice, y me deja sobre la mesa de trabajo, fría como un quirófano, blanca como un hospital, una pequeña serie de fotografías en color, un puñado de instantáneas.

Qué es un intelectual

El intelectual puede haber sido desde su nacimiento una figura equívoca, una caricatura de sus propias pretensiones, pero todos pensamos que el "Yo acuso" de Zola tenía un sentido y una profunda dignidad, incluso viniendo de figura tan polémica como la suya. Se puede hacer entonces una hipótesis modesta y pretender que, si bien los intelectuales son una especie social proclive particularmente a la falsificación, su general descrédito actual comienza con su manipulación por el establishment.

El intelectual estalinista es el intelectual *comprometido*, comprometido con una causa política que ha cristalizado en un partido, obviamente el partido estalinista. El compromiso se entiende como división del trabajo: la línea política la deciden los profesionales de la política, y el resto de la sociedad debe obedecerla. El compromiso se limita a propagarla y respaldarla con su firma. No cabe imaginar en semejante esquema que el intelectual trate de intervenir en la discusión partidaria como un militante más, ni incluso como un militante cualificado. No: el partido necesita el prestigio que le brinda la firma del intelectual, y este, a su vez, necesita la protección política y moral. Las patéticas consecuencias de este tipo de relación son palpables en el linchamiento moral de Gide tras su *Retorno de la URSS*, su marginación del congreso de intelectuales antifascistas de Valencia en 1937. No cabe ya el intelectual comprometido discute la táctica, la estrategia y los frutos de la política que respalda. A firmar y a callar.

En la posguerra surge una nueva figura, la del intelectual *crítico*. Su más espectacular ejemplo son los francfortianos que, refugiados en los Estados Unidos, critican con apasionada imparcialidad al marxismo soviético y a la unidimensional sociedad de masas del capitalismo de los años sesenta. No tienen modelos alternativos de so-

ciudad que contraponer al capitalismo tardío ni al estalinismo, pero poseen una profunda autoconfianza en su capacidad para diagnosticar los defectos de lo realmente existente sin ofrecer un camino para su superación. El *gran rechazo* marcusiano sería la manifestación más clara del callejón sin salida al que conduce este idealismo, ciertamente crítico, pero también impotente. Sería ofensivo otro modelo: proselitismo en la política de bloques, para no desesperar a los trabajadores de Billancourt al negarles una utopía en la tierra, se define muy críticamente respecto al PCF, sin embargo, y no sólo no llega a ser militante comunista, sino que parece justificar su proselitismo por el hecho de mantenerlo desde fuera del partido.

La figura del intelectual crítico, en los años ochenta, ha cristalizado en una peculiar definición: un intelectual de izquierda si está frente al poder, frente a *cualquier poder*. Se cierra así el círculo vicioso abierto por el estalinismo. Si el intelectual estalinista debía justificar la política de los partidos comunistas sin permitirle la menor reflexión crítica, ahora toca no defender política alguna para poder mantener la independencia crítica. Pero es fácil ver que son dos caras de la misma moneda, y que ninguna de las dos resiste el menor examen moral.

El intelectual crítico es un intelectual estalinista vuelto del revés, y no es raro que en muchos casos éste sea el

pismo, estar siempre a favor de un partido puede ser simple enajenación. ¿Cómo se concilian el compromiso moral y el talante crítico? A mi juicio la respuesta es ridículamente simple. El compromiso moral se debe definir en torno a una serie de valores: así, por ejemplo, el neocensorador dará propiedad absoluta a las libertades negativas; mientras el socialista democrático buscará la combinación óptima de libertades positivas (el poder hacer cosas como comer y trabajar) y libertades negativas (que nadie pueda violar su intimidad física o moral).

El talante crítico, por su parte, debe manifestarse ante todo en la toma de distancia respecto de las *ideas dominantes*. Estas no necesariamente tienen que coincidir, contra la frase clásica de Marx, con las de la clase dominante, mucho menos con las de quienes gobiernan (incluso a veces muy despoéticamente) una sociedad. Debemos admitir que en las sociedades evolucionadas las ideas dominantes son las de esa extraña y poco definible capa que son los intelectuales: escritores, profesores, guionistas de radio, cine y televisión. Así, un intelectual crítico sería un intelectual poco conformista, un intelectual capaz de rebelarse contra las ideas dominantes en su medio, capaz de revisarlas, y si es preciso, tratar de desmantelarlas.

Tres ejemplos sencillos, que personalmente me han influido. El primero es el de Fernando Claudín y Jorge

Segundo ejemplo: Adolfo Sánchez Vázquez. En su momento ha aceptado, como militante del PCE en México, la férrea disciplina del partido (transmitida, para colmo de paradojas, por un Fernando Claudín que en ese momento aún acepta su papel de correa de transmisión de las decisiones de la dirección del partido, aplicando la concepción estalinista del centralismo democrático frente a las críticas de la base). Los tiempos cambian, y en 1981, frente al consenso de los intelectuales latinoamericanos, proclama públicamente el carácter no socialista de los regímenes de tipo soviético. Es un maestro conagrado, no un jovencito que necesita llamar la atención para abrirse camino hacia el poder académico. Y defiende una posición tal en América Latina, no en una Europa en la que criticar a la Unión Soviética puede ser en esos años una fuente de dinero y popularidad. Habla en nombre de sus convicciones, no de sus intereses.

Tercer ejemplo, Toluca, noviembre de 1987. Carlos Pereyra sostiene, en una mesa redonda presidida por don Adolfo, que el mero hecho de hablar de tal cosa como el *marxismo* hacía inevitable la codificación de una doctrina, el nacimiento de una ortodoxia, la congelación de la creatividad y la pérdida de lo mejor del pensamiento crítico de Marx. Es mejor asumir la herencia de Marx sin darle un nombre aparte, incorporarla a nuestro equipaje teórico y crítico, integrarla en ese vasto

En el *Manifiesto comunista* se dice: "el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia". No son evidentes de suyo las razones en cuya virtud para Marx y Engels "la elevación del proletariado a clase dominante", es decir, la construcción de un nuevo orden social, coincide con "la conquista de la democracia", o sea, el establecimiento de una peculiar forma de gobierno. La interpretación más sencilla de esta tesis donde se identifica la construcción de un nuevo orden social y la conquista de la democracia sería que ella se apoya en el supuesto de que la democracia es incompatible con el mantenimiento de la dominación burguesa. Podría aducirse en favor de esta lectura el hecho de que a mediados del siglo pasado en ninguna parte del planeta la dominación de la burguesía estaba acompañada del ejercicio democrático del poder político. Leída esa fórmula 140 años después de haber sido escrita, se diría que los autores del *Manifiesto* subestimaron la capacidad del movimiento social para conquistar la democracia aún antes de la elevación del proletariado a clase dominante.

Por otro lado, durante el siglo XX han ocurrido varios procesos de ruptura anticapitalista en diversos lugares del mundo, reconocidos habitualmente con la denominación "revolución obrera" utilizada por los autores del *Manifiesto* y, hasta la fecha, en ninguno de esos casos se puede presumir la conquista de la democracia. La construcción de un nuevo orden social basado en el proyecto de elevar al proletariado a clase dominante tropieza con mayores dificultades de las imaginadas para conquistar la democracia. Se diría, entonces, que Marx y Engels sobrestimaron la capacidad del movimiento revolucionario para conquistar formas democráticas de gobierno. Lo anterior no anula la validez de la hipótesis de que la dominación burguesa, es decir, la estructuración del orden social en torno al eje de la propiedad privada, conforma una situación poco favorable para la conquista de la democracia y que, por el contrario, la elevación del proletariado a clase dominante, o sea, la estructuración de la sociedad en torno al eje de la propiedad social, establece circunstancias más propicias para tal conquista. En cualquier caso, la experiencia histórica muestra que la desaparición de la propiedad privada no es condición necesaria y mucho menos suficiente para la conquista de la democracia. Puede extraerse una lección de esta experiencia histórica: resulta inadecuado circunscribir la cuestión de la forma de gobierno al asunto del carácter fundamental adoptado por el orden social.

La tesis del *Manifiesto* arriba mencionada puede entenderse, sin embargo, en un sentido enteramente distinto. Conforme a esta segunda lectura, el primer paso de la revolución obrera no sería la conquista de la elevación del proletariado a clase dominante. La *democracia política*, sino de la *democracia social*. La elevación del proletariado a clase dominante no sería, en esta perspectiva, momento indispensable del proceso histórico encaminado a establecer el sufragio universal, el respeto a los derechos políticos y a las libertades individuales, la pluralidad de opciones partidarias a fin de que los ciudadanos estén en posibilidad de elegir a sus gobernantes, la autonomía de la sociedad civil, etcétera, sino momento imprescindible del proceso orientado a lograr la emancipación de los trabajadores, la abolición de la explotación y circunstancias generales de igualdad y justicia sociales. Cristaliza así en la tradición del pensamiento socialista la idea de que "la primera significación de la palabra 'democracia social' la pone en su sentido burgués, es decir a una concepción de la democracia que ha sido realizada en el curso de la evolución política y económica de la burguesía. El otro significado corresponde al sentido proletario; es la democracia proletaria, que no podrá realizarse más que con la victoria política y económica del proletariado".

Ensayo

Democracia política y transformación social

Carlos Pereyra

El texto de Pereyra que publicamos como ensayo es parte del libro coordinado por Rolando Cordera, Raúl Trejo y Juan E. Vega: *México, el reclamo democrático. Homenaje a Carlos Pereyra*, que próximamente publicará Siglo XXI Editores de México. Inédito hasta ahora, fue reproducido por la revista socialista chilena *Convergencia* (núm. 14 de noviembre de 1988) con la que LCF tiene estrecha vinculación intelectual y de intercambio de materiales



Sentido de la democracia

En efecto, la democracia política recibe en esa tradición casi siempre los adjetivos de *formal* o *burguesa*, en contraposición a la *democracia social* calificada las más de las veces como *auténtica* o *proletaria*. Esta sobrecarga del concepto *democracia* produce equívocos constantes, pues a su utilización tradicional que desde antiguo permitió distinguir una peculiar forma de gobierno, añade otra significación para distinguir determinado orden social. La confusión se acrecienta cuando se considera la *democracia política* como algo propio de la concepción burguesa. Si bien ha sido realizada en el curso de la evolución política y económica del capitalismo, ello no ha sido producto de la iniciativa de la burguesía. Basta revisar la historia del sufragio universal, por ejemplo, para advertir que su aparición no fue promovida por la clase dominante en la formación social capitalista, sino precisamente por la *clase* dominante. En este sentido, la *democracia política* nada tiene de burguesa. Por lo que se refiere al otro adjetivo, *formal*, con su latente connotación peyorativa, a final de cuentas sólo significa que la *democracia política* no garantiza por sí sola la igualdad y la justicia sociales, lo que, por supuesto, no la vuelve indeseable.

Más allá de las confusiones introducidas por el desplazamiento del sentido originario del concepto *democracia*, quedan por examinar los motivos por los cuales la llamada *democracia social*, es decir, la constitución de una sociedad justa e igualitaria habría de ser sucedáneo de la *democracia política*, en vez de su fundamento. En los hechos, la historia del *socialismo real* muestra que las preocupaciones por construir un orden social justo no han sido acompañadas de esfuerzos semejantes para edifi-

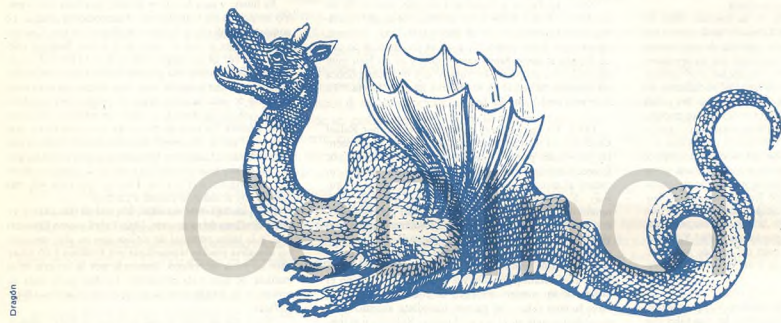
car un régimen político democrático. La *democracia social* no ha operado como fundamento de la *democracia política*. Esto ha sido así no sólo por las circunstancias históricas en que se produjeron las rupturas anticapitalistas, sino también por la escasa consideración otorgada en la tradición teórica socialista a la cuestión de la *democracia política*. Ello se debe, en última instancia, a la idea formulada también en el *Manifiesto comunista* de que "el poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra". No se ve en la política una determinada práctica para la configuración del orden social, sino la modalidad específica que esa práctica adquiere en ciertas circunstancias históricas. Ocurre algo semejante con el concepto *Estado*, que designa el hecho general de que la vida social se organiza bajo ciertas formas jurídicas y políticas, pero en el discurso de Marx y Engels pasa a designar la modalidad específica que esas formas adoptan en ciertas circunstancias históricas. "Después de Marx, la palabra Estado tiene un sentido fijo y bien determinado. Comprenderemos como Estado una organización de la sociedad basada sobre los antagonismos de clase con el dominio de una o varias clases sobre las otras. En tal organización, el orden social se apoya necesariamente en una dominación. Las clases dominantes imponen su voluntad a las otras, en forma de leyes. En este sistema social, basado sobre el antagonismo de clases, no es el interés general el que domina, es el interés de clase de los poderosos y de los ricos."² Por ello, en la visión escatológica de Marx se contempla la desaparición del Estado y la supresión de la política.

Si, a diferencia de esa visión escatológica, Estado y política no se constituyen de manera restrictiva, es decir, si se acepta que no se trata de fenómenos exclusivos del orden social basado en la dominación de clase, entonces aparece con todo su vigor la necesidad de pugnar por la *democracia política*, pues la eventual realización de la *democracia social* no anula la presencia del Estado y de ciertas relaciones de poder (relaciones políticas). Puede extraerse una segunda lección de la historia contemporánea: resulta inadecuado desentenderse de la *democracia política* por el simple hecho de que se busca construir una sociedad justa e igualitaria. La llamada *democracia social* no es sustituto de la *democracia política*. Se entiende mejor lo anterior si se advierte que no son las clases sociales en cuanto tales quienes ejercen el poder del gobierno, sino determinada fuerza política, tanto en sociedades estructuradas con base en la propiedad, privada como allí donde ésta ha sido abolida. El desplazamiento de una clase dominante por otra o la desaparición de la dominación de clase no elimina el sentido de la *democracia política*.

Relación estrecha, aunque no necesaria

Por otra parte, la caracterización de la *democracia política* como *democracia formal* pretende indicar el hecho de que el respecto a los derechos políticos y a las libertades individuales, la existencia de varios partidos en competencia, elecciones periódicas y sufragio universal, etcétera, garantizan la soberanía del pueblo. Así pues, cuando se habla de la *democracia política* como de una *democracia puramente formal*, se combinan dos cosas: la idea de que en aquella no desaparece la desigualdad social y la afirmación de que, por tanto, no consigue el autogobierno del pueblo. "Fourier ha expresado la idea esencial de toda la crítica ejercida contra la *democracia puramente política*, a saber, que los derechos políticos no bastan por sí solos para dar plena satisfacción al pueblo. Los derechos políticos por sí solos no pueden establecer una verdadera libertad social [...] no son, pues, medios suficientes para liberar al proletariado, ya que no son suficientes para hacer desaparecer la desigualdad social, es decir, la miseria y la servidumbre económica."³

Por lo que se refiere a la primera cuestión, vale la pe-



caso concreto. Un intelectual que mintió mucho en nombre del ideal socialista decide ahora no afirmar nada por de esta forma estar seguro de no mentir. Si sigue siendo socialista lo será sólo en un sentido negativo, denunciando lo que él considera obstáculos para la utopía futura. Pero como esta utopía no tiene forma, como carece de cualquier punto de referencia real, el intelectual no es responsable ante la sociedad presente ni futura, sólo es responsable ante sí mismo. Así, tras un largo rodeo por Moscú (o La Habana, Hanoi o Managua), los intelectuales ya pueden volver a la torre de marfil. A eso se llama posmodernidad a fin de cuentas: *intellectual chickens come home to roost*.

Supongamos ahora que consideramos el problema desde el punto de vista del ciudadano de a pie. El intelectual, independientemente de sus cualificaciones profesionales, es un ciudadano como cualquier otro. ¿No tiene entonces la misma obligación que todos nosotros de comprometerse moralmente en un proyecto colectivo de sociedad? ¿No puede ser crítico, como cualquier militante de un partido democrático, ya esté el partido en el gobierno o la oposición? En caso contrario hay que concluir que los intelectuales no pueden militarse en ningún partido político o, mejor, sólo en aquellos que estén seguros de no correr el riesgo de llegar nunca al gobierno, pues en caso contrario podrían llegar a mancharse sus preciosas y críticas manos defendiendo una política concreta. Es más sencillo, creo, dejar de pensar en esta rara figura del intelectual como un ser aparte, proponerle que milite, desde la oposición o en el poder, y exigirle que cuando encuentre contradicciones morales inabarcables entre sus ideas y la práctica del partido abandone a éste; y que si tales contradicciones insalvables no se presentan se limite a discutir políticamente dentro del partido, como lo hacen todas las personas normales que militan en un partido democrático.

Si aceptamos lo anterior, no obstante, llegamos a lo que puede ser el dilema moral real del verdadero intelectual. Estar siempre contra el poder puede ser puro esca-

Seprín, que en 1963-1964 encuentran que la línea del PCP está en abierta contradicción con sus convicciones, en terrenos tan distintos como la estética o la valoración del desarrollo capitalista en una España que el resto de los dirigentes desconoce por no haber viajado nunca al interior desde el fin de la guerra civil. Así, provocan una discusión cuya única conclusión lógica (en un partido estalinista) es la expulsión, y por supuesto son expulsados y calumniados. Son intelectuales comprometidos (militantes), pero ejercen hasta sus últimas consecuencias su derecho a la crítica. Luego siguen su propia evolución ideológica, pero no renuncian a ser intelectuales moralmente comprometidos; si renuncian, en cambio, a la fácil popularidad del intelectual "crítico".



río de pensamiento y voluntades colectivas que quieren confluir en una sociedad sin explotadores ni explotados, en una sociedad de hombres y mujeres que, por ser libres, seguirán teniendo conflictos, pero ya no los nacerán de una desigualdad arbitraria.

Don Adolfo se crípa y responde: no es casual, pues el ha comprometido su vida no sólo con un proyecto político (el socialismo) y el desarrollo de una herencia teórica (la de Marx) en su aspecto más vivo y crítico. También se ha comprometido con una etiqueta teórica (*marxismo*) para designar la fusión de ese proyecto y esa teoría, y esa etiqueta es la que ahora parece poner en cuestión Pereyra. Tutti risponde, hay otras intervenciones, y don Adolfo ya cierra la mesa diciendo algo como esto: "De todas formas la discusión debe seguir, pues todos somos buenos amigos". Siguió, en efecto, ya en casa de don Adolfo en el D. F. y podría haber seguido por mucho tiempo si Carlos no hubiera muerto.

Lo que quiero decir es que el verdadero intelectual no es el que se enfrenta con el poder, pues esto se puede hacer apoyándose en ideas dogmáticamente necias. El verdadero intelectual es el que no duda en sacar de quicio a sus colegas, incluso a sus mejores amigos y maestros, exponiendo lo que él toma por la verdad, pero no desea coartar nunca la discusión, sino proseguir en busca de todos los argumentos, y no considera a quienes disienten enemigos, sino interlocutores. Y el verdadero intelectual comprometido, cuando expone su verdad, caiga quien caiga, se juega la cara en un proyecto colectivo, aunque exista la horrible posibilidad de que ese proyecto pueda llegar a hoyarse debido de hecho al poder.

De esa manera estaba hecho Carlos Pereyra, y de esa manera están hechos los intelectuales que merecen ese nombre y no son sólo su caricatura. Luego hay curas de derecha e izquierda, papagayos autosuficientes, obsesivos corteses y mediocres funcionarios del Santo Oficio. Pero ésa, claro, es otra historia.

na insistir, contra la tentación recurrente a confundir ambos planos, en la conveniencia de su disociación, pues en realidad se trata de fenómenos distintos y el justificado anhelo de igualdad puede satisfacerse sin democracia, a través de procedimientos autoritarios. "Históricamente la lucha por la democracia es una lucha por la libertad política, esto es, por la participación del pueblo en las funciones legislativa y ejecutiva. La absoluta independencia de la idea de igualdad—fuera de su concepto de igualdad para el uso de la libertad—respeto de la idea de democracia, se manifiesta claramente en el hecho de que la igualdad, no en su acepción política y formal, sino en cuanto equiparación material, esto es, económica, podría ser realizada en una forma que no fuese la democracia, o sea en la autocracia dictatorial." La historia del *socialismo real* es prueba palmara de lo anterior.

Pero, en definitiva, ¿garantiza la democracia política la soberanía del pueblo? Esta pregunta remite a dos cuestiones que conviene separar: ¿cuál es la vigencia efectiva de la democracia política en una sociedad desigual? ¿Hasta dónde se puede hablar de soberanía popular en el marco de la democracia política, es decir, de la democracia representativa? No hay duda de que las abrumadoras desigualdades observables en sociedades *subdesarrolladas* representan un obstáculo considerable para su democratización. El examen comparado del sistema político en diferentes países del mundo muestra una relación estrecha—aunque, por supuesto, no necesaria—entre grado de desarrollo y democratización del régimen político. No se trata de una relación necesaria pues no es difícil encontrar países con niveles apreciables de desarrollo social donde, sin embargo, la democracia política está ausente. Del mismo modo, hay países con bajo grado de desarrollo en los cuales, no obstante, han logrado abrirse ciertos espacios democráticos. Si no hay concepción necesaria entre los dos fenómenos mencionados, entonces tampoco puede esperarse que el desarrollo vaya acompañado en forma automática de una progresiva democratización. Así, por ejemplo, la consolidación del capitalismo no implica la consolidación correlativa de la democracia. Quienes creyeron que la presencia de formas precapitalistas de producción era la elave exclusiva de las insuficiencias democráticas y que, en consecuencia, la paulatina eliminación de esas formas garantizaría el avance de la democracia, tendrán que conocer, ante la evidencia histórica acumulada, la imposibilidad de sostener una causalidad lineal en ese sentido.

Relaciones más rígidas

No obstante todas las consideraciones juntas que puedan formularse para rechazar la idea del vínculo necesario entre desarrollo y democracia, parece innegable, sin embargo, que se trata de fenómenos más bien complementarios que excluyentes, es decir, resulta más fácil pensar la presencia simultánea de ambos que la democracia política sin desarrollo social. En otras palabras, el desarrollo no es condición suficiente de la democracia y tal vez ni siquiera condición necesaria, pero sin duda alguna es condición altamente propiciatoria. No es por casualidad que en los países de capitalismo tardío y dependiente, la democracia política encuentre obstáculos mucho más fáciles de vencer si se la compara con los países de los países de avanzado desarrollo capitalista. Allí donde el precario desarrollo determina un reducido excedente social o el círculo de la dependencia impone la transferencia de recursos al exterior, son menos favorables las circunstancias para la implantación de regímenes políticos democráticos. Clases dominantes y grupos gubernamentales tienen menos elementos para negociar con las clases dominadas y ello tiende a generar un marco rígido de relaciones sociales y políticas, donde se procura disminuir la autonomía de las organizaciones sociales y la presencia de la oposición política.

Ahora bien, en los países dependientes del Tercer Mundo hay diferencias significativas en el grado específico de democracia política alcanzada en cada caso. No puede pretenderse que tales diferencias reflejen variaciones en su desarrollo. Responden más bien a la forma peculiar como se ha conformado el poder político en cada caso y a la fuerza relativa lograda por los grupos políticos (tanto el que ejerce el poder del estado como los que se mueven en la oposición). Son resultado también de las características propias de la cultura política construida en cada país.

La construcción del estado nacional en países con pasado colonial y cuya historia independiente se inicia en la época de dominación imperialista en escala mundial, enfrenta dificultades desconocidas allí donde el desarrollo capitalista tuvo carácter endógeno desde el principio. Ello se debe en parte a la presencia más o menos avasalladora de factores externos que impiden la ruptura de

la dependencia. En el Tercer Mundo se forman estados nacionales en sociedades dependientes, lo que en algún sentido es una contradicción en los términos que se resuelve en los hechos en forma conflictiva: las expresiones de la dependencia significan recortes en la soberanía que se puede ejercer en el gobierno del estado nacional. Uno de los resultados de esa tensión es que en esos Estados se tornan más rígidas las relaciones de gobierno y sociedad, así como de gobierno y oposición.

Todo esto ocurre como si las dificultades del gobierno para ejercer en plenitud la soberanía propia de un estado nacional frente a las presiones de la metrópoli, dieran lugar a una suerte de compensación por la vía de anular la soberanía popular, de modo que la soberanía perdida frente al exterior es pretendidamente recuperada a través

Simón, U. M., *Metropolización*, siglo III A.C.



ves de la que se regatea a la población. Ello genera situaciones paradójicas: estados débiles frente a las empresas transnacionales y la deuda externa por ejemplo, con enorme fragilidad financiera y no pocas veces descorazonadora sumisión ante Washington, que, sin embargo, se imponen con fuerza a la sociedad civil y anulan la autonomía de los organismos sociales así como otros recortes de la democracia política. Semjante situación no se presenta con la misma intensidad en los diferentes países de capitalismo tardío y dependiente. Si bien en todos nuestros países el estado tiende a la hipertrofia debido a la acumulación de capital privado para promover el desarrollo nacional y crear una planta productiva capaz de atender las necesidades básicas de la población, no en todos los casos la relación de gobierno y sociedad civil adquiere la misma forma.

Una situación desalentadora

La desigualdad social no sólo crea circunstancias generales donde resulta difícil para las clases dominantes y para el grupo gobernante adecuarse a un régimen político democrático, en virtud de su escasa capacidad para satisfacer las demandas económicas de las clases dominadas, y por tanto, para abrir mayores espacios políticos a la oposición, sino que, además, en situaciones de gran desigualdad las clases trabajadoras dedican casi toda su energía a sobrevivir y no están en condiciones de incorporarse a la actividad política. El analfabetismo y la desinformación, la presencia de una gigantesca masa de marginados, la debilidad de los lazos orgánicos de la población dominada, el carácter perentorio que adquiere la atención de las necesidades más elementales (empleo, alimentación, vivienda, salud, educación, etcétera) y el primitivismo de la cultura política prevalente en sociedades de desigualdad excesiva, convierten la lucha social en un proceso donde la cuestión democrática no puede ocupar el primer plano. El interés en la democratización del régimen político supone ciertos mínimos de bienestar por debajo de los cuales aparece como fantasmagoría inabordable.

Se había formulado el interrogante acerca de la vigencia efectiva de la democracia política en una sociedad desigual. La pregunta puede precisarse mejor en los siguientes términos: ¿es factible la transformación de cierto orden social a través de los mecanismos de la democracia política? Para responder esta pregunta no basta la distinción recordada por Bobbio según la cual "lo que esencialmente distingue a un gobierno democrático de uno no democrático es que solamente en el primero los ciudadanos se pueden deshacer de sus gobernantes sin derramamiento de sangre".⁵

En países con gobierno democrático hemos asistido a numerosas sustituciones incurrentes del grupo gobernante, pero se trata en todos los casos de sustituciones en que las fuerzas políticas salientes y entrantes están com-

prometidas con el mantenimiento del orden social establecido. Hasta la fecha no se registra ningún caso en que los ciudadanos hayan logrado deshacerse no sólo de ciertos gobernantes sino también de cierto orden social sin derramamiento de sangre. Hasta el momento la democracia política no puede presumir de ninguna transformación sustancial del orden vigente. Los cambios de esta naturaleza ocurridos en cualquier lugar del mundo han sido producto de revoluciones sociales o de *revoluciones pasivas*, es decir, transformaciones profundas realizadas desde la cuspide del poder, sin apelar a los mecanismos de la democracia.

Por ello se habla en la tradición socialista de *dictadura de clase*, no obstante la presencia de un régimen político democrático. "Que el poder característico que presenta toda legislación 'democrática', cuando se tocan los fundamentos del orden burgués y simplemente a la posición privilegiada de los grupos dominantes, aparece con claridad en los momentos en que la democracia pasa por una situación crítica o choca con una fuerte resistencia por parte del proletariado o, simplemente, con el descontento de las masas."⁶ La idea de fondo es que en las sociedades capitalistas se tocan formas democráticas de gobierno sólo mientras éstas no ponen en cuestión la subsistencia misma del dominio capitalista. El convencimiento de que la democracia política no sirve para transformar el orden social condujo al menosprecio de la democracia, al punto de que ni siquiera después de transformado dicho orden, ha creído conveniente el movimiento revolucionario avanzar hacia la constitución de un régimen democrático. De esta manera, a fines del siglo XIX, después de 150 años de movimiento socialista, se está en una situación desalentadora: no se han producido transformaciones radicales del orden social por medio de la democracia y las revoluciones que fueron capaces de trastornar a fondo el orden social no han construido sociedades democráticas. La experiencia histórica muestra que una vanguardia de clase puede tomar el poder político allí donde el aparato estatal se encuentra gravemente desarticulado, pero no está en posibilidad de edificar un nuevo y sólido sistema de relaciones sociales sin los recursos de la democracia.

Esfuerzo colectivo de reestructuración

Se pone de relieve una verdad elemental: el socialismo no es posible de otra forma que como obra de la inmensa mayoría del pueblo, es decir, como resultado de una amplia hegemonía socialista. En circunstancias de desarticulación del Estado capitalista, una fuerza política con ideología socialista puede asumir el poder del Estado aun sin tal hegemonía pero, de todos modos, este fenómeno sólo se traducirá en la consolidación de una sociedad socialista si en el desarrollo posterior se logra esa hegemonía. En sociedades donde no se da la desarticulación del aparato estatal capitalista, la *voluntad revolucionaria* de una minoría jamás logrará la transformación del orden social por sí misma no democrática y esa transformación sólo ocurrirá si a través de los espacios políticos abiertos por la democracia se forja una nueva hegemonía capaz de aglutinar a la inmensa mayoría del pueblo. Hay quienes creen que la hegemonía del sistema capitalista de relaciones sociales es impenable la formación de una hegemonía alternativa de carácter socialista y la transformación democrática del orden social. Por ello suponen imprescindible un acto de fuerza. La ambigüedad del término *revolución* permite confundir el esfuerzo colectivo orientado a la reestructuración del orden social y el acto de fuerza donde una minoría impone su manera de concebir dicha reestructuración. Frente al uso restrictivo que muchos hacen de dicho término, vale la pena insistir en que el compromiso revolucionario no indica, en última instancia, el afán de ejercer un acto de fuerza, sino, precisamente, la voluntad de lograr en forma colectiva la mencionada reestructuración del orden social.

Antecedentes como los de Chile y la militarización del Estado en casi todos los países de la región latinoamericana durante los años sesenta y setenta, dieron vigor a teorías del poder político de corte instrumentalista y reduccionista. Si los órganos de gobierno son instrumentos de clase, como creen y quieren versiones simplistas haré difundidas en el pensamiento sociopolítico de la izquierda latinoamericana, no cabe más tarea que la destrucción de esos instrumentos y la fabricación de otros alternativos como orientación clásica diferente. Con esta conceptualización del poder, el espacio de la política prácticamente desaparece y el esfuerzo dentro de la organización social queda sustituido por la idea obsesiva y monoacorde de la revolución-acto de fuerza, cuyo *sendero luminoso* sólo exige

desde ya, sin embargo, las penumbras de la intransigencia criminal sino que ofrece un anticipo de lo que serían los nuevos instrumentos de poder si llegaran a constituirse en gobierno.

Sólo el juego plural

La aproximación al conocimiento de la realidad social a partir de una teoría de la hegemonía, introduce nuevas vetas de reflexión y análisis. En efecto, concebida la sociedad como sistema hegemónico, es decir, como sistema donde lo que está en disputa es la hegemonía, queda abierta la posibilidad de pensar la política sin reducirla a sus determinaciones económicas y sociales. A diferencia de la matriz teórica original de Gramsci, tal vez resulte particularmente fructífera la consideración de la hegemonía en términos sociales y en términos políticos como dos dimensiones inseparables. Si esto es así, las sociedades son un sistema hegemónico no porque de manera necesaria alguna clase lo sea, sino porque alguna fuerza política lo es o puede serlo. La disputa por la hegemonía no es, en su forma inmediata, el enfrentamiento de intereses sociales particulares, sino el enfrentamiento de proyectos específicos de ordenamiento social entre las clases sociales como tales sino las fuerzas políticas cuyos cuentan con la posibilidad de articular sectores heterogéneos de la sociedad y concertar voluntades en torno a proyectos definidos.

Los valores ideológicos y cultura en cuya función se da la articulación social no pertenecen de manera exclusiva a determinada clase aun si cada proyecto encuentra su lugar de mayor pertinencia en alguna zona del espectro social. En cualquier caso, la sociedad puede operar como sistema de competencia hegemónica o de pugna por la hegemonía allí donde valores democráticos fundamentales sustituyen la lucha política entendida como forma de anulación o aniquilamiento del otro.

Durante largo tiempo el análisis político elaborado a partir del esquema conceptual de la izquierda socialista, incorporó sólo de manera sesgada la cuestión democrática. El interés exclusivo en los asuntos de la igualdad y justicia sociales, significó la subestimación de los proyectos de la democracia política. Con base en dictonios más confusos (*democracia formal-democracia sustantiva*) se tendió a dejar de lado el asunto central de los derechos políticos y las libertades individuales, así como el tema no menos fundamental del pluralismo. Todo ocurría como si el respeto a la diversidad de partidos políticos fuera característica de la *democracia burguesa* con el cual no hubiera necesidad de compromisos delimitados. En nombre de la llamada *democracia social*, es decir, de la preocupación por la asimetría producida por las relaciones de explotación, se generaron una práctica y una teoría políticas con escasa sensibilidad para la democracia en sentido estricto, como si lograr la supresión del régimen de propiedad fuera condición suficiente para democratizar el conjunto de la vida social.

Fueron necesarias las experiencias históricas del mal llamado *socialismo real* para que empezaran a incorporarse los valores democráticos, a partir de la convicción de que no importa cual partido gobierne, en ningún caso puede garantizar la inclusión de todos los intereses, aspiraciones y proyectos sociales. Más aún, por cuanto el sentido de la actividad política partidaria nunca está predeterminado por consideraciones ideológico-programáticas, sólo el juego plural impone que el paulatino predominio de la autocracia despotica sea inevitable. Si parte de lo que está en juego en el mundo contemporáneo es la posibilidad de una larga tradición de la democracia funciona como condición de posibilidad de tal socialización, pues sin ella no hay constitución de sujetos políticos capaces de intervenir productivamente en la vida pública.

Una forma de vincular

Se planteó ante la pregunta de hasta dónde se puede hablar de soberanía popular en el marco de la democracia política, es decir, de la democracia representativa. La formulación misma de la pregunta supone la existencia de algún otro mecanismo democrático distinto al de la *representación*, a través del cual puede ejercer el pueblo de mejor manera la soberanía popular y la tradición, es sabido, que cree encontrar dicho mecanismo en la democracia directa. Sin embargo, la magnitud y complejidad del estado moderno vuelven impensable la operación de la democracia directa. El planteamiento clásico de Rousseau estaba basado en supuestos por completo ajenos a la realidad de las sociedades contemporáneas.

La inviabilidad de la democracia directa no obedece sólo al tamaño y densidad de las sociedades de masas, sino que deriva de una cuestión de principio. Inclusive si las sociedades modernas son adoptadas en cada caso por el conjunto de la sociedad, su realización tendría que ser encargada a determinado núcleo representante de tal conjunto.

Tanto en el plano de la sociedad global como en escala micro, es decir, en cada uno de los numerosos organismos e instituciones de la sociedad, se presenta una división del quehacer en cuya virtud algunos dirigen el colectivo, administran las decisiones o representan al conjunto. La democracia es una forma de vincular a tales dirigentes, administradores o representantes con los dirigidos, administrados o representados. Rechazar formas democrático-representativas en nombre de quien sabe qué democracia directa significa rechazar la democracia sin más y optar por mecanismos que no pueden sino generar caudillismo, clientelismo, paternalismo, intolerancia, etcétera. La democracia es siempre democracia representativa.

Ahora bien, ¿qué es el pueblo cuya soberanía puede reivindicarse de manera imprecisa? Cuando se habla del pueblo como entidad soberana no puede entenderse lo



mismo que cuando se habla del pueblo como totalidad de los gobernados. El pueblo que interviene en la formación de la voluntad colectiva no es idéntico al pueblo constituido por el conjunto de los gobernados. "Es tan necesario que no todos los que pertenecen al pueblo como sujetos a las normas o al poder participen en el proceso de creación de aquellas—condición necesaria para el ejercicio del poder—, no pudiendo, por consiguiente, ser titular del mismo el pueblo, que los ideólogos democráticos no aprecian en la mayoría de los casos el abismo que salvan al identificar 'el pueblo' en ambas acepciones."⁷ En efecto, como lo vio Kelsen con claridad, en la formación de la voluntad colectiva sólo interviene un segmento del pueblo gobernado, a saber, los titulares de los derechos políticos, es decir, los ciudadanos. La soberanía popular la ejerce el pueblo participante en la construcción de la voluntad pública, no el pueblo gobernado, por lo que "no basta conformarse con reemplazar el conjunto de todos los ciudadanos por las aspiraciones y proyectos sociales. Más aún, por cuanto el sentido de la actividad política partidaria nunca está predeterminado por consideraciones ideológico-programáticas, sólo el juego plural impone que el paulatino predominio de la autocracia despotica sea inevitable. Si parte de lo que está en juego en el mundo contemporáneo es la posibilidad de una larga tradición de la democracia funciona como condición de posibilidad de tal socialización, pues sin ella no hay constitución de sujetos políticos capaces de intervenir productivamente en la vida pública."



DE BENEDICTIS
GALERÍA DE ARTE

ARENALES 1292
42 8958
1061 BUENOS AIRES

tensión del interés político, pero siempre representa una cifra considerable y sólo puede ser mermada por la preparación sistemática para la democracia".⁸

El conjunto de las instituciones

El pueblo concebido como la totalidad de los gobernados no tiene presencia política real y no ejerce influencia alguna en la formación de la voluntad colectiva. "La democracia sólo es posible cuando los individuos, a fin de lograr una actuación sobre la voluntad colectiva, se reúnen en organizaciones definidas por diversos fines políticos, de manera tal que entre el individuo y el Estado se interpongan aquellas colectividades que agrupan en forma de partidos políticos las voluntades políticas coincidentes de los individuos... Sólo por otorgación o no puede sostenerse la posibilidad de la democracia sin partidos políticos. La democracia, necesaria e inevitablemente requiere un Estado de partidos".⁹ El autogobierno del pueblo es simple abstracción vacía si no se concreta en participación orgánica.

No se trata, por supuesto, de afirmar que el partido es la única modalidad para intervenir activamente en la formación de la voluntad colectiva, pero "parece muy difícil pensar una situación democrática de equilibrio entre actores sociales e instituciones que no tenga como centro a los partidos políticos. Centro de un sistema institucional plural, en el que otras formas asociativas deberán tener su rol legítimo como articuladoras de intereses, pero en el que tendrían que ser los partidos políticos quienes operen como agregadores de intereses".¹⁰

La referencia al sistema institucional plural permite señalar el sentido preciso que puede tener el concepto *democracia social*, entendido no como asunto de igualdad y justicia social, es decir, entendido no como forma alternativa sino complementaria de la democracia política. En el proceso de desarticulación de las sociedades, la democracia no aparece sólo como mecanismo de legitimación y control de las decisiones políticas gubernamentales, sino que ese proceso incluye la democratización de las instituciones de la sociedad civil. "Una vez conquistada la democracia política nos damos cuenta de que la esfera política está comprendida a su vez en una esfera mucho más amplia que es la esfera de la sociedad en su conjunto, y que no hay decisión política que no esté condicionada o incluso determinada por lo que sucede en la sociedad civil. Entonces nos percatamos de que una cosa es la democratización del Estado [...] y otra cosa es la democratización de la sociedad". La política no se agota en el ámbito estatal, recorre el conjunto de las instituciones sociales. Hay relaciones de poder y sistemas de autoridad en todo el entramado institucional constitutivo de la sociedad; hay otros centros de poder además del condensado en el gobierno del Estado y ello exige la ampliación de los espacios democráticos del plano donde los agentes sociales intervienen en calidad de ciudadanos (democracia política) a los otros planos donde intervienen en función de la diversidad de sus funciones y papeles específicos (democracia social).



Hombre acrobático, 1960

1. Marx Adler: *Democracia política y democracia social*, Roca, México, 1975, p. 36.
2. *Ibid.*, p. 60.
3. *Ibid.*, p. 59.
4. Hans Kelsen: *Esencia y valor de la democracia*, Labor Barcelona, 1934, p. 127.
5. Norberto Bobbio: *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 29.
6. Marx Adler, *op. cit.*, p. 102.
7. Hans Kelsen, *op. cit.*, p. 32.
8. *Ibid.*, p. 34.
9. *Ibid.*, p. 37.
10. Juan Carlos Potanier: "Sociedad civil, partidos y grupos de presión", en *Caminos de la democracia en América Latina*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1984, p. 272.
11. Norberto Bobbio, *op. cit.*, p. 43.

Si cede la ley

Norberto Bobbio

Los artículos que reproducimos se publicó originariamente en el periódico turinés *La Stampa* el 17 de julio de 1977, Italia vivía, por esos años, la furia destructiva lanzada por el terrorismo de ultraderecha y ultraizquierda. Fue el primero de una serie de reflexiones reagrupadas luego como tercera parte de su libro *Le ideologie e il potere in crisi* (Florence, Le monnier, 1981) que acaba de traducirse al español por la Editorial Ariel de Barcelona. Bobbio tituló a esa tercera parte, dedicada específicamente a la violencia como metodología política, "El fin y los medios". En estas horas difíciles que vivimos los argentinos, la lectura de las reflexiones de Bobbio deberían servir a las corrientes democráticas y socialistas para iniciar ese debate aún no entablado sobre el verdadero significado de la violencia.



Es más que natural que los grupos revolucionarios justifiquen la propia violencia considerándola como una respuesta, la única respuesta posible, a la violencia del estado. Cualquiera que haya podido hacer alguna reflexión sobre la continua presencia de la violencia en la historia a pesar de la milenaria y recurrente condena de todas las religiones y morales, sabe que el modo más común de justificar la violencia propia es afirmar que ésta es una respuesta, la única posible en circunstancias dadas, a la violencia de los otros (por eso la máxima válida en los ordenamientos, aun en los menos dispuestos a tolerar la violencia, es *vim vi repellere licet*).

Por otra parte, este mismo argumento fue usado por el estado para justificar el uso de la violencia propia, de la violencia llamada institucionalizada, respecto de la violencia revolucionaria. Cae de su peso que la justificación de la violencia con la violencia presupone que de las dos violencias contrapuestas una es originaria y, por lo tanto, injustificada. No creo hacer una observación peregrina si digo que la violencia originaria, y por lo tanto injustificada, es siempre, para cada uno de los contendientes, la del otro: cualquiera que haya asistido a una disputa sabe que cada uno se defiende acusando al otro de haber empezado. Con esta consecuencia: que todo acto de violencia es al mismo tiempo justificado (por el que lo realiza) y condenado (por el que lo sufre).

Es menos natural que algunos intelectuales, que no moverían un dedo para derrocar el estado que repudian, no ejerciten su mente para darse cuenta de la diferencia entre varias formas o gradaciones de institucionalización de la violencia, propia de los diversos tipos de régimen, y haciendo una montaña de un grano de arena terminan por asumir la responsabilidad de alentar actos de violencia políticamente insensatos, además de moralmente abyectos.

Que el estado, cualquier estado, sea un instrumento de represión, nadie lo cuestiona. Aun aquellos que creen en el fin del estado, consideran que mientras sea necesaria alguna forma de represión, existirá el estado. Para una ética de la no violencia, el estado, cualquier estado, es moralmente condenable: justamente en esta necesidad del uso de la violencia reside lo imposible, aunque varias veces intentada, resolución de la política en la moral. A pesar de lo cual, todas las grandes corrientes de pensamiento político (exceptuando las diversas formas de anarquismo) están de acuerdo en afirmar que el único modo hasta ahora elegido por los hombres para limitar la violencia es el de concentrarla, distinguiendo una violencia lícita de una violencia ilícita, y considerando lícita toda forma de violencia privada, y, por lo tanto, imposible la guerra de todos contra todos.

Con otras palabras: es verdad que el estado, como dicen los adversarios del régimen que quieren derrocar, es la violencia institucionalizada; pero hasta ahora ninguno ha logrado demostrar que es verdad que hay menor violencia allí

donde aún no existe un estado o ha dejado de existir. Además, todos saben que el único medio que tienen varios estados soberanos para eliminar la guerra república es la unión en un estado superior.

No hago el elogio del estado (y mucho menos de cualquier estado); ya es ocasión de decir y de reafirmar que el poder político se sostiene en última instancia en la fuerza; el problema consiste en si el estado es o no una fuerza concentrada (y a quien por lo general pertenece esta fuerza concentrada); el problema se centra en si desaparece el reinado de la fuerza allí donde desaparece el estado. Cualquiera que sea la solución dada a este problema por los revolucionarios de todas las épocas y también de la nuestra, para mí caben dudas: combaten un estado no para destruir el aparato de fuerza sino para apropiarse de él o crear con él uno nuevo (como todas las revoluciones realizadas lo han demostrado hasta ahora). La guerra civil es para un revolucionario un mal necesario; pero también para el revolucionario el estado, el nuevo estado, es respecto de la guerra civil un mal menor, justamente porque representa el fin de la violencia "sin leyes ni frenos".

Que cada estado sea en cuanto tal un instrumento de represión, no quiere decir

que todos los estados sean igualmente represivos. Este es un punto sobre el que quienes crean en la democracia no deben dejar zonas oscuras y permitir interesadas confusiones (como la que se produce entre marxistas y en especial entre marxistas-leninistas, según la cual todos los estados son dictaduras). La diferencia entre dos tipos extremos de régimen político que solemos designar con los nombres de democracia y dictadura es enorme, justamente respecto del uso de la fuerza y por lo tanto del ejercicio de la función represiva.

John Locke, el primer gran teórico del estado liberal, ya sostuvo repetidas veces que sólo a través del gobierno civil basado en el consenso, los individuos salen realmente del estado natural (o sea del estado de guerra civil permanente) mientras que el estado despótico, cuyo poder reposa en la mera fuerza sin consenso, no es más que la continuación, casi la cristalización, del estado natural.

Tan grande es la diferencia, que toda la tradición del pensamiento, primero liberal y luego democrático, siempre consideró como verdadero salto cualitativo no el paso del estado natural al estado en cuanto tal, sino el paso del estado natural al estado basado en el consenso, y vio la

verdadera línea de división entre el momento negativo y el positivo de la historia de la humanidad no en la diferencia entre estado natural infeliz y el estado (feliz) sino entre el estado despótico (tan infeliz como el estado natural) y el gobierno civil, que es la forma de gobierno en la cual el uso de la fuerza está regulado por las leyes y sometido al juicio de jueces por encima de las partes.

La diferencia fundamental entre las dos formas antitéticas de régimen político, entre la democracia y la dictadura, reside en que sólo en un régimen democrático las relaciones de mera fuerza, que subsisten y que no pueden dejar de subsistir donde no hay estado o hay estado despótico (o sea basado en el derecho del más fuerte), se transforman en relaciones de derecho, o bien en relaciones reguladas por normas generales, seguras y constantes y, lo más importante, preestablecidas (tanto que nunca pueden ser válidas retrospectivamente). La consecuencia principal de esta transformación es que en las relaciones entre los ciudadanos y el estado, o entre los ciudadanos entre ellos, el derecho de guerra basado en la autotutela y en la máxima "tiene razón el que vence" es reemplazado por el derecho de paz basado en la heterotutela y en la máxima "vence el que tiene razón", y el derecho público externo que se rigió por la supremacía de la fuerza es reemplazado por el derecho público interno inspirado en el principio de la "supremacía de la ley".

La prueba de fuego de este tipo de ordenamiento se produce en el caso, tan frecuente en nuestro país desde hace algún tiempo, en que personas o grupos declaran estar en guerra contra el estado. No dudo en creer que muchos se sientan tentados a razonar de este modo: la guerra es una relación recíproca y, por lo tanto, como no se puede hacer la guerra solo, el que declara la guerra a otro obliga a ese otro aunque no quiera a estar en guerra con él. Estos, aterrados u horrorizados por la difusión de verdaderos actos de guerra, como son las agresiones a personas tomadas como objetivos no por culpas individuales sino sólo en cuanto representan al "enemigo", apoyan (y cada vez lo apoyarán más) que a actos de guerra el estado responda con actos de guerra. El fin de la guerra, ya sabemos, no es identificar a un eventual culpable y condenarlo, sino poner fuera de combate al enemigo, matándolo o haciéndolo prisionero.

Y no de manera contraria. La prueba de fuego, repito, del estado democrático es no dejarse envolver en un estado de guerra con ninguno de sus ciudadanos, y por lo tanto reside en la capacidad de responder a las declaraciones de guerra afirmando una vez más, solemnemente, las tablas de la ley (que son nuestra Constitución). La fidelidad obstinada y coherente a estas tablas de la ley es el único y último baluarte contra los dos males extremos del despotismo y de la guerra civil.